
S.K. WALLACE
El Laird
y
la Dama inglesa
Hermanos MacLeod, 1

Índice

El Laird y la dama inglesa
Sinopsis
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Epílogo
Otras historias de S. K. Wallace

El Laird y la dama inglesa

Hermanos MacLeod, 1

S. K. Wallace

Sinopsis

El Laird y la dama inglesa

En las majestuosas y salvajes tierras de las Highlands escocesas, dos almas destinadas a encontrarse deben superar las barreras de la desconfianza y el peligro para descubrir un amor que desafiará las expectativas y unirá dos mundos en conflicto.

Lady Eleanor Hastings, una noble inglesa de espíritu indomable, jamás imaginó que su viaje a las tierras altas la llevaría a un encuentro que cambiaría su vida para siempre. Durante una emboscada que amenaza con destruir todo lo que conoce, Eleanor es salvada por el misterioso y poderoso Laird Alasdair MacLeod. Pero la desconfianza entre ingleses y escoceses es profunda, y Alasdair, un líder imponente y protector de su clan, ve en Eleanor a una intrusa cuyos motivos no son claros.

Obligados a permanecer juntos por circunstancias fuera de su control, Eleanor y Alasdair pronto se encuentran atrapados en un juego de voluntades, donde la pasión y el deber luchan por dominar. A medida que las amenazas externas se intensifican y los enemigos acechan en las sombras, ambos deberán confrontar sus propios prejuicios y temores. ¿Podrá el amor florecer en medio de la desconfianza? ¿Y qué estarán dispuestos a sacrificar para proteger ese amor?

"El Laird y la Dama Inglesa" es una historia de amor épica que combina el romance apasionado, la intriga y la belleza indómita de las Highlands escocesas. Perfecta para los lectores que buscan una narrativa rica en emociones, con personajes fuertes y un entorno lleno de misterio y aventura. Acompaña a Eleanor y Alasdair en su viaje hacia el amor verdadero y descubre un mundo donde las diferencias pueden ser el comienzo de algo mucho más grande.

Prólogo: La Emboscada

El sol descendía lentamente sobre las colinas onduladas de las Tierras Altas de Escocia, tiñendo el cielo de tonos dorados y rosados. Un leve viento acariciaba las copas de los árboles, susurrando secretos antiguos en el idioma del bosque. Entre las sombras alargadas, una pequeña comitiva avanzaba por un sendero apenas visible, la tierra húmeda bajo los cascos de los caballos resonando con un ritmo suave pero constante.

Lady Eleanor Hastings, con su espalda recta y su porte altivo, cabalgaba en silencio al frente, su mirada fija en el horizonte. Aunque su exterior era sereno, su corazón latía con una mezcla de anticipación y ansiedad. Había dejado atrás la seguridad de su hogar en Inglaterra para embarcarse en esta misión diplomática, acompañada únicamente por su joven hermano, Edmund, y un puñado de sirvientes leales. Sabía que su destino en las Tierras Altas sería crucial para el futuro de su familia, y la responsabilidad que llevaba sobre sus hombros la llenaba de una resolución férrea.

Edmund, montado a su lado, intentaba mantener el mismo aire de dignidad, aunque su juventud y la falta de experiencia hacían que sus ojos brillaran con una mezcla de curiosidad y nerviosismo. A pesar de la diferencia de edad, la relación entre los hermanos era profunda, forjada por años de desafíos compartidos y un amor incondicional. Eleanor sentía una inmensa responsabilidad hacia él, protegiéndolo como una leona cuida a sus cachorros.

El bosque que los rodeaba se volvía más denso a medida que avanzaban, las ramas de los árboles entrelazándose en lo alto, formando un dosel natural que bloqueaba gran parte de la luz del sol. Las sombras se alargaban, y un escalofrío recorrió la espalda de Eleanor. Algo en el aire había cambiado, una tensión palpable que parecía nacer de las profundidades mismas del bosque.

De repente, un crujido en la maleza hizo que Eleanor girara bruscamente la cabeza. No tuvo tiempo de reaccionar cuando una docena de hombres armados surgieron de entre los árboles, sus rostros cubiertos con máscaras toscas. Los caballos relincharon inquietos mientras los sirvientes gritaban alarmados, pero los forajidos fueron implacables, rodeando a la pequeña comitiva con una rapidez y precisión que hablaban de experiencia.

—¡Edmund, mantente detrás de mí! —gritó Eleanor, desenvainando una daga que llevaba oculta en su cinto. Su voz, firme y sin rastro de miedo, resonó en el aire, infundiendo valor a su hermano, que, aunque pálido, obedeció de inmediato.

Los forajidos no esperaban encontrar resistencia de una mujer, y por un breve momento, titubearon al ver la determinación en los ojos de Eleanor. Pero su vacilación fue momentánea. Uno de ellos, el líder, se adelantó, una sonrisa cruel estirando sus labios bajo la máscara.

—Lady, baja esa arma. No queremos hacerte daño... innecesariamente —dijo con una voz ronca, sus palabras impregnadas de amenaza.

—Si deseáis evitar el daño, entonces os sugiero que os retiréis —replicó Eleanor, con la cabeza erguida y la daga firme en su mano. No mostraría miedo, no ante estos hombres que la veían solo como una presa fácil.

El líder rió, un sonido áspero y desagradable, antes de hacer una señal a sus hombres. Dos de ellos avanzaron hacia Eleanor, pero antes de que pudieran tocarla, ella atacó con la rapidez de un rayo, su daga cortando el aire con precisión. Aunque logró herir a uno, el otro la desarmó rápidamente, agarrándola por el brazo y torciéndoselo detrás de la espalda.

—¡No! —gritó Edmund, avanzando para defender a su hermana, pero fue interceptado por otro de los forajidos que lo derribó de su caballo, dejándolo indefenso en el suelo.

Eleanor forcejeó, su cuerpo luchando con todas sus fuerzas, pero la diferencia en tamaño y fuerza era abrumadora. Sintió cómo la desesperación empezaba a envolverla, una oscuridad fría que amenazaba con sofocar su resolución. No permitiría que su hermano fuera lastimado, pero en ese momento, sus opciones parecían desvanecerse.

El líder de los forajidos se acercó, sacando una cuerda para atar a Eleanor, pero justo cuando parecía que todo estaba perdido, un estruendo resonó en el bosque, un grito de guerra que heló la sangre de todos los presentes. Eleanor sintió un estremecimiento recorrer su cuerpo cuando un grupo de jinetes irrumpió en la escena, moviéndose con la rapidez y la letalidad de una tormenta. Los forajidos, tomados por sorpresa, apenas tuvieron tiempo de reaccionar antes de que los hombres vestidos con kilts y armados con espadas y hachas los envolvieran en una lluvia de acero.

El caos estalló. Eleanor, liberada del agarre de su captor, retrocedió, tratando de localizar a Edmund en medio de la confusión. Su corazón latía con fuerza, pero se negó a sucumbir al pánico. Necesitaba mantener la calma, encontrar a su hermano y sacarlo de allí antes de que fuera demasiado tarde.

A lo lejos, distinguió a un hombre que parecía liderar el ataque. Su presencia era imponente, su figura alta y poderosa, moviéndose con la precisión de un guerrero entrenado. Su cabello oscuro se agitaba al viento, y sus ojos, de un azul acerado, emitían un destello frío mientras derribaba a uno de los forajidos con un solo golpe de su espada. Había algo en él que emanaba autoridad y peligro, una mezcla que la dejó momentáneamente sin aliento.

Este hombre, que ella no conocía pero que de inmediato comprendió que debía ser alguien de gran importancia, terminó el enfrentamiento con la misma rapidez con la que había comenzado. Los forajidos que no cayeron bajo su espada huyeron como ratas, dejando a Eleanor y a su hermano en un silencio que parecía aún más opresivo después del fragor de la batalla.

Eleanor apenas tuvo tiempo de reagruparse cuando el hombre que había liderado la carga se acercó a ella, su expresión impenetrable. Había una intensidad en su mirada que la hizo sentir expuesta, como si pudiera ver más allá de su exterior sereno y directo al torbellino de emociones que latía en su interior.

—¿Estáis herida, mi lady? —preguntó con una voz profunda y firme, sin una pizca de la deferencia que Eleanor solía recibir de los hombres que la rodeaban.

Eleanor sacudió la cabeza, aún tratando de recomponerse de lo que acababa de suceder. —Estoy bien. Mi hermano… —Su voz se quebró ligeramente, su instinto protector volviendo a tomar el control.

—Está a salvo —respondió el hombre, girando su cabeza para señalar a Edmund, que estaba siendo ayudado por uno de los guerreros. Aunque estaba pálido y tembloroso, no parecía estar herido.

—Gracias… —Eleanor comenzó, pero sus palabras fueron interrumpidas cuando el hombre levantó una mano.

—No necesitamos vuestra gratitud, lady. Solo respuestas. —Su tono fue cortante, casi frío. Sus ojos la escudriñaron con desconfianza mientras continuaba—. ¿Qué hacéis en estas tierras? Las Highlands no son lugar para ingleses.

La brusquedad en su voz sorprendió a Eleanor, que hasta ese momento había estado acostumbrada a ser tratada con respeto y reverencia. Pero también despertó en ella un fuego que rara vez mostraba. Enderezó los hombros, dejando de lado el temor que había sentido momentos antes.

—Estoy aquí como parte de una delegación diplomática enviada por mi padre, el duque de Northumberland. Nuestro propósito es asegurar la paz entre nuestras tierras. No pretendemos causar ningún daño.

El hombre la observó en silencio por un largo momento, sus ojos analizando cada palabra que había pronunciado. Finalmente, habló, su voz baja pero firme.

—Yo soy Alasdair MacLeod, Laird de este clan. Y hasta que se demuestre lo contrario, sois mis prisioneros.

El anuncio cayó como un golpe, y Eleanor sintió una oleada de indignación mezclada con temor. Sin embargo, la determinación en los ojos de Alasdair dejó claro que no tenía intención de permitirles irse hasta que supiera más. Aunque todo en su interior gritaba en contra de la idea de ser prisionera de alguien, algo en la seguridad con la que Alasdair hablaba la hizo comprender que no tendría otra opción.

—Muy bien, Laird MacLeod —respondió Eleanor con una calma que no sentía—. Pero no somos enemigos, y espero que con el tiempo lo comprendáis.

Alasdair no respondió de inmediato. En cambio, giró sobre sus talones y comenzó a dar órdenes a sus hombres, quienes rápidamente rodearon a Eleanor, Edmund y su pequeña comitiva. A pesar de su aparente indiferencia, había algo en su porte que dejaba claro que había mucho más en juego de lo que ella podía ver.

Mientras el grupo comenzaba a moverse hacia el castillo MacLeod, Eleanor lanzó una última mirada a Alasdair, cuya figura se destacaba contra el fondo del crepúsculo. Aunque apenas lo conocía, ya podía sentir que este hombre, con sus misterios y su desconfianza, cambiaría su vida de maneras que ni siquiera podía imaginar.

Capítulo 1: El Castillo MacLeod

El viento frío de las Highlands soplaba con fuerza, arrastrando consigo el aroma de la tierra húmeda y las hierbas silvestres. Los caballos avanzaban lentamente por el sendero rocoso que conducía al castillo MacLeod, una imponente fortaleza que emergía de las montañas como un gigante de piedra, guardián ancestral de aquellas tierras salvajes y hermosas.

Lady Eleanor Hastings mantenía la mirada fija en el horizonte, sus ojos claros reflejando la asombrosa magnitud del paisaje que la rodeaba. La belleza indómita de las Highlands la envolvía, como un manto de misterio y poder que no podía ignorar. La naturaleza parecía reclamar su dominio sobre cada roca, cada árbol, y sobre el propio castillo que se alzaba ante ella, majestuoso y desafiante. El contraste con su tierra natal era evidente. Aquí, en este rincón remoto de Escocia, la civilización parecía haber sido derrotada por la fuerza bruta de la naturaleza, y eso, en lugar de asustarla, despertaba en Eleanor una curiosidad creciente.

A su lado, su hermano Edmund se mantenía en silencio, su rostro pálido y tenso tras los recientes acontecimientos. Eleanor lo observó de reojo, notando la rigidez de sus hombros y la preocupación que se reflejaba en sus ojos. Sentía una profunda necesidad de protegerlo, de asegurarse de que nada más pudiera dañarlo. La emboscada había dejado su marca, y aunque ambos habían salido ilesos físicamente, Eleanor sabía que el recuerdo de aquellos momentos seguiría persiguiendo a Edmund por mucho tiempo.

El sonido de los cascos resonando contra la piedra comenzó a suavizarse cuando el grupo llegó al puente levadizo del castillo. Los imponentes muros de piedra se alzaban ante ellos, cubiertos de musgo y enredaderas, como si la naturaleza misma intentara reclamar el lugar para sí. Las torres se elevaban hacia el cielo nublado, y las banderas con el emblema de los MacLeod ondeaban al viento, sus colores apagados por el sol de la tarde. Era un lugar que hablaba de historia y leyendas, de batallas libradas y de secretos guardados celosamente en sus muros.

Eleanor sintió un escalofrío recorrer su cuerpo cuando sus ojos se posaron en la figura de Alasdair MacLeod, el hombre que había liderado el rescate que les había salvado la vida. Estaba montado en su caballo negro, erguido y vigilante, observándolos con una intensidad que hacía que el aire entre ellos pareciera cargado de electricidad. Había algo en su presencia que la desestabilizaba, una mezcla de autoridad y distancia que la hacía sentir incómoda, como si estuviera siendo medida y juzgada en cada uno de sus movimientos.

—Estamos aquí —dijo Alasdair, su voz resonando con una gravedad que no dejaba lugar a dudas de que aquel era su dominio. No había bienvenida en sus palabras, solo una constatación de hechos.

Eleanor asintió en silencio, manteniendo la compostura. Había aprendido a no mostrar debilidad, especialmente en situaciones desconocidas. Sabía que este hombre, a quien ahora se enfrentaba, era tan formidable como las propias montañas que rodeaban su hogar. Y, sin embargo, no

permitiría que la intimidara.

El puente levadizo descendió con un chirrido que resonó por el valle, y el grupo comenzó a cruzarlo, los cascos de los caballos golpeando la madera con un ritmo constante. Eleanor miró hacia abajo y vio el agua oscura del foso, una advertencia tácita de la fortaleza de aquellos muros. Cada detalle del castillo hablaba de su función como bastión, no solo contra invasores externos, sino también contra los peligros que acechaban en las Highlands.

A medida que se adentraban en el patio interior, Eleanor no pudo evitar maravillarse ante la arquitectura austera pero imponente del castillo. Las piedras que componían los muros eran antiguas, algunas desgastadas por siglos de viento y lluvia, pero todavía firmes y robustas, como si nada pudiera derribarlas. Los guardias en las murallas observaban en silencio, sus miradas penetrantes vigilando cada movimiento. Los sirvientes que trabajaban en el patio se detuvieron momentáneamente para observar a los recién llegados, antes de continuar con sus tareas, aunque Eleanor notó la curiosidad en sus ojos.

Alasdair desmontó de su caballo con la agilidad de alguien acostumbrado a la vida en el campo de batalla. Cada uno de sus movimientos era preciso, controlado, y cuando sus botas tocaron el suelo de piedra, fue como si el peso del liderazgo cayera sobre sus hombros. Se acercó a Eleanor, extendiendo la mano para ayudarla a bajar de su montura. El contacto de sus manos fue breve, pero la firmeza de su agarre transmitió una sensación de fuerza que ella no pudo ignorar.

—Lady Eleanor —dijo él, su tono cortés pero distante—, bienvenidos al castillo MacLeod.

Eleanor lo miró directamente a los ojos, enfrentando su mirada sin vacilar. —Gracias, Laird MacLeod. Aprecio su hospitalidad, aunque me temo que no esperábamos ser recibidos de esta manera.

—No hay necesidad de agradecimientos —replicó Alasdair, sin un rastro de amabilidad en su voz—. Mi deber es proteger estas tierras y a sus habitantes. Vosotros sois, en este momento, una posible amenaza, y hasta que pueda asegurarme de lo contrario, permaneceréis aquí, bajo mi vigilancia.

Eleanor sintió que una chispa de indignación se encendía en su interior, pero la mantuvo bajo control. —Mi hermano y yo no somos enemigos, Laird MacLeod. Estamos aquí para promover la paz, no para sembrar discordia.

—Eso está por verse —dijo Alasdair, sus ojos fríos como el acero—. Espero que comprendáis que en estas tierras, la paz es algo frágil, y no puedo permitirme confiar ciegamente en nadie, especialmente en ingleses.

Las palabras de Alasdair cayeron como un peso sobre Eleanor. Su desconfianza no la sorprendía, pero la intensidad de su desprecio sí. Aun así, no permitiría que la tratara con tal dureza sin razón. Eleanor no era una mujer que se amedrentara fácilmente, y si Alasdair MacLeod pensaba que podría intimidarla, pronto descubriría que estaba equivocado.

—Entiendo sus reservas, Laird MacLeod —respondió con una calma que ocultaba la tormenta que se agitaba en su interior—, pero le aseguro que mi hermano y yo estamos aquí por orden de mi padre, con la intención de forjar una alianza. Confío en que, con el tiempo, verá que nuestras intenciones son sinceras.

Alasdair la miró fijamente, como si intentara discernir la verdad detrás de sus palabras. Finalmente, asintió, aunque su expresión no se suavizó en lo más mínimo.

—Eso lo decidiremos con el tiempo —dijo, dando un paso atrás—. Seguidme. Vuestros aposentos han sido preparados.

Con un gesto brusco, Alasdair hizo una señal a sus hombres para que se encargaran de los caballos y las pertenencias de los recién llegados. Eleanor observó cómo los sirvientes comenzaban a llevar sus maletas hacia el interior del castillo, mientras Alasdair se dirigía hacia la entrada principal, esperando que ella lo siguiera. Edmund, que había estado observando la interacción en silencio, se acercó a su hermana, su rostro aún pálido pero ahora más sereno.

—¿Crees que podemos confiar en él? —susurró, su voz llena de preocupación.

Eleanor tomó una respiración profunda antes de responder, su mirada fija en la figura de Alasdair, que se alejaba. —No lo sé, Edmund. Pero por ahora, no tenemos otra opción.

Los dos hermanos siguieron a Alasdair hacia el interior del castillo, atravesando un gran arco de piedra que conducía a un amplio pasillo iluminado por antorchas. Las paredes estaban decoradas con tapices antiguos que contaban historias de batallas y leyendas, recordatorios constantes de la historia sangrienta de las Highlands. El aire estaba impregnado con el aroma del fuego de la chimenea, mezclado con el olor a piedra húmeda y cera de las velas. Eleanor podía sentir el peso de los siglos en cada paso que daba, como si el propio castillo estuviera observándola, juzgándola.

Al llegar a una gran escalera de piedra, Alasdair se detuvo y se volvió hacia ellos. —Vuestros aposentos están en el ala este. Mis hombres estarán apostados cerca, y os aseguro que cualquier intento de escapar será severamente castigado.

Eleanor sintió que la ira burbujeaba en su interior, pero se obligó a mantener la compostura. No mostraría debilidad, no ante este hombre que parecía decidido a verla como una amenaza. Sin embargo, no pudo evitar preguntarse qué había hecho para ganarse su desdén tan rápidamente. ¿Era simplemente su nacionalidad? ¿O había algo más profundo que motivaba su hostilidad?

—No tenemos intención de escapar, Laird MacLeod —dijo Eleanor, su voz firme—. Lo único que deseamos es demostrar que

no somos enemigos.

Alasdair no respondió, pero su mirada penetrante la mantuvo clavada en su lugar durante un largo momento antes de finalmente girarse y comenzar a subir las escaleras. Eleanor y Edmund

lo siguieron en silencio, sus pasos resonando en el pasillo vacío.

Los aposentos que les fueron asignados eran espaciosos y bien amueblados, con pesadas cortinas que cubrían las ventanas y gruesas alfombras que amortiguaban el sonido de sus pisadas. Un fuego ardía en la chimenea, llenando la habitación con un calor reconfortante que contrastaba con el frío que se filtraba desde las montañas. Eleanor recorrió la habitación con la mirada, tomando nota de los detalles, mientras su mente seguía procesando los eventos de las últimas horas.

Alasdair permaneció en la entrada, observando cómo sus sirvientes depositaban las pertenencias de los hermanos. Finalmente, habló, su tono cortante como siempre.

—Os dejo para que os instaléis. Mis hombres os traerán la cena. Mañana hablaremos más.

Sin esperar una respuesta, se dio la vuelta y salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí con un sonido sordo que resonó en el silencio.

Eleanor se quedó de pie en medio de la habitación, sintiendo cómo la tensión se desvanecía lentamente, reemplazada por una fatiga abrumadora. El viaje, la emboscada, el enfrentamiento con Alasdair… todo había sucedido tan rápido que apenas había tenido tiempo de asimilarlo. Se permitió un momento para cerrar los ojos y respirar profundamente, intentando calmar el tumulto de emociones que se arremolinaban en su interior.

—¿Estás bien? —La voz suave de Edmund la sacó de sus pensamientos.

Eleanor abrió los ojos y se volvió hacia él, dándole una pequeña sonrisa que no llegó a sus ojos. —Estoy bien, Edmund. Solo necesito un momento para descansar. Todo esto ha sido… intenso.

Edmund asintió, pero ella pudo ver la preocupación en su mirada. Era el mismo gesto que él había tenido cuando eran niños, cuando Eleanor se hacía cargo de cualquier problema que surgiera, protegiéndolo de la dureza del mundo.

—No te preocupes por mí —dijo ella, suavizando su tono—. Nos recuperaremos de esto. Solo necesitamos ser pacientes y demostrarle a Alasdair MacLeod que no tiene nada que temer de nosotros.

Edmund asintió de nuevo, aunque su rostro aún mostraba signos de duda. —Espero que tengas razón, Eleanor. Pero no puedo evitar sentir que hemos caído en un lugar del que no será fácil salir.

Eleanor no tenía una respuesta para eso, porque en el fondo, compartía su preocupación. Pero no podían permitirse ceder al miedo. Debían ser fuertes, tanto por ellos mismos como por la misión que los había traído a estas tierras inhóspitas.

Cuando finalmente se quedó sola, Eleanor se acercó a la ventana, apartando las pesadas cortinas para mirar hacia el paisaje que se extendía más allá del castillo. Las montañas se alzaban oscuras y misteriosas contra el cielo nocturno, y el viento seguía susurrando en el aire frío. Sentía la

presencia de Alasdair en cada sombra, en cada susurro del viento. Era un hombre peligroso, no solo por su fuerza y autoridad, sino también por la manera en que había logrado hacer que su corazón latiera más rápido, no solo por la incertidumbre, sino por algo más que ella no estaba preparada para admitir.

Apretando los labios, Eleanor se apartó de la ventana y se dirigió hacia la chimenea, donde el fuego crepitaba suavemente. Sabía que los días que venían no serían fáciles, pero también sabía que no era una mujer que se acobardara ante los desafíos. Fuera lo que fuera lo que el destino le deparaba en el castillo MacLeod, lo enfrentaría con la misma determinación que siempre había mostrado.

Y quizás, solo quizás, lograría atravesar la fría armadura de Alasdair MacLeod y descubrir qué secretos guardaba detrás de esos ojos de acero.

Capítulo 2: Una bienvenida hostil

El sonido de las puertas de madera maciza abriéndose resonó en los amplios pasillos del castillo MacLeod, anunciando la llegada de Lady Eleanor Hastings al salón principal. Los pasos de los sirvientes que la guiaban se entremezclaban con el crujido del suelo de piedra, pero todo ruido parecía desvanecerse cuando Eleanor cruzó el umbral del salón, sintiendo cómo el peso de las miradas se posaba sobre ella como un manto invisible.

El salón era una estancia imponente, con techos altos sostenidos por vigas de roble oscuro que parecían haber sido extraídas directamente del corazón de las montañas. Las paredes estaban adornadas con tapices que contaban historias de batallas y hazañas de antiguos guerreros del clan MacLeod, un recordatorio constante del orgullo y la tradición que reinaban en ese lugar. El fuego chisporroteaba en una gran chimenea de piedra, llenando el aire con el aroma de la madera quemada y proyectando sombras danzantes que acentuaban la atmósfera ya de por sí cargada de tensión.

Eleanor, vestida con un sencillo pero elegante vestido azul que destacaba la palidez de su piel, avanzó con la cabeza erguida y la mirada fija al frente. Sabía que no podía permitirse mostrar ni un atisbo de inseguridad. Cada paso que daba la acercaba a un círculo de personas que, aunque no decían una palabra, la juzgaban con cada aliento. Sentía sus ojos como agujas, algunas miradas curiosas, otras abiertamente hostiles. Era evidente que su presencia no era bienvenida.

Alasdair MacLeod, de pie junto a la chimenea, la observaba con esa intensidad habitual en él, sus ojos grises seguían cada movimiento de Eleanor. A su lado, una mujer de porte esbelto y rostro sereno la miraba con una expresión que, aunque cordial, parecía contener un sinfín de preguntas. Su cabello castaño estaba recogido en un moño simple, y su vestido de lana verde oscuro resaltaba la claridad de sus ojos, que eran idénticos a los de Alasdair. Eleanor supo al instante que esa debía ser Margaret MacLeod, la hermana del Laird.

—Lady Eleanor —la voz de Alasdair rompió el silencio que se había apoderado del salón, firme y controlada—, permitidme presentaros a mi hermana, Margaret.

Eleanor inclinó la cabeza en un gesto de respeto, aunque sus músculos estaban tensos por la presión del momento. —Es un honor conoceros, Lady Margaret.

Margaret sonrió, y aunque la curva de sus labios fue suave, había una calidez en sus ojos que Eleanor no había esperado. —El honor es mío, Lady Eleanor. Bienvenida a nuestro hogar. Espero que lo encontréis cómodo durante vuestra estancia.

—Gracias por vuestra hospitalidad —respondió Eleanor, sintiendo un leve alivio al encontrar una cara amable en medio de tanta hostilidad.

Sin embargo, antes de que pudiera relajarse del todo, notó cómo algunas de las mujeres y

hombres que estaban reunidos en el salón murmuraban entre ellos, susurrando en gaélico mientras sus miradas la atravesaban como cuchillas. Eleanor no comprendía las palabras, pero no hacía falta ser políglota para entender el tono de desconfianza que impregnaba cada frase. Sus gestos, las leves inclinaciones de sus cabezas, y las sonrisas que no alcanzaban sus ojos decían más de lo que las palabras podían expresar.

Margaret pareció captar la tensión en el aire, y en un intento por aliviarla, dio un paso hacia Eleanor, apartando con gracia un mechón de cabello que se había soltado de su moño. —He escuchado que las tierras de vuestro padre en Inglaterra son hermosas, con vastos campos y jardines. Deben ser muy diferentes a lo que veis aquí.

—Sí, ciertamente lo son —admitió Eleanor, agradecida por el intento de conversación de Margaret—. Aunque he de decir que las Highlands tienen una belleza salvaje que no se encuentra en ningún otro lugar. Es… imponente, casi abrumadora.

Margaret asintió, sus ojos iluminándose por un instante con el orgullo de quien ama su hogar con todo su ser. —Las Highlands pueden parecer implacables al principio, pero bajo su superficie se esconde una fuerza que os arrebata el aliento, si le dais la oportunidad.

—Parece que ya lo han hecho —dijo una voz masculina desde el fondo de la sala, su tono impregnado de burla.

Eleanor giró la cabeza hacia la fuente del comentario, encontrando a un hombre de mediana edad, con barba y cejas pobladas, que la miraba con una mezcla de desdén y curiosidad. Sus ojos oscuros eran afilados como cuchillos, y su postura, aunque relajada, emanaba una tensión subyacente.

—Permitidme presentaros a nuestro primo Fergus —dijo Margaret, sin perder la sonrisa, aunque sus palabras parecieron tener un filo sutil—. Fergus ha sido parte de nuestra familia desde siempre, y su lealtad al clan es indudable.

—Lady Eleanor —saludó Fergus con una inclinación de cabeza, aunque su sonrisa era más un gesto forzado que un signo de cortesía—. Decís que las Highlands son imponentes, pero ¿qué pensáis de sus habitantes?

Eleanor sostuvo la mirada de Fergus, resistiendo la tentación de apartar la vista. —He encontrado a los habitantes de las Highlands… apasionados en su defensa de sus tierras y costumbres. Una cualidad que, sin duda, es digna de admiración.

Fergus soltó una risa seca, como si encontrara algo irónico en sus palabras. —Pasión, sí. Pero algunos dirían que esa pasión puede ser peligrosa para quienes no la comprenden.

—La pasión nunca es peligrosa cuando está guiada por el respeto —replicó Eleanor, manteniendo su tono firme, pero sin dejar que la hostilidad se filtrara en sus palabras.

Alasdair, que había permanecido en silencio hasta ese momento, observando el intercambio, dio

un paso adelante, colocando una mano sobre el hombro de su primo en un gesto que parecía más un recordatorio que un acto de afecto.

—Fergus, nuestro invitado ha tenido un viaje largo y agotador. Deberíamos ofrecerle descanso, no más desafíos.

Fergus inclinó la cabeza ligeramente, como si reconociera la reprimenda, pero no pareció arrepentido. —Por supuesto, Laird. Mis disculpas, Lady Eleanor, si mis palabras han sido malinterpretadas.

Eleanor esbozó una sonrisa contenida, aunque sus ojos no reflejaron la misma cordialidad. —No es necesario disculparse, Fergus. Estoy segura de que vuestro interés por nuestras costumbres es tan grande como el mío por las vuestras.

Margaret, viendo la oportunidad de desviar la atención, se acercó a Eleanor y tomó suavemente su brazo, guiándola hacia una silla cercana. —Permitidme que os acompañe. Sé que este tipo de reuniones pueden ser abrumadoras al principio, pero os aseguro que no todos aquí somos tan… expresivos como Fergus.

Eleanor permitió que Margaret la guiara, agradecida por la intervención de la joven. Sin embargo, no podía ignorar la sensación de estar siendo observada por todos los rincones del salón, como si cada movimiento que hacía estuviera siendo analizado y juzgado. Era evidente que su presencia como inglesa en el corazón del clan MacLeod despertaba más que simples sospechas.

Sentada junto a Margaret, Eleanor trató de relajarse, pero su atención seguía dividida entre los murmullos que percibía a su alrededor y la imponente figura de Alasdair, que ahora hablaba en voz baja con algunos de los hombres que lo rodeaban. No podía evitar sentirse como una intrusa en un mundo cerrado, uno que no se abría fácilmente a los extraños.

—Debéis perdonar a mi familia, Lady Eleanor —dijo Margaret, bajando la voz para que solo ella pudiera escucharla—. Las relaciones entre nuestros pueblos han sido difíciles, por decir lo menos. Hay muchas cicatrices aquí, tanto visibles como invisibles.

Eleanor asintió, comprendiendo el trasfondo de las palabras de Margaret. Aunque no lo mostraba abiertamente, sabía que debía ganarse la confianza de estas personas, una tarea que parecía más desalentadora con cada minuto que pasaba.

—Lo entiendo, Lady Margaret —respondió Eleanor con sinceridad—. Y espero que con el tiempo podamos superar esas diferencias y encontrar un terreno común.

Margaret le sonrió, aunque había una sombra de tristeza en sus ojos. —Eso es lo que todos deseamos, Lady Eleanor. Aunque no siempre es fácil lograrlo.

Antes de que Eleanor pudiera responder, Alasdair se acercó nuevamente, su expresión tan impenetrable como siempre. —Lady Eleanor, vuestra presencia es requerida en un breve consejo

con mi hermana y conmigo. Será mejor que hablemos en privado sobre los próximos días y lo que podemos esperar.

Eleanor asintió, levantándose de su asiento con la misma dignidad con la que había entrado en el salón. —Por supuesto, Laird MacLeod. Estoy a vuestra disposición.

Alasdair la condujo a través del salón hacia una puerta lateral que daba a una pequeña sala privada. Margaret los siguió de cerca, cerrando la puerta tras ellos una vez que estuvieron dentro. La sala era más modesta en comparación con el salón principal, con paredes

revestidas de madera oscura y una chimenea más pequeña que emitía un calor acogedor. Una mesa de roble ocupaba el centro de la sala, rodeada de sillas robustas que mostraban el desgaste del tiempo.

Alasdair tomó asiento en una de las sillas, invitando a Eleanor a hacer lo mismo con un gesto de la mano. Margaret se sentó a su lado, observando a ambos con una mezcla de interés y preocupación.

—Lady Eleanor —comenzó Alasdair, su tono más suave que antes, pero aún cargado de autoridad—, entiendo que vuestra visita aquí es en nombre de la paz y la diplomacia. Sin embargo, debo ser claro: estos son tiempos difíciles, y la confianza no es algo que se otorgue fácilmente, especialmente a aquellos que han sido históricamente nuestros enemigos.

Eleanor asintió, sosteniendo la mirada de Alasdair con firmeza. —Entiendo vuestra preocupación, Laird MacLeod. Pero os aseguro que mi hermano y yo estamos aquí con las mejores intenciones. Mi padre, el duque de Northumberland, desea establecer una alianza que beneficie tanto a nuestras tierras como a las vuestras. No buscamos conflictos, sino lazos que puedan fortalecernos a ambos.

Margaret, que había estado escuchando en silencio, intervino suavemente. —Alasdair, tal vez deberíamos considerar la posibilidad de que Lady Eleanor y su hermano sean sinceros en sus intenciones. Si bien es cierto que la historia entre nuestras naciones está plagada de conflictos, este podría ser un primer paso hacia un futuro diferente.

Alasdair observó a su hermana por un momento, y luego volvió su atención a Eleanor. —No desconfío de vuestras palabras, Lady Eleanor, sino de la facilidad con la que podrían malinterpretarse en este contexto. Mi responsabilidad es hacia mi clan, y cualquier decisión que tome debe estar orientada a su seguridad y bienestar. Eso es lo que me guía en todo momento.

Eleanor se inclinó ligeramente hacia adelante, dejando que su voz adquiriera un tono más íntimo y sincero. —No espero que confiéis en mí de inmediato, Laird MacLeod. Solo os pido una oportunidad para demostrar que nuestras intenciones son genuinas. Sé que las heridas del pasado no se curan fácilmente, pero también sé que no podemos seguir perpetuando ese ciclo de desconfianza y miedo. Si no empezamos a construir puentes ahora, ¿cuándo lo haremos?

El silencio que siguió fue largo y pesado. Eleanor podía sentir el peso de las palabras no dichas

flotando en el aire, la tensión palpable en cada respiración. Finalmente, fue Margaret quien rompió el silencio.

—Tal vez sea una buena idea que Lady Eleanor participe en algunas de nuestras actividades cotidianas —sugirió, su tono medido—. Podría ser una oportunidad para que conozca mejor nuestra forma de vida y, al mismo tiempo, para que nuestra gente la conozca a ella.

Alasdair consideró la propuesta, su mirada penetrante no dejaba de observar a Eleanor. Finalmente, asintió, aunque con evidente reticencia. —De acuerdo. Pero tened en cuenta, Lady Eleanor, que cualquier paso en falso podría ser interpretado de manera equivocada. Mi pueblo es desconfiado por naturaleza, y con razón.

Eleanor mantuvo la compostura, aunque sentía la presión de sus palabras como una losa sobre sus hombros. —Haré todo lo posible para demostrar que no somos una amenaza, Laird MacLeod. Podéis estar seguro de eso.

Alasdair la miró durante un largo momento antes de levantarse, dando por terminada la conversación. —Nos veremos mañana, entonces. Hasta ese momento, podéis descansar. —Luego se dirigió hacia la puerta, deteniéndose brevemente para mirar a su hermana—. Margaret, asegúrate de que estén bien atendidos.

Margaret asintió y Alasdair salió de la sala, dejándolas solas. Eleanor, sintiéndose un poco más relajada en la presencia de Margaret, la miró con una mezcla de gratitud y cansancio.

—Gracias, Lady Margaret —dijo finalmente—. Aprecio vuestro apoyo. No ha sido fácil, pero espero que con el tiempo las cosas mejoren.

Margaret sonrió con suavidad, extendiendo una mano para tomar la de Eleanor en un gesto de consuelo. —Lo harán, Lady Eleanor. Con paciencia y tiempo, incluso las heridas más profundas pueden empezar a sanar.

Eleanor apretó suavemente la mano de Margaret, agradecida por su amabilidad. Aunque sabía que el camino por delante sería difícil, no estaba dispuesta a rendirse. Aquel castillo, con su hostilidad latente y su desconfianza arraigada, representaba un desafío como ningún otro que hubiera enfrentado antes. Pero Eleanor era fuerte, y estaba decidida a demostrar su valía, a ganarse la confianza de aquellos que la miraban como una intrusa.

Con un último agradecimiento, Eleanor se levantó para retirarse a sus aposentos, sintiendo el peso de la responsabilidad sobre sus hombros, pero también una renovada determinación en su corazón. Sabía que las Highlands eran un lugar duro y sus habitantes, aún más. Pero si algo había aprendido en su vida, era que la fortaleza se forjaba en los momentos más oscuros, y estaba lista para enfrentarse a cualquier obstáculo que se interpusiera en su camino.

Mientras caminaba de regreso por los pasillos del castillo, con la figura amable de Margaret a su lado, Eleanor decidió que encontraría la manera de ganarse el respeto de los MacLeod, de demostrar que no todos los ingleses eran enemigos. Y, tal vez, también encontraría la manera de

derribar los muros que Alasdair había construido a su alrededor, aunque sabía que esa tarea sería la más difícil de todas.

El viento de las Highlands aullaba fuera del castillo, pero Eleanor no lo escuchó. Su mente ya estaba centrada en los desafíos que el nuevo día traería consigo.

Capítulo 3: Un hombre de deber

La sala de guerra del castillo MacLeod era un lugar donde las sombras parecían danzar al ritmo de las llamas que chisporroteaban en la gran chimenea. Las paredes de piedra, frías y robustas, estaban adornadas con estandartes descoloridos por el paso del tiempo, cada uno representando un momento glorioso de la historia del clan. Mapas detallados de las Highlands se extendían sobre la pesada mesa de roble en el centro de la sala, mientras varias espadas y escudos reposaban en las paredes, siempre al alcance, siempre listos para ser usados.

Alasdair MacLeod se encontraba de pie junto a la mesa, con las manos apoyadas sobre el borde, inclinado sobre un mapa que mostraba las tierras que rodeaban el castillo. Su expresión era de pura concentración, los músculos de su mandíbula tensos mientras sus ojos recorrían las líneas que delineaban los territorios. Estaba inmerso en sus pensamientos, evaluando las estrategias necesarias para proteger a su clan de las crecientes amenazas. La sala estaba impregnada del olor a cuero, hierro y el inconfundible aroma a humo de la chimenea, una mezcla que a Alasdair le resultaba extrañamente reconfortante, pues simbolizaba la seguridad que debía mantener a toda costa.

Angus, el consejero más confiable de Alasdair, un hombre mayor con el rostro curtido por los años y las batallas, se encontraba a su lado, sus ojos grises como el acero siguiendo las mismas rutas en el mapa. Llevaba una capa de lana gruesa, típica de las Highlands, y en su mano derecha sostenía una copa de madera que de vez en cuando llevaba a sus labios para beber un sorbo de whisky. Aunque su apariencia era la de un hombre que había vivido mucho, su mente seguía siendo tan aguda como el filo de una espada.

—El clan MacDonald ha sido una espina en nuestro costado durante demasiado tiempo —dijo Angus, su voz profunda y grave resonando en la sala—. Sus incursiones han aumentado en frecuencia, y no podemos permitirnos mostrar debilidad ahora, especialmente con los ingleses pisando nuestras tierras.

Alasdair asintió en silencio, sin apartar la vista del mapa. Sabía que las palabras de Angus eran ciertas. Los MacDonald, con su constante hostilidad, representaban una amenaza que no podía ignorarse. Sus incursiones en los territorios del clan MacLeod habían dejado una estela de destrucción y muerte, y cada nuevo ataque erosionaba la seguridad que Alasdair se esforzaba por mantener.

—No podemos permitir que se acerquen más a nuestras tierras —dijo Alasdair finalmente, su voz firme—. Necesitamos reforzar nuestras defensas en las fronteras y asegurarnos de que nuestras tropas estén preparadas para cualquier eventualidad. Si los MacDonald creen que pueden intimidarnos, están muy equivocados.

—Eso es cierto, Laird —intervino uno de los líderes del clan, un hombre de mediana edad llamado Dougal, cuya lealtad a los MacLeod era incuestionable—. Pero con la presencia de los

ingleses aquí, debemos ser cuidadosos. No sabemos cuáles son sus verdaderas intenciones, y podrían aprovecharse de la situación para debilitarnos.

El nombre de Eleanor surgió en la mente de Alasdair tan pronto como Dougal mencionó a los ingleses. Durante las últimas horas, la imagen de la dama inglesa había invadido sus pensamientos de manera persistente, a pesar de sus esfuerzos por mantenerla alejada. La recordaba en el salón principal, con su porte digno, sus ojos claros que no vacilaban al enfrentarse a la hostilidad que la rodeaba. Había algo en ella, una fuerza oculta bajo su exterior refinado, que lo intrigaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Sin embargo, Alasdair sabía que no podía permitirse distracciones, no ahora, cuando el destino de su clan estaba en juego. La seguridad de su gente era lo primero, y cualquier otra consideración debía quedar relegada a un segundo plano, incluida la atracción que sentía por Eleanor.

—Los ingleses son una preocupación secundaria —dijo Alasdair con un tono decidido, apartando deliberadamente sus pensamientos de Eleanor—. Lady Eleanor y su hermano están bajo nuestra custodia, y no representan una amenaza inmediata. Nuestra prioridad debe ser el clan MacDonald. Si permitimos que nos dividan, nos debilitaremos y ellos lo aprovecharán.

Angus, que había observado a Alasdair con la mirada aguda de alguien que conocía cada matiz de sus expresiones, asintió lentamente. —Tenéis razón, Alasdair. Pero no podemos ignorar la presencia de los Hastings en nuestras tierras. Aunque Lady Eleanor no muestre intenciones hostiles, su padre es un hombre poderoso en Inglaterra. Podría usar la situación en su favor si percibe que su hija está en peligro.

—Lo sé —respondió Alasdair, más para sí mismo que para los demás—. Es por eso que debemos ser cautelosos. No podemos darle razones para pensar que somos sus enemigos, pero tampoco debemos bajar la guardia.

El silencio que siguió a sus palabras fue denso, cargado de la tensión de saber que estaban caminando sobre una cuerda floja, donde un paso en falso podría tener consecuencias desastrosas. Alasdair sentía el peso de la responsabilidad sobre sus hombros, y aunque estaba acostumbrado a llevarlo, en ese momento era más pesado de lo habitual.

Angus rompió el silencio, su voz más baja, casi en un susurro. —Alasdair, he visto cómo miráis a Lady Eleanor. Sabéis tan bien como yo que la atracción puede ser un arma de doble filo. No os dejéis llevar por sentimientos que podrían poner en peligro lo que habéis construido aquí.

Alasdair sintió una punzada de irritación ante las palabras de Angus, aunque sabía que su consejero solo hablaba por lealtad y preocupación. Apartó la vista del mapa y se encontró con los ojos de Angus, que lo miraban con una mezcla de severidad y comprensión.

—Estoy perfectamente consciente de mis responsabilidades, Angus —respondió Alasdair, su voz firme—. No permitiré que nada, ni nadie, interfiera con mi deber hacia el clan.

Angus sostuvo su mirada durante unos segundos más antes de asentir en silencio, satisfecho con la respuesta de Alasdair, aunque aún le preocupaba el trasfondo emocional que percibía en su Laird. Los otros líderes del clan intercambiaron miradas tensas, conscientes de que cualquier flaqueza en ese momento podía ser interpretada como una señal de debilidad, algo que no podían permitirse.

—Entonces es decidido —dijo finalmente Alasdair, retomando el control de la conversación—. Reforzaremos nuestras defensas en los puntos más vulnerables y mantendremos una vigilancia constante. Los MacDonald deben saber que no cederemos ni un palmo de tierra sin luchar.

Los líderes del clan asintieron en acuerdo, y el ambiente en la sala de guerra se alivió ligeramente, aunque la tensión subyacente persistía. Sabían que se avecinaban días difíciles, y que cada decisión tomada en esa sala podría determinar el destino del clan.

Alasdair permaneció de pie junto a la mesa mientras los demás comenzaban a dispersarse, intercambiando palabras breves y firmes antes de dirigirse a sus respectivas tareas. Angus fue el último en salir, dándole a Alasdair una mirada que combinaba respeto y preocupación antes de abandonar la sala.

Una vez que estuvo solo, Alasdair dejó escapar un suspiro que había estado conteniendo, sintiendo cómo la presión acumulada se liberaba lentamente. Sabía que Angus tenía razón al advertirle sobre los peligros de dejarse llevar por sentimientos que no podía permitirse. Eleanor Hastings representaba una complicación en su vida que no necesitaba, una distracción que podía desviar su atención de lo que realmente importaba.

Sin embargo, por mucho que intentara convencerse de lo contrario, no podía ignorar la verdad: Eleanor lo atraía de una manera que pocas mujeres lo habían hecho. Había algo en su carácter, en su forma de enfrentarse a la adversidad con dignidad y fuerza, que despertaba en él un deseo de conocerla más allá de la fachada que mostraba al mundo.

Pero Alasdair sabía que no podía permitirse ese lujo. Como Laird, su deber estaba por encima de sus deseos personales. El bienestar de su clan debía ser su única prioridad, y cualquier cosa que amenazara con desviar su atención era un peligro que no podía correr.

Se apartó de la mesa, caminando hacia la ventana de la sala de guerra. Desde allí, podía ver los extensos terrenos del castillo, las montañas que se alzaban majestuosas en la distancia y los valles que se extendían como un manto verde y dorado. Era un paisaje que había visto miles de veces, pero que nunca dejaba de impresionarlo. A través de esos mismos valles, los MacDonald habían atacado repetidamente, y Alasdair sabía que volverían a hacerlo.

Mientras observaba el horizonte, no podía evitar pensar en Eleanor y en lo que significaba su presencia allí. Ella no era solo una inglesa en tierras escocesas, era una representación de todo lo que su pueblo había luchado por mantener fuera de sus fronteras. Y, sin embargo, había algo en ella que lo llamaba, una atracción que iba más allá de lo físico, una conexión que no podía ignorar.

Alasdair cerró los ojos por un momento, dejando que el frío aire que se filtraba por la ventana abierta despejara sus pensamientos. Necesitaba mantener la mente clara, enfocada en el deber que tenía ante él. No podía permitirse el lujo de desviarse, no cuando el destino de su clan estaba en juego.

Finalmente, se apartó de la ventana y salió de la sala de guerra, decidido a cumplir con su responsabilidad. Eleanor sería una prueba más de su capacidad para gobernar con la cabeza y no con el corazón. Y aunque el desafío era mayor de lo que esperaba, sabía que no podía permitirse fallar.

Mientras avanzaba por los pasillos del castillo, con los ecos de sus pasos resonando en las paredes de piedra, Alasdair sintió cómo su resolución se reafirmaba. Eleanor Hastings podía ser una distracción peligrosa, pero él era un hombre de deber. Y el deber, por encima de todo, guiaría sus decisiones en los días que vendrían.

Capítulo 4: Descubriendo las Highlands

La mañana había despertado con una neblina ligera que envolvía las colinas cercanas al castillo MacLeod, difuminando los contornos de las montañas y creando un paisaje que parecía sacado de una leyenda antigua. Eleanor, mirando desde la ventana de sus aposentos, sintió una mezcla de asombro y melancolía al contemplar la escena. Había algo en las Highlands que resonaba profundamente en su alma, una conexión inesperada que comenzaba a enraizarse en su interior.

La voz suave de Margaret interrumpió sus pensamientos. —¿Estáis lista para nuestro paseo, Lady Eleanor?

Eleanor se volvió y sonrió. Margaret se había mostrado como una aliada inesperada en un lugar donde cada mirada parecía juzgarla. Agradecía su amabilidad, especialmente cuando la tensión con Alasdair parecía crecer con cada encuentro. A pesar de su determinación por no dejarse intimidar, Eleanor no podía negar que la presencia de Alasdair tenía un efecto en ella, un efecto que le costaba comprender y que la inquietaba.

—Estoy lista, Lady Margaret —respondió Eleanor, acercándose a la puerta con pasos decididos —. Estoy deseando conocer más sobre estas tierras.

Margaret le devolvió la sonrisa y juntas descendieron por las escaleras de piedra del castillo, cruzando los pasillos oscuros y fríos que, a pesar de su severidad, tenían un encanto rústico. Al salir al patio, el aire fresco y limpio de las Highlands las envolvió, despejando cualquier rastro de somnolencia. El sol comenzaba a disipar la niebla, iluminando la tierra que se extendía a sus pies con un brillo dorado.

Los alrededores del castillo MacLeod eran una mezcla de terrenos escarpados y praderas suaves, intercalados con pequeños bosques y ríos que serpenteaban a través del paisaje. Margaret guió a Eleanor a lo largo de un sendero que bordeaba un arroyo, sus pasos tranquilos mientras hablaban de las particularidades de la vida en las Highlands.

—Las tierras aquí son fértiles, pero difíciles de cultivar —explicó Margaret, señalando los campos que se extendían en la distancia—. El clima es impredecible, y las estaciones pueden ser duras. Pero nuestra gente es resistente. Han aprendido a trabajar con la tierra, a sacar lo mejor de ella, incluso cuando parece que no hay nada que ofrecer.

Eleanor observó los campos y notó a algunos de los habitantes del clan trabajando, inclinados sobre la tierra, sus rostros curtidos por el sol y el viento. Había una dignidad en su labor, una determinación que resonaba con las palabras de Margaret. Aquí, la vida era una lucha constante contra los elementos, y sin embargo, había una belleza intrínseca en esa lucha, una especie de armonía entre el hombre y la naturaleza que Eleanor comenzaba a entender.

—Es una vida difícil —comentó Eleanor, sus ojos recorriendo el paisaje—, pero también parece

gratificante. Hay una fuerza en estas personas que es palpable. Una conexión con la tierra que yo no he visto en otros lugares.

—Es cierto —asintió Margaret—. La tierra y el clan son uno solo. Los MacLeod han vivido aquí durante generaciones, y cada uno de nosotros siente el peso de esa herencia. No es una carga, sino un privilegio, aunque a veces pueda parecer que la tierra nos exige más de lo que estamos dispuestos a dar.

Mientras continuaban su paseo, Margaret llevó a Eleanor hacia un pequeño grupo de cabañas de piedra situadas al borde de un bosque. Allí, los niños jugaban cerca de un corral, mientras las mujeres tejían y los hombres reparaban herramientas y construían cercas. El sonido de sus risas y conversaciones llenaba el aire, un contraste con la severidad del entorno.

—Este es el corazón del clan —dijo Margaret con orgullo—. Aquí es donde vivimos, trabajamos y nos apoyamos mutuamente. No importa cuán difíciles sean los tiempos, siempre encontramos la manera de salir adelante juntos.

Eleanor se detuvo un momento para observar a una mujer mayor que, con manos expertas, trenzaba lana en un telar. La suavidad con la que movía sus dedos y la concentración en su rostro hablaban de años de experiencia y dedicación. La anciana levantó la vista y, al ver a Margaret, le ofreció una sonrisa desdentada antes de hacer una reverencia ligera a Eleanor.

—¿Es ella la inglesa? —preguntó en gaélico, su tono amable pero curioso.

Margaret asintió, respondiendo en el mismo idioma antes de volver a dirigirse a Eleanor. —Es una de nuestras tejedoras más expertas. Ha estado en el clan desde antes de que yo naciera y ha visto pasar a muchos líderes. Dice que está contenta de ver una cara nueva en nuestras tierras.

Eleanor sonrió, inclinando la cabeza en señal de respeto. Aunque no entendía las palabras de la mujer, podía sentir su calidez, una rara bienvenida en un lugar donde la mayoría la miraba con recelo.

—Estoy agradecida por la oportunidad de conocer mejor vuestra forma de vida —dijo Eleanor, su voz suave—. Es un privilegio poder ver de primera mano lo que hace que este clan sea tan fuerte.

Margaret sonrió con afecto. —Os agradezco que lo veáis así, Lady Eleanor. No todos los extranjeros comprenden lo que significa pertenecer a un lugar como este. Aquí, la tierra es más que un simple territorio. Es nuestra identidad, nuestra historia y nuestro futuro.

Eleanor asintió, sintiendo que empezaba a comprender. Había llegado a las Highlands con una misión diplomática, pero lo que estaba descubriendo iba más allá de las palabras y los tratados. Estaba empezando a ver lo que hacía que esta gente fuera tan resistente, tan leal a su tierra y a su líder. Y aunque sabía que su papel aquí era temporal, no podía evitar sentir una conexión creciente con el lugar y con sus habitantes.

Mientras avanzaban por el sendero que conducía hacia un pequeño claro en el bosque, Eleanor se sorprendió al ver una figura conocida esperándolas en la distancia. Alasdair MacLeod estaba allí, de pie junto a un árbol, con los brazos cruzados sobre el pecho y la expresión seria. Su presencia, como siempre, llenó el aire de una energía palpable, una tensión que hizo que el corazón de Eleanor latiera con más fuerza.

—Alasdair —saludó Margaret con un tono que mezclaba sorpresa y afecto—. No esperaba verte aquí.

—Estaba haciendo una inspección de las fronteras —respondió Alasdair, sus ojos clavados en Eleanor mientras hablaba—. Me encontré con algunos de nuestros hombres que mencionaron haber visto a dos damas paseando por los alrededores del castillo. Decidí venir a asegurarme de que todo estuviera en orden.

Eleanor notó la sutil preocupación en sus palabras, un matiz que la sorprendió. Era evidente que Alasdair se preocupaba por la seguridad de su hermana, pero la manera en que la miraba, con una intensidad que parecía traspasar la superficie, sugería que su preocupación también incluía a ella. Eleanor se encontró a sí misma luchando contra la atracción que sentía hacia él, una atracción que complicaba su estancia en las Highlands de maneras que no había anticipado.

—Estamos perfectamente bien, hermano —respondió Margaret, con una sonrisa que trataba de suavizar la tensión—. Estaba mostrando a Lady Eleanor los alrededores, ayudándola a conocer mejor nuestra forma de vida.

Alasdair asintió, pero no dejó de mirar a Eleanor, como si intentara leer sus pensamientos, descubrir qué era lo que realmente pensaba. La incomodidad de Eleanor creció bajo su escrutinio, y sin embargo, había algo en su mirada que la mantenía anclada, incapaz de apartar los ojos de él.

—Las Highlands pueden ser peligrosas para quienes no las conocen bien —dijo Alasdair, su voz baja, cargada de significado—. No deberíais alejaros demasiado del castillo sin la compañía de alguien que pueda protegeros.

Eleanor levantó el mentón ligeramente, sintiendo que la advertencia de Alasdair, aunque justificada, tenía un matiz que la irritaba. —Agradezco vuestra preocupación, Laird MacLeod, pero estoy en buenas manos con Lady Margaret. Además, no temo explorar nuevas tierras. Creo que es la única manera de comprender realmente un lugar.

La sombra de una sonrisa pasó fugazmente por los labios de Alasdair, un gesto casi imperceptible que hizo que el corazón de Eleanor se acelerara. —Comprender un lugar como este lleva tiempo, Lady Eleanor. Las Highlands tienen secretos que no se revelan fácilmente, y a veces, es mejor no hurgar demasiado en ellos.

Las palabras de Alasdair eran una advertencia, pero también una promesa de que había mucho más por descubrir, tanto en las tierras como en las personas que las habitaban. Eleanor lo miró directamente a los ojos, consciente de que entre ellos se estaba desarrollando una tensión que iba

más allá de las simples palabras.

—No me asustan los secretos, Laird —respondió Eleanor, con una firmeza que la sorprendió incluso a ella—. A veces, son precisamente esos secretos los que contienen la verdadera esencia de un lugar… o de una persona.

Alasdair la observó en silencio durante lo que parecieron interminables segundos, su mirada indescifr

able, antes de finalmente asentir con un gesto lento, como si aceptara el desafío implícito en sus palabras.

—Entonces, os invito a descubrirlos, Lady Eleanor —dijo Alasdair, con una voz que era a la vez un reto y una invitación—. Pero tened cuidado. No todos los secretos desean ser desvelados.

Margaret, que había estado observando el intercambio con una mezcla de interés y diversión, intervino suavemente, consciente de la creciente tensión entre su hermano y Eleanor.

—Estoy segura de que Lady Eleanor sabrá moverse con prudencia, Alasdair —dijo, su tono ligero—. Ahora, si me disculpáis, creo que deberíamos regresar al castillo antes de que el sol se ponga. El aire se vuelve bastante frío por la tarde.

Alasdair asintió, aunque su mirada permaneció fija en Eleanor por un instante más antes de apartarse. —Tenéis razón, Margaret. Deberíamos regresar.

El camino de vuelta al castillo fue acompañado por un silencio cargado de pensamientos no dichos. Eleanor, caminando al lado de Margaret, no podía dejar de pensar en las palabras de Alasdair, en la manera en que sus ojos parecían penetrar más allá de lo superficial, buscando algo que ni ella misma estaba segura de comprender. Sentía que con cada paso que daba en esas tierras, se adentraba más en un territorio desconocido, no solo en lo que respectaba a las Highlands, sino también en su relación con el Laird.

Cuando finalmente llegaron al castillo, el sol comenzaba a hundirse en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos rosados y dorados. El viento, más frío ahora, susurraba entre las piedras del castillo, llevando consigo la promesa de una noche tranquila, pero también la certeza de que las tensiones seguían latentes, esperando el momento adecuado para resurgir.

Eleanor se despidió de Margaret con un gesto de gratitud y se dirigió a sus aposentos, sabiendo que ese día había sido solo el comienzo de una serie de descubrimientos que la llevarían a confrontar no solo los secretos de las Highlands, sino también los suyos propios. Y en el centro de todo, estaba Alasdair MacLeod, un hombre que representaba tanto un desafío como una tentación, y cuya influencia sobre ella crecía con cada encuentro.

Mientras se preparaba para la noche, Eleanor no pudo evitar pensar en lo que el futuro le depararía en esas tierras salvajes y hermosas. Sabía que no sería fácil, pero estaba decidida a descubrir todo lo que las Highlands y sus habitantes tenían para ofrecerle, sin importar los

riesgos que eso implicara.

Capítulo 5: El baile de los clanes

El salón del castillo MacLeod resplandecía bajo la tenue luz de las antorchas y los candelabros, que arrojaban destellos dorados sobre las antiguas piedras y realzaban los colores vivos de los estandartes que colgaban de las paredes. La música de las gaitas y los violines llenaba el aire, entrelazándose con las risas y las conversaciones de los invitados. Era una noche especial, una celebración de la tregua entre los clanes que, aunque frágil, representaba un respiro en medio de la tensión constante que marcaba la vida en las Highlands.

Eleanor se encontraba de pie al borde de la sala, observando el bullicio a su alrededor con una mezcla de curiosidad y aprehensión. Aunque llevaba semanas en el castillo, aún sentía que no pertenecía del todo a ese mundo. Sin embargo, había algo en la atmósfera de esa noche que la hacía sentir más cercana a los habitantes del clan MacLeod, como si por un momento compartieran un mismo propósito, un mismo deseo de paz.

Margaret había insistido en que Eleanor debía lucir su mejor atuendo para la ocasión, y ahora, con un vestido de seda color esmeralda que resaltaba el azul de sus ojos y su pálida piel, Eleanor se sentía tanto expuesta como poderosa. Su cabello, cuidadosamente trenzado y adornado con pequeñas perlas, caía en una cascada sobre su hombro. A pesar de la elegancia del conjunto, no podía evitar sentir una leve incomodidad, consciente de las miradas que se posaban en ella.

Los hombres y mujeres del clan, muchos de los cuales la habían recibido con desconfianza, ahora la observaban con una mezcla de curiosidad y algo que no lograba descifrar del todo. Las palabras susurradas en gaélico llegaban a sus oídos como un murmullo constante, y aunque no entendía lo que decían, sabía que ella era el tema de esas conversaciones. Había aprendido a mantener la cabeza alta y el porte sereno, pero esa noche, la tensión que sentía era diferente, más intensa.

—Estáis deslumbrante, Lady Eleanor —dijo Margaret, acercándose con una sonrisa de aprobación—. Estoy segura de que muchos aquí se sentirán atraídos por vuestra belleza y gracia esta noche.

Eleanor sonrió agradecida, aunque no pudo evitar que su mirada vagara por la sala en busca de una figura en particular. Alasdair no había aparecido aún, y aunque sabía que era el anfitrión de la noche, no podía evitar preguntarse si lo hacía a propósito, si estaba retrasando su entrada para aumentar la anticipación o si simplemente estaba tan absorto en sus deberes que había relegado el evento a un segundo plano.

Margaret, captando el objeto de su atención, dejó escapar una risa suave. —Mi hermano tiene la costumbre de hacer esperar a los demás. Es parte de su naturaleza controladora. Pero no os preocupéis, aparecerá cuando menos lo esperéis, como siempre.

Antes de que Eleanor pudiera responder, el murmullo en la sala cambió de tono, volviéndose

más intenso, y los ojos de todos se volvieron hacia la entrada. Alasdair MacLeod acababa de entrar, y su presencia llenó la habitación con una energía palpable. Vestido con un kilt de los colores de su clan y una camisa de lino blanco que resaltaba su complexión atlética, avanzó con la seguridad de un hombre acostumbrado a comandar la atención. Su cabello oscuro caía en mechones sueltos sobre sus hombros, y sus ojos grises, siempre vigilantes, recorrieron la sala con una mirada que parecía capaz de desentrañar los secretos de todos los presentes.

Eleanor sintió su corazón acelerarse al verlo, una reacción que no pudo controlar. Había algo en la forma en que Alasdair se movía, en la manera en que su presencia dominaba el espacio, que la hacía sentir vulnerable, como si él pudiera ver más allá de su exterior cuidadosamente compuesto. Sus miradas se encontraron brevemente, y en ese instante, Eleanor supo que él también la había estado buscando.

El tiempo pareció detenerse cuando Alasdair comenzó a caminar hacia ella, su paso decidido, su mirada fija en la suya. Margaret, consciente de la tensión que crecía entre ellos, se excusó discretamente, dejándolos solos en medio del bullicio. Eleanor sintió que la sala entera se desvanecía, quedando solo ellos dos, como si estuvieran atrapados en un remolino de emociones y deseos no expresados.

—Lady Eleanor —saludó Alasdair cuando llegó a su lado, su voz baja, pero cargada de significado—. Veo que habéis decidido honrarnos con vuestra presencia esta noche.

Eleanor levantó el mentón ligeramente, tratando de ocultar la tormenta interna que provocaba su cercanía. —Es un evento importante, Laird MacLeod. No habría sido apropiado ausentarme.

Alasdair inclinó la cabeza, reconociendo sus palabras. —Tenéis razón. Esta noche es un momento crucial para todos nosotros. Una tregua como esta es frágil y debe ser respetada. Es un placer ver que comprendéis su importancia.

La formalidad de sus palabras contrastaba con la intensidad de su mirada, y Eleanor sintió que el aire entre ellos se volvía denso, cargado de algo que ambos estaban intentando resistir. Había pasado semanas tratando de entender la complejidad de Alasdair, de descifrar las emociones que se escondían tras su fachada de líder implacable, pero esa noche, mientras lo miraba a los ojos, Eleanor se dio cuenta de que había mucho más en él de lo que jamás había imaginado.

La música en la sala cambió, volviéndose más lenta, más íntima. Parejas comenzaron a moverse hacia el centro del salón, preparándose para el baile. Alasdair extendió la mano hacia Eleanor, su expresión impenetrable.

—¿Me concedéis este baile, Lady Eleanor?

La pregunta, aunque formulada con cortesía, tenía un trasfondo que Eleanor no podía ignorar. Aceptar su invitación significaba más que simplemente unirse al baile; era una declaración, una aceptación tácita de que había algo entre ellos que no podían seguir negando.

Eleanor, con el corazón latiendo con fuerza, tomó la mano de Alasdair, sintiendo el calor de su

piel contra la suya. Él la condujo al centro de la sala, donde los demás se apartaron ligeramente, dejando espacio para que los dos se movieran. La música comenzó, y Alasdair la atrajo hacia él con una firmeza que envió un escalofrío por su columna vertebral.

El contacto de su mano en la cintura de Eleanor fue un recordatorio de la fuerza contenida que poseía, una fuerza que, aunque contenida, irradiaba una energía innegable. Eleanor se encontró atrapada en su mirada, incapaz de desviar la vista, mientras sus cuerpos se movían en perfecta sincronía al ritmo de la música. El mundo exterior parecía desvanecerse, dejando solo la sensación de su cercanía, el latido de su corazón que resonaba al unísono con el suyo.

—Esta tregua —dijo Alasdair, su voz apenas un susurro mientras giraban en la pista—. ¿Realmente creéis que puede sostenerse?

Eleanor parpadeó, sorprendida por la pregunta en medio de un momento tan íntimo. —Quiero creer que sí —respondió, con la misma suavidad—. Pero sé que es frágil. Las heridas del pasado no se curan de la noche a la mañana.

—No —asintió Alasdair, su mirada penetrando en la de ella—. No se curan fácilmente. Y a veces, se abren de nuevo en los momentos menos esperados.

Eleanor sintió el peso de sus palabras, un peso que parecía referirse a algo más que la tregua entre los clanes. Había un doble significado en sus palabras, una referencia a la tensión creciente entre ellos, a la atracción que ambos estaban luchando por reprimir.

—Entonces debemos ser cautelosos —dijo Eleanor, su voz temblando ligeramente—. No podemos permitirnos tomar decisiones apresuradas que podrían romper lo que hemos logrado.

Alasdair asintió de nuevo, su expresión más sombría ahora. —Cautela. Eso es lo que he intentado mantener desde que llegasteis aquí, Lady Eleanor. Pero me temo que la cautela tiene sus límites.

Sus palabras quedaron suspendidas entre ellos, cargadas de una promesa oscura que Eleanor no sabía si estaba preparada para aceptar. Sentía el calor de su cuerpo a través del fino tejido de su vestido, la presión de su mano en su cintura, la intensidad de su mirada, y todo ello la hacía consciente de la lucha interna que estaba librando. Sabía que Alasdair también lo sentía, aunque su rostro permanecía imperturbable.

La música continuó, arrastrándolos en un baile que parecía no tener fin, un baile que los mantenía atrapados en un remolino de emociones conflictivas. Eleanor podía sentir la mirada de los demás sobre ellos, pero en ese momento, no le importaba. Estaba demasiado inmersa en la tormenta que Alasdair había desatado en su interior, una tormenta que no sabía cómo calmar.

—Este baile —dijo Alasdair, inclinándose ligeramente hacia ella, sus

labios tan cerca de su oído que su aliento le hizo cosquillas en la piel—. No es solo un baile, ¿verdad?

Eleanor cerró los ojos brevemente, tratando de recuperar el control de sus emociones. —No —admitió en un susurro—. No lo es.

Alasdair se detuvo, rompiendo el ritmo del baile, y la miró directamente a los ojos. La sala entera pareció contener el aliento mientras los dos permanecían quietos, enfrentándose en un duelo silencioso de voluntades. El tiempo pareció detenerse, y en ese instante, Eleanor supo que estaban en un punto de no retorno.

—Lady Eleanor —dijo Alasdair, su voz cargada de una intensidad que hacía que su corazón se acelerara aún más—, hay cosas en juego que no podéis entender. Pero os lo advierto: si seguimos por este camino, no habrá marcha atrás.

Eleanor tragó con dificultad, consciente de la seriedad de sus palabras, pero también sabiendo que no podía echarse atrás, no cuando sentía tan claramente que había algo más entre ellos, algo que no podía ser ignorado.

—Entonces no retrocederé —dijo Eleanor con una determinación que sorprendió incluso a ella misma.

Alasdair la miró durante lo que pareció una eternidad antes de apartarse ligeramente, liberándola de su abrazo. —Muy bien —dijo en voz baja—. Que así sea.

La música continuó, pero para Eleanor, el mundo había cambiado. Sabía que lo que había sucedido en ese baile no era solo un paso de danza, sino una declaración, una promesa de que lo que fuera que había entre ellos no podía ser ignorado, sin importar las consecuencias.

Mientras la noche avanzaba, Eleanor se movió entre los invitados, respondiendo a las sonrisas y comentarios, pero su mente estaba atrapada en el recuerdo de ese baile, en las palabras de Alasdair, en la intensidad de su mirada. Sabía que estaba jugando con fuego, pero también sabía que no podía detenerse, no cuando sentía que algo tan poderoso la llamaba.

Esa noche, mientras se retiraba a sus aposentos, Eleanor supo que su vida había cambiado. Lo que había comenzado como una misión diplomática se estaba convirtiendo en algo mucho más personal, algo que la atraía hacia un hombre que representaba tanto el peligro como la salvación.

Y, en el fondo de su corazón, supo que no tenía intención de dar marcha atrás.

Capítulo 6: La sombra del clan MacDonald

El fuego crepitaba en el centro del campamento, proyectando sombras danzantes sobre los rostros endurecidos de los hombres que rodeaban las llamas. La luz tenue revelaba el desgaste en sus semblantes, cicatrices de batallas pasadas y líneas de preocupación que hablaban de los desafíos constantes a los que se enfrentaban en esas tierras salvajes. El olor a humo y carne asada impregnaba el aire, mezclándose con la humedad que venía del río cercano, cuyo murmullo era el único sonido que interrumpía el silencio expectante.

Kieran MacDonald, el líder del clan rival, se mantenía apartado del grupo, observando el fuego con una expresión impenetrable. Era un hombre de mediana edad, con el rostro marcado por los años de guerra y liderazgo. Sus ojos, de un azul tan intenso como el cielo despejado, se movían de un lado a otro mientras sus pensamientos oscuros tomaban forma. Estaba planeando, calculando cada posible movimiento con la precisión de un cazador experimentado. La tregua que los clanes habían acordado era frágil, y Kieran sabía que para ganar ventaja sobre Alasdair MacLeod, tendría que actuar con astucia, aprovechando cualquier debilidad que pudiera encontrar.

Uno de sus hombres se acercó, un guerrero robusto con el cabello enmarañado y una cicatriz que le cruzaba la mejilla derecha. Se inclinó hacia Kieran, su voz baja y cargada de urgencia.

—Mi señor, nuestros exploradores han confirmado la presencia de la dama inglesa en el castillo MacLeod. Se dice que es una invitada de Alasdair, pero muchos sospechan que su relación es más… personal.

Kieran levantó una ceja, intrigado por la información. La idea de que Alasdair estuviera relacionado de alguna manera con una inglesa, y no solo cualquier inglesa, sino una dama de alto rango, era un detalle que podría volcar la balanza a su favor. Si lograba capturar a esa mujer, tendría en sus manos una herramienta poderosa, una moneda de cambio que podría utilizar para forzar la mano de Alasdair en las negociaciones y, quizás, quebrar su resistencia de una vez por todas.

—Interesante —murmuró Kieran, sus ojos brillando con una malicia contenida—. ¿Has averiguado más sobre esta dama? ¿Qué relación tiene con Alasdair?

El guerrero asintió, acercándose un poco más para hablar en un tono aún más bajo. —Se rumorea que es Lady Eleanor Hastings, hija del duque de Northumberland. Su presencia aquí podría estar relacionada con asuntos diplomáticos, pero algunos en el clan creen que Alasdair siente algo por ella, algo que podría nublar su juicio.

Kieran entrecerró los ojos, considerando las implicaciones de lo que acababa de escuchar. Si Alasdair estaba realmente involucrado emocionalmente con esta mujer, entonces podría haber encontrado la debilidad que tanto había buscado. Los sentimientos eran una peligrosa distracción

en tiempos de guerra, y Kieran no tenía ninguna duda de que podía explotar eso en su beneficio.

—Alasdair siempre ha sido un hombre de principios, pero incluso el más fuerte puede caer si se le presiona en el lugar adecuado —reflexionó Kieran en voz alta, más para sí mismo que para su hombre—. Si esta inglesa es tan importante para él, entonces capturarla podría ser el golpe que necesitamos para doblegarlo.

El guerrero asintió con una sonrisa torcida, vislumbrando la dirección en la que se encaminaban los pensamientos de su líder. —¿Qué ordenáis, mi señor?

Kieran se volvió hacia el resto de sus hombres, que esperaban en silencio, atentos a cualquier señal. —Preparaos para un ataque. Esta noche, moveremos nuestras fuerzas hacia las tierras de los MacLeod. Quiero que capturemos a Lady Eleanor, pero sin causar alarma. Debemos hacerlo en silencio, sin que el resto del castillo se dé cuenta hasta que sea demasiado tarde.

Los hombres asintieron con firmeza, la lealtad en sus rostros era incuestionable. Habían seguido a Kieran a través de numerosas batallas y sabían que, aunque sus métodos podían ser despiadados, siempre tenían un propósito claro y estratégico.

Kieran se acercó al guerrero que le había traído la noticia, colocando una mano pesada en su hombro. —Tú liderarás el grupo que se infiltrará en el castillo. Conoces bien sus defensas. No quiero errores. Si Alasdair descubre lo que estamos haciendo antes de tiempo, todo estará perdido.

—No os fallaré, mi señor —respondió el guerrero, su voz llena de determinación.

Kieran lo miró directamente a los ojos, asegurándose de que entendiera la gravedad de su misión. —Bien. Recuerda, la dama debe ser capturada viva e ilesa. Si conseguimos tomarla como rehén, Alasdair se verá obligado a negociar en nuestros términos.

Con un último asentimiento, el guerrero se apartó para reunir a los hombres necesarios para la incursión. Kieran permaneció junto al fuego, observando cómo las llamas se alzaban y caían, reflejando la intensidad de sus pensamientos. Sabía que su plan era arriesgado, pero también sabía que la guerra no se ganaba sin tomar riesgos calculados. Y este riesgo, en particular, tenía el potencial de poner fin a la resistencia de los MacLeod de una vez por todas.

Mientras sus hombres se preparaban en silencio, Kieran permitió que una sonrisa fría y calculadora se dibujara en su rostro. Había pasado demasiado tiempo luchando contra Alasdair, y ahora, por fin, veía la oportunidad de ganar la ventaja decisiva que tanto había esperado. Lady Eleanor sería la llave que abriría las puertas de la victoria, y Kieran estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para asegurarse de que esas puertas se abrieran de par en par.

Horas más tarde, bajo la protección de la oscuridad, el grupo de guerreros liderado por el hombre de confianza de Kieran se deslizó entre los árboles que rodeaban el castillo MacLeod. La noche estaba silenciosa, solo el murmullo del viento y el ocasional aullido de un lobo rompían la

quietud. Los hombres avanzaban con la precisión de una manada de depredadores, cada movimiento calculado, cada pisada suave sobre la hierba húmeda.

El castillo se erguía ante ellos, sus muros de piedra oscurecidos por la noche, pero aún imponentes. Las antorchas en las murallas iluminaban apenas lo suficiente para vislumbrar las figuras de los guardias que patrullaban, pero el equipo de asalto se había preparado bien. Conocían los puntos ciegos, los momentos exactos en que los guardias se distraerían, y el plan que Kieran había trazado era tan preciso como letal.

El líder del grupo, con los ojos fijos en el objetivo, levantó una mano para indicar que era el momento de avanzar. Con una eficiencia brutal, los hombres se movieron en silencio hacia las paredes del castillo, utilizando las sombras como cobertura. Sabían que no podían permitirse un error; la más mínima señal de alarma podría hacer que todo el plan se viniera abajo.

Uno a uno, los hombres comenzaron a trepar por las paredes utilizando ganchos y cuerdas, moviéndose con la destreza de expertos en incursiones. Los guardias estaban concentrados en las rutas principales, sin percibir la amenaza que se cernía sobre ellos desde el flanco. Pronto, los guerreros del clan MacDonald habían alcanzado la cima de la muralla, y desde allí, comenzaron a deslizarse hacia los patios interiores.

El líder del grupo observó los movimientos de sus hombres, asegurándose de que todo transcurriera según el plan. Cuando estuvieron seguros de que el camino estaba despejado, se dirigieron hacia las dependencias donde, según la información que habían recibido, se encontraba Lady Eleanor. El tiempo era esencial; debían tomarla antes de que alguien se diera cuenta de su presencia.

La puerta de la pequeña torre donde Eleanor estaba alojada se encontraba custodiada por dos guardias, pero estos fueron silenciados con una rapidez mortal. Los hombres de Kieran se movieron como sombras, letales y eficientes. Cuando finalmente abrieron la puerta de la torre, el líder del grupo hizo una señal para que sus hombres avanzaran con cautela. Sabían que la captura debía ser limpia, sin alertar al castillo.

Eleanor dormía, ajena al peligro que se acercaba. La luna llena derramaba su luz pálida a través de las ventanas, iluminando su rostro tranquilo. Uno de los hombres se acercó a la cama, con una cuerda en la mano, listo para inmovilizarla antes de que pudiera reaccionar. Pero justo en el momento en que estaba a punto de actuar, un ruido en el pasillo lo detuvo en seco.

El sonido de pasos apresurados resonó en la torre, y el líder del grupo maldijo en voz baja. Alguien estaba cerca. Sin dudarlo, hizo un gesto para que sus hombres se retiraran. Sabía que si se enfrentaban a cualquier oposición en ese momento, podrían perder la ventaja del sigilo.

Los guerreros retrocedieron rápidamente, desapareciendo en las sombras de la torre mientras los pasos se acercaban. Cuando la puerta se abrió, no fueron recibidos por una dama dormida, sino por un joven

guardia que había regresado de una ronda inesperada. Eleanor, alertada por el ruido, se despertó

de inmediato, y en ese instante, el caos estalló.

—¡Intrusos! —gritó el guardia, desenfundando su espada, pero fue demasiado tarde. Los guerreros del clan MacDonald lo embistieron, y una breve lucha se desató en la pequeña habitación.

Eleanor, atónita por la repentina violencia, se echó hacia atrás, sus ojos abiertos de par en par mientras observaba la brutalidad de la escena que se desarrollaba ante ella. Los hombres luchaban en silencio, conscientes de que no podían permitirse hacer más ruido. Pero en medio del combate, uno de los hombres de Kieran se giró hacia ella, decidido a completar la misión.

Con una velocidad aterradora, se lanzó hacia la cama, y antes de que Eleanor pudiera reaccionar, la atrapó con fuerza, inmovilizándola con una mano mientras intentaba amordazarla con la otra. El terror recorrió el cuerpo de Eleanor, pero su mente se mantuvo firme, luchando con todas sus fuerzas contra su captor.

—¡Basta! —gritó Eleanor, tratando de liberarse—. ¡Dejadme ir!

Pero el guerrero no mostró piedad. Con un movimiento rápido, ató sus manos, y Eleanor sintió cómo la desesperación la envolvía. Sabía que no podía permitir que la sacaran del castillo; sabía lo que eso significaría para ella, para Alasdair, para todos.

Pero en ese momento, justo cuando parecía que todo estaba perdido, la puerta de la torre se abrió de golpe, y Alasdair MacLeod entró en la habitación como una fuerza de la naturaleza, su espada desenvainada y sus ojos ardiendo con furia. Había llegado justo a tiempo, pero el líder del grupo, reconociendo la gravedad de la situación, gritó una orden de retirada.

—¡Vámonos! —gritó, y los guerreros, aún con Eleanor en su poder, comenzaron a retroceder hacia la ventana.

Alasdair, con el corazón palpitante, se lanzó hacia ellos, pero los hombres de Kieran eran rápidos y estaban bien entrenados. Sabían que su única esperanza era huir antes de que las fuerzas de Alasdair los alcanzaran. Sin embargo, justo cuando estaban a punto de saltar por la ventana con Eleanor, Alasdair logró alcanzar a uno de ellos, cortándolo con un golpe rápido y mortal.

El cuerpo del guerrero cayó al suelo con un golpe sordo, pero su caída fue suficiente para detener el avance de los otros. Eleanor, liberada por el movimiento, se tambaleó hacia atrás, y Alasdair, sin dudarlo, la atrajo hacia él, protegiéndola con su propio cuerpo mientras los guerreros restantes se deslizaban por la ventana y desaparecían en la noche.

Eleanor, temblando por la adrenalina y el miedo, se aferró a Alasdair, sintiendo el calor de su cuerpo y el latido acelerado de su corazón. Por un momento, el mundo pareció detenerse, dejándolos solos en la quietud de la habitación, con la única compañía del susurro del viento y el eco distante de la lucha que acababa de ocurrir.

—Estáis a salvo —murmuró Alasdair, su voz ronca por la emoción contenida—. No permitiré

que nadie os haga daño.

Eleanor, aún temblando, levantó la vista hacia él, sus ojos llenos de gratitud y algo más profundo, algo que no podía expresar con palabras.

—Gracias —susurró, su voz quebrada por la emoción—. Gracias, Alasdair.

Alasdair la miró con una intensidad que casi la hizo perder el aliento, pero antes de que pudiera responder, la realidad de lo que había sucedido se impuso sobre ambos. Kieran MacDonald había demostrado que estaba dispuesto a todo para ganar ventaja, y la tregua, ya de por sí frágil, ahora pendía de un hilo aún más delgado.

Mientras las primeras luces del amanecer comenzaban a filtrarse por la ventana, Alasdair supo que no podía dejar que esto quedara impune. La guerra, que había intentado evitar, ahora parecía inevitable. Y aunque la seguridad de Eleanor era su prioridad inmediata, sabía que tendría que enfrentarse a Kieran, y esta vez, no habría tregua posible.

El viento de las Highlands susurraba promesas de batalla, y Alasdair, con Eleanor aún en sus brazos, se preparó mentalmente para el conflicto que estaba por venir.

Capítulo 7: El primer beso

La noche había caído sobre el castillo MacLeod con una serenidad engañosa. La luna llena iluminaba los muros de piedra y el jardín, creando sombras alargadas que danzaban al compás del viento suave que soplaba desde las colinas. Las estrellas se extendían por el cielo como un manto de diamantes, pero la belleza del paisaje no lograba apaciguar el torbellino de emociones que Eleanor sentía en su interior.

Había pasado horas en sus aposentos, incapaz de encontrar la calma después del intento de secuestro. Su mente no dejaba de volver al momento en que Alasdair había irrumpido en la habitación, su rostro endurecido por la furia y la preocupación. La forma en que la había protegido, cómo la había sujetado con tanta fuerza como si temiera perderla… Aquellos recuerdos la perseguían, y no importaba cuánto intentara distraerse, el pensamiento de Alasdair volvía una y otra vez, más persistente que nunca.

Finalmente, incapaz de soportar la claustrofobia de sus propios pensamientos, Eleanor decidió salir. Necesitaba el aire fresco, la paz que solo el jardín del castillo podía ofrecerle en ese momento. Se envolvió en una capa de lana, asegurándose de que cubriera su vestido de noche, y se deslizó en silencio por los pasillos oscuros hasta llegar a la puerta que daba al jardín.

El frío de la noche la envolvió como un bálsamo, y Eleanor respiró profundamente, dejando que el aire fresco llenara sus pulmones. El jardín era un lugar de ensueño bajo la luz de la luna, con los rosales en flor y los setos cuidadosamente recortados que formaban un laberinto de senderos serpenteantes. Caminó lentamente, permitiendo que sus pensamientos se calmaran, aunque la imagen de Alasdair seguía presente, como una sombra que no podía sacudirse.

Caminó hasta un banco de piedra situado junto a una pequeña fuente, donde el agua susurraba suavemente mientras caía en el estanque. Eleanor se sentó, cruzando los brazos sobre su pecho mientras observaba las ondulaciones en la superficie del agua. Cada una de ellas parecía reflejar la confusión que sentía en su corazón. ¿Cómo era posible que aquel hombre, un escocés que representaba todo lo que alguna vez había aprendido a desconfiar, lograra despertar en ella emociones tan profundas?

Perdida en sus pensamientos, Eleanor no escuchó los pasos silenciosos que se acercaban. Solo cuando una figura oscura emergió de las sombras se dio cuenta de que no estaba sola. Su corazón dio un vuelco al ver a Alasdair, su silueta recortada contra la luz de la luna. Había una tensión en su postura, una mezcla de determinación y algo que ella no podía identificar del todo.

—No deberíais estar aquí, Lady Eleanor —dijo Alasdair, su voz baja, casi un susurro—. Es tarde, y después de lo que ocurrió esta noche, debéis descansar.

Eleanor levantó la vista hacia él, incapaz de ocultar la tormenta de emociones que brillaba en sus ojos. —No podía dormir —admitió, su voz temblando ligeramente—. Necesitaba aire,

necesitaba… pensar.

Alasdair dio un paso más hacia ella, su mirada fija en la suya. —Pensar puede ser peligroso a veces, sobre todo cuando el corazón está involucrado.

Eleanor sintió cómo las palabras de Alasdair la atravesaban, directas y sin rodeos, como si él pudiera ver más allá de su exterior controlado, directamente a la batalla interna que estaba librando. Bajó la mirada, incapaz de sostener la intensidad de sus ojos por más tiempo.

—No sé qué hacer con estos sentimientos —murmuró, apenas consciente de que estaba confesando más de lo que pretendía—. No sé cómo manejar lo que siento.

Alasdair permaneció en silencio por un momento, observándola. Luego, con una lentitud deliberada, se sentó a su lado en el banco de piedra, dejando un espacio entre ellos, pero lo suficientemente cerca como para que Eleanor sintiera el calor de su cuerpo. La cercanía de Alasdair, combinada con la intimidad de la noche, hacía que su corazón latiera con fuerza, una mezcla de deseo y temor que la dejaba vulnerable.

—Yo tampoco —admitió Alasdair finalmente, su voz suave, cargada de emociones que rara vez mostraba—. Desde que llegasteis aquí, nada ha sido igual. He intentado luchar contra esto, contra lo que siento, pero parece que cuanto más lo intento, más fuerte se hace.

Eleanor alzó la vista hacia él, sorprendida por la honestidad en su voz. Había algo en su expresión, una mezcla de deseo y conflicto, que la hizo sentirse más cerca de él que nunca. Durante semanas, había sentido la tensión entre ellos, un vínculo que había tratado de negar, pero que ahora se hacía imposible de ignorar.

—Alasdair… —comenzó, pero antes de que pudiera continuar, él levantó una mano, deteniéndola.

—No digáis nada —dijo él, con una firmeza que no admitía discusión—. No quiero que esto se convierta en palabras, en algo que pueda romperse o manipularse. Quiero que lo sintáis, tal como yo lo siento.

Eleanor no supo qué responder, y en ese silencio, Alasdair se inclinó hacia ella. La distancia entre ellos se desvaneció en un suspiro, y antes de que Eleanor pudiera procesar lo que estaba ocurriendo, sintió sus labios sobre los suyos, suaves al principio, pero cargados de una intensidad que la hizo temblar.

El mundo entero pareció detenerse. El frío de la noche, el murmullo del agua, todo desapareció, dejando solo la sensación del beso, del calor de Alasdair que se extendía por su cuerpo como una llama encendida. Eleanor respondió con una urgencia que no sabía que tenía, envolviendo sus brazos alrededor de él, aferrándose a lo único que parecía real en ese momento.

El beso se profundizó, y en él, Eleanor sintió todo lo que Alasdair había estado reteniendo, todo el deseo, la lucha interna, y el miedo a lo que esto significaba para ambos. Era un beso que no

solo expresaba pasión, sino también desesperación, como si ambos supieran que este momento podría ser el principio del fin.

Pero tan rápido como comenzó, el beso terminó. Alasdair se apartó de golpe, respirando con dificultad, como si el contacto lo hubiera quemado. Se levantó del banco, alejándose unos pasos, incapaz de mirarla a los ojos.

Eleanor se quedó inmóvil, su cuerpo aún temblando por el impacto del beso, por la abrupta distancia que ahora se abría entre ellos. —¿Por qué…? —su voz salió rota, incompleta.

Alasdair se volvió hacia ella, su rostro sombrío, los ojos llenos de conflicto. —Esto no puede ser, Eleanor. No podemos dejarnos llevar por esto. Hay demasiado en juego, demasiadas vidas que dependen de nosotros. No puedo permitirme… no puedo permitirme amaros.

La confesión de Alasdair la golpeó con la fuerza de una ola, y Eleanor sintió cómo su corazón se quebraba lentamente. Sabía que Alasdair tenía razón, que lo que sentían el uno por el otro era peligroso, no solo para ellos, sino para todos los que los rodeaban. Pero saberlo no hacía que doliera menos.

—¿Y qué hay de lo que queréis? —preguntó Eleanor, su voz llena de emoción contenida—. ¿Qué hay de lo que sentís?

Alasdair cerró los ojos, como si la pregunta lo torturara. —No importa lo que sienta. Mi deber es proteger a mi clan, y eso significa mantenerme fuerte, mantenerme alejado de cualquier cosa que pueda debilitarme. Y vos, Eleanor, sois la mayor debilidad que he conocido.

Eleanor sintió que las lágrimas se acumulaban en sus ojos, pero se negó a dejarlas caer. No podía permitir que Alasdair la viera llorar, no cuando él ya estaba luchando contra lo que sentía. Se puso de pie, enfrentándolo con la misma determinación que siempre había mostrado, pero con el corazón hecho pedazos.

—Si eso es lo que decidís, entonces lo respetaré —dijo, su voz temblando ligeramente—. Pero sabed esto, Alasdair: no importa cuántas veces intentéis apartaros de mí, siempre habrá algo entre nosotros que no podréis negar. Podéis alejaros, pero no podéis escapar de lo que sentimos.

Alasdair la miró, y en sus ojos Eleanor vio el dolor y la lucha interna que estaba librando. Pero también vio la decisión, la firmeza que lo había llevado a convertirse en el líder que era. Sabía que no podía cambiar su mente, no en ese momento.

—Es mejor así —dijo él, con una tristeza palpable en su voz—. Es mejor para ambos.

Sin esperar una respuesta, Alasdair se dio la vuelta y se alejó, desapareciendo en las sombras del jardín. Eleanor se quedó sola, la fría noche envolviéndola mientras las lágrimas que había contenido finalmente cayeron por su rostro. Se abrazó a sí misma, tratando de encontrar consuelo en la soledad, pero sab

iendo que el vacío que sentía en su corazón no se llenaría fácilmente.

El jardín, que había sido su refugio, ahora se sentía como una prisión, un lugar que guardaría el recuerdo de ese beso, de la confesión de Alasdair, y del dolor que había quedado en su estela. Eleanor sabía que había sido un punto de inflexión, un momento que cambiaría todo, y que a partir de entonces, nada sería igual.

El viento sopló entre los árboles, llevando consigo sus susurros, como si las Highlands mismas lamentaran lo que acababa de suceder. Eleanor, con el corazón pesado, se dio la vuelta y regresó al castillo, sabiendo que aunque intentara seguir adelante, esa noche la perseguiría para siempre.

Capítulo 8: La traición

El castillo de los MacDonald se erguía como un oscuro guardián en medio de las colinas escarpadas, rodeado de bosques densos que susurraban secretos al viento. Las torres de piedra, recubiertas de musgo y enredaderas, parecían desafiantes bajo el cielo nublado, como si incluso la naturaleza hubiera aprendido a temer a los habitantes de ese lugar. Dentro de sus muros, la atmósfera era aún más sombría, cargada con la tensión de las conspiraciones y los planes ocultos.

Kieran MacDonald estaba de pie junto a la ventana de su sala de audiencias, observando el paisaje con ojos calculadores. Desde esa altura, podía ver sus tierras extendiéndose hasta el horizonte, un recordatorio constante de lo que estaba en juego en su enfrentamiento con los MacLeod. Pero sus pensamientos no estaban en las montañas ni en los bosques, sino en algo mucho más cercano, mucho más peligroso: la creciente relación entre Alasdair MacLeod y Lady Eleanor Hastings.

El sonido de pasos apresurados resonó en el pasillo, y un momento después, la puerta de la sala se abrió para dejar entrar a un hombre de aspecto nervioso, con el rostro cubierto por una capucha que ocultaba en parte sus rasgos. Sus ojos brillaban con la ansiedad de alguien que sabía que el mensaje que llevaba podría cambiar el curso de los acontecimientos.

Kieran no se movió de su lugar junto a la ventana, pero su voz, profunda y autoritaria, llenó la sala. —Habla. ¿Qué noticias traes?

El espía se inclinó ligeramente, en un gesto de respeto, antes de comenzar a hablar. —Mi señor, vengo del castillo de los MacLeod. He estado observando como ordenasteis, y tengo información que podría ser de vuestro interés.

Kieran se giró lentamente, sus ojos oscuros clavados en el hombre. Había algo en su mirada que parecía penetrar en el alma de quienes lo rodeaban, como si pudiera ver más allá de las palabras para detectar cualquier rastro de engaño. —Habla de una vez. No tengo paciencia para rodeos.

El espía tragó saliva antes de continuar, consciente de que no podía permitirse el lujo de titubear. —Es sobre Alasdair MacLeod y la dama inglesa, Lady Eleanor. Se dice que han pasado mucho tiempo juntos y que… —vaciló un momento, buscando las palabras adecuadas—, que su relación ha crecido más allá de la mera diplomacia.

Kieran entrecerró los ojos, su mente trabajando rápidamente para procesar la información. Durante semanas había sospechado que la presencia de Eleanor en el castillo MacLeod podría ser algo más que una simple misión diplomática, pero escuchar que Alasdair estaba emocionalmente involucrado era un detalle que no había anticipado. Y ese detalle podía ser explotado.

—¿Cómo de cierta es esa información? —preguntó Kieran, su tono bajo pero lleno de amenaza —. No me interesa un rumor si no tiene fundamentos.

El espía asintió rápidamente, intentando demostrar su lealtad. —Lo he visto con mis propios ojos, mi señor. Están juntos con frecuencia, y no de una manera casual. Hay algo entre ellos que va más allá de las apariencias. Anoche mismo, escuché a algunos de los guardias susurrar sobre un beso que compartieron en los jardines del castillo.

Las palabras parecieron resonar en la mente de Kieran, encendiendo una chispa de interés que pronto se transformó en un plan. Si Alasdair MacLeod estaba tan cercano a la dama inglesa, entonces ella podía ser la clave para desestabilizarlo. La debilidad de un líder era un arma poderosa, y Kieran no tenía intención de desperdiciar esa oportunidad.

—Así que el gran Alasdair MacLeod ha permitido que una mujer lo distraiga —murmuró Kieran, más para sí mismo que para el espía—. Interesante, muy interesante.

El espía permaneció en silencio, esperando ansiosamente la reacción de su señor. Sabía que cualquier error en su información podría costarle caro, pero también estaba consciente de que si la noticia era útil, podría ganar el favor de Kieran, algo invaluable en tiempos de conflicto.

Kieran se acercó lentamente al espía, sus ojos ahora brillando con una mezcla de malicia y calculado interés. Se detuvo a escasos pasos de él, dejando que el peso de su mirada y su presencia hicieran el trabajo de intimidación.

—Si lo que dices es cierto —dijo Kieran con voz controlada—, entonces podríamos tener la ventaja que tanto hemos buscado. Alasdair ha sido implacable en su defensa del clan, pero si su corazón está en juego, podría actuar con imprudencia. Y una acción imprudente de su parte sería nuestra victoria.

El espía asintió rápidamente, sintiendo que la atmósfera en la sala se volvía más densa con cada palabra de Kieran. —Mi señor, estoy seguro de lo que vi. Lady Eleanor es una debilidad que Alasdair no puede permitirse, y si la capturamos, él no tendrá más remedio que doblegarse.

Kieran esbozó una sonrisa, pero era una sonrisa que no alcanzó sus ojos. Había pasado demasiado tiempo luchando contra los MacLeod, y cada intento anterior de subyugarlos había sido frustrado por la astucia y la fuerza de Alasdair. Pero ahora, la situación era diferente. Había encontrado un punto débil en la coraza de su enemigo, y estaba dispuesto a golpear donde más doliera.

—Entonces, es hora de actuar —decidió Kieran, su voz resonando con una resolución que no admitía dudas—. No podemos permitirnos esperar. Si lo hacemos, Alasdair podría reforzar su posición y proteger a la dama con más celo. Necesitamos movernos rápido y tomarla antes de que él tenga tiempo de reaccionar.

Kieran giró sobre sus talones y comenzó a caminar hacia la mesa central de la sala, donde se extendía un mapa detallado de las Highlands y las posiciones de los clanes. Sus dedos recorrieron la superficie del pergamino, deteniéndose en el punto donde se encontraba el castillo MacLeod. Los ojos de Kieran se estrecharon mientras su mente formulaba un plan.

—Reunid a los hombres —ordenó, sin apartar la vista del mapa—. No podemos llevar a cabo un asalto directo; eso levantaría demasiadas alarmas y podría provocar una guerra total antes de que estemos listos. Necesitamos un ataque rápido y preciso. Un grupo pequeño, pero letal, que pueda infiltrarse en el castillo, capturar a la dama y traerla de vuelta sin que nadie sepa lo que ha sucedido hasta que sea demasiado tarde.

El espía se inclinó en señal de obediencia y salió de la sala para cumplir con las órdenes de Kieran. Mientras tanto, Kieran permaneció en silencio, observando el mapa con una mirada intensa. Sabía que estaba jugando una partida peligrosa, una que podría traerle una victoria definitiva o su ruina. Pero Kieran no temía los riesgos. Había construido su poder sobre decisiones audaces, y no iba a detenerse ahora.

***

Horas después, bajo el amparo de la noche, el grupo de élite del clan MacDonald partió hacia el castillo de los MacLeod. Los hombres elegidos eran los mejores guerreros de Kieran, expertos en la lucha sigilosa y en misiones de alto riesgo. Avanzaron por los senderos menos transitados, evitando cualquier contacto con patrullas y guardias, moviéndose como sombras entre los árboles y rocas.

El aire era frío, y la luna, oculta tras densas nubes, apenas iluminaba su camino. Cada paso que daban los acercaba más a su objetivo: la torre donde, según la información del espía, se encontraba Lady Eleanor. Kieran había dado órdenes claras de no hacer ruido, de no matar a menos que fuera absolutamente necesario, y de regresar con la dama inglesa a salvo.

El líder del grupo, un hombre llamado Fergus, un veterano guerrero con una cicatriz en el rostro que contaba la historia de una batalla ganada a duras penas, dirigía a sus hombres con señales de mano y susurros. Sabía que el éxito de la misión dependía de su precisión y su capacidad para no alertar a las fuerzas de Alasdair antes de tiempo.

Cuando finalmente alcanzaron los muros del castillo MacLeod, el grupo se detuvo en las sombras para observar. Los guardias en las murallas parecían relajados, ajenos al peligro que se acercaba. Fergus sabía que esa calma sería su ventaja. Ordenó a dos de sus hombres escalar la muralla utilizando ganchos y cuerdas, mientras el resto esperaba en silencio, preparados para cualquier eventualidad.

Los minutos pasaron con una lentitud exasperante, pero finalmente, uno de los hombres en la muralla hizo una señal de que el camino estaba despejado. Fergus asintió, y el grupo comenzó a moverse, trepando por la muralla y deslizándose dentro del castillo como fantasmas. Su objetivo estaba cerca, y no podían permitirse ningún error.

Fergus lideró a su grupo a través de los pasillos oscuros, siguiendo las instrucciones detalladas que les había proporcionado el espía. Finalmente, alcanzaron la torre. La puerta estaba custodiada por dos guardias, que fueron eliminados con la precisión letal de un asesino. Los cuerpos fueron arrastrados a un rincón oscuro, fuera de la vista de cualquier patrulla.

Con un gesto, Fergus indicó a sus hombres que se prepararan. Uno de ellos utilizó una ganzúa para abrir la cerradura de la puerta, y en cuestión de segundos, la entrada estaba libre. El grupo se movió rápidamente, subiendo las escaleras de piedra en espiral que conducían a la habitación de Eleanor.

El corazón de Fergus latía con fuerza mientras alcanzaban la última puerta. Sabía que el éxito de la misión estaba a solo unos pasos de distancia. Con un último gesto, ordenó a sus hombres que se prepararan para la captura. Luego, lentamente, abrió la puerta.

Lo que encontró al otro lado fue lo que esperaba: Eleanor dormía, ajena al peligro que se cernía sobre ella. Su cabello rubio se extendía sobre la almohada como un halo dorado, y su rostro, sereno en el sueño, no mostraba ninguna señal de la tormenta que se avecinaba.

Fergus dio un paso adelante, seguido por uno de sus hombres. Pero justo cuando estaba a punto de inmovilizarla, un crujido resonó en el pasillo detrás de ellos. Fergus se giró bruscamente, su espada desenvainada, pero antes de que pudiera hacer nada, la puerta de la habitación se abrió de golpe, revelando a Alasdair MacLeod, con la furia reflejada en cada línea de su rostro.

El silencio que había mantenido la misión en curso hasta ese momento se rompió de golpe. Alasdair se lanzó hacia Fergus con una velocidad y ferocidad que pocos habrían esperado, su espada cortando el aire con una precisión mortal. El primer hombre que intentó detenerlo cayó antes de poder siquiera alzar su arma, y en un instante, la habitación se convirtió en un campo de batalla.

Eleanor se despertó sobresaltada por el ruido y, al ver a Alasdair en combate con los hombres de Kieran, el terror se apoderó de ella. Pero más allá del miedo, también sintió una oleada de determinación. No podía quedarse de brazos cruzados mientras Alasdair luchaba por protegerla.

Se lanzó hacia la puerta, buscando una salida o alguna forma de ayudar, pero fue atrapada por uno de los guerreros de Kieran que había conseguido eludir a Alasdair. Eleanor forcejeó con todas sus fuerzas, pero el hombre era demasiado fuerte. La sujetó con rudeza, llevándola hacia la ventana con la intención de huir con ella antes de que Alasdair pudiera detenerlos.

—¡No dejaré que te la lleves! —rugió Alasdair, con una furia que resonó en las paredes de la torre. Se deshizo del último de los guerreros que lo enfrentaba y se lanzó hacia el hombre que retenía a Eleanor.

El combate fue breve pero feroz. Alasdair, impulsado por la desesperación y el amor que finalmente reconocía dentro de sí, derrotó al último de los atacantes y recuperó a Eleanor, atrayéndola hacia él con una mezcla de alivio y rabia.

—¡Estás a salvo! —le dijo, su voz ronca, sujeta por la adrenalina y el miedo de haberla perdido.

Eleanor, temblando aún por la experiencia, asintió, pero no podía dejar de mirar los cuerpos caídos a su alrededor. La realidad de la traición y la amenaza de Kieran había golpeado con fuerza, y sabía que nada volvería a ser igual.

Alasdair, consciente de que todavía podrían haber más peligros, la sostuvo con firmeza, prometiéndose a sí mismo que no volvería a dudar en lo que sentía por ella. Kieran había jugado su carta, pero Alasdair estaba decidido a proteger a Eleanor, sin importar el costo.

Mientras las primeras luces del amanecer comenzaban a asomar en el horizonte, Alasdair sabía que había llegado el momento de enfrentar a Kieran MacDonald de una vez por todas. Ya no era solo una cuestión de honor o de **Capítulo 8: La traición (continuación)**

venganza; ahora era personal. Alasdair había intentado mantener la paz, había intentado proteger a su clan sin recurrir a una guerra abierta, pero Kieran había cruzado una línea que no podía ignorar. El ataque a Eleanor no solo era una afrenta a su liderazgo, sino un golpe directo a su corazón, y eso era algo que Alasdair no estaba dispuesto a perdonar.

Mientras sostenía a Eleanor, sintió cómo el peso de la responsabilidad se hacía aún más palpable. Sabía que no podía permitir que el miedo lo dominara, ni que sus sentimientos por ella lo hicieran vacilar. Pero también sabía que, por primera vez en mucho tiempo, sus decisiones no solo afectarían al clan MacLeod, sino a alguien a quien había llegado a amar profundamente.

Eleanor, aún recuperándose del susto, levantó la mirada hacia Alasdair. En sus ojos había una mezcla de miedo y gratitud, pero también algo más: una determinación que reflejaba la suya propia. Sabía que no podía dejar que la protegiera sin su ayuda, que ahora más que nunca, necesitaba ser fuerte y valiente, no solo por él, sino por ella misma.

—Alasdair —susurró, su voz aún temblorosa—, no puedo dejar que sigas luchando solo. Kieran no se detendrá hasta que me capture, y eso pone en peligro a todos aquí. No quiero ser la razón por la que más vidas se pierdan.

Alasdair la miró, con la intensidad de alguien que comprendía la gravedad de la situación, pero también con la ternura de un hombre que había aceptado la verdad de sus propios sentimientos. Acarició su mejilla con suavidad, su pulgar trazando un camino cálido sobre su piel fría.

—No permitiré que te alejen de mí, Eleanor —dijo con firmeza, su voz baja pero cargada de resolución—. No importa lo que Kieran intente, no dejaré que te haga daño. Pero tienes razón, no podemos subestimar la amenaza que representa. Esto ha dejado de ser una simple disputa entre clanes. Se trata de nosotros, de lo que somos y de lo que podemos llegar a ser juntos.

Eleanor asintió, sintiendo cómo la fuerza de sus palabras la envolvía, dándole el valor que necesitaba para enfrentar lo que venía. No era una mujer acostumbrada a la guerra, pero había aprendido a ser resiliente, a adaptarse a las circunstancias más difíciles. Y en ese momento, sabía que su lugar estaba junto a Alasdair, no como una carga, sino como una aliada.

—Entonces, debemos actuar con rapidez —respondió ella, tomando una decisión en su corazón —. Kieran no esperará, y nosotros tampoco podemos hacerlo. Necesitamos prepararnos para lo que venga, y debemos hacerlo juntos.

Alasdair la miró con orgullo y admiración, viendo en ella no solo a la dama inglesa que había conocido al principio, sino a una mujer fuerte y decidida, alguien que podía estar a su lado en la batalla, tanto emocional como físicamente. Sabía que ella estaba asumiendo un riesgo al permanecer con él, pero también sabía que no podría alejarla, no cuando ambos sentían lo mismo.

—Hablaré con mis hombres, organizaremos la defensa del castillo y nos prepararemos para cualquier ataque —dijo, tomando la iniciativa—. Pero también necesito que te mantengas a salvo, Eleanor. No puedo luchar sabiendo que podrías estar en peligro.

Eleanor comprendió sus palabras, pero no estaba dispuesta a quedarse de brazos cruzados. —Haré lo que sea necesario para estar segura, pero también quiero ayudar, Alasdair. No puedo quedarme escondida mientras tú y tus hombres arriesgan sus vidas por mí.

Alasdair asintió, sabiendo que no podría convencerla de lo contrario. —Entonces, mantente cerca de Margaret y de los otros en quienes confío. Te necesitaremos fuerte, Eleanor, tanto como yo te necesito a mi lado.

Con esas palabras, Alasdair la soltó con suavidad, aunque su mirada permaneció fija en ella durante unos segundos más, como si grabara su imagen en su mente antes de partir. Luego, se dio la vuelta y salió de la habitación, con la determinación de un líder que sabe que la batalla que se avecina podría ser la más importante de su vida.

***

En las horas siguientes, el castillo MacLeod se convirtió en un hervidero de actividad. Alasdair reunió a sus capitanes y les informó de la traición de Kieran, dejando claro que la tregua había terminado y que debían prepararse para defender el castillo de un posible asalto. Los hombres de confianza de Alasdair, endurecidos por años de combates, asintieron en silencio, sabiendo que la lucha que se avecinaba no sería fácil.

Al mismo tiempo, Margaret se encargó de organizar a las mujeres y niños del castillo, asegurándose de que tuvieran un lugar seguro donde refugiarse en caso de un ataque. Eleanor, aunque sentía el temor en su pecho, se unió a ellas, decidida a hacer lo que estuviera en su mano para ayudar. Sabía que su vida estaba en peligro, pero también sabía que no podía permitir que el miedo la paralizara.

Mientras tanto, en el castillo MacDonald, Kieran se preparaba para lanzar su ataque. Había reunido a sus mejores hombres, los más leales y los más hábiles en la lucha, y les había dado instrucciones claras: debían capturar a Eleanor viva y traerla de vuelta al castillo MacDonald. Cualquier otra vida que se interpusiera en su camino podía ser tomada sin piedad.

Kieran sabía que Alasdair no se rendiría fácilmente, pero confiaba en que la sorpresa y la velocidad de su ataque le darían la ventaja. Había planeado cada movimiento con meticulosa precisión, y ahora, solo quedaba esperar el momento adecuado para atacar.

La luna había ascendido a lo alto del cielo cuando los hombres de Kieran comenzaron a moverse. Se desplazaron a través de los bosques y las colinas, avanzando como sombras, acercándose cada vez más al castillo MacLeod. La tensión en el aire era palpable, y cada paso los llevaba más cerca de la confrontación inevitable.

Pero Alasdair estaba preparado. Había dispuesto a sus hombres en puntos estratégicos alrededor del castillo, y las murallas estaban bien defendidas. No subestimaba a Kieran, y sabía que cualquier error podría costarles caro.

El primer indicio del ataque llegó con el silbido de una flecha que cruzó el cielo nocturno, clavándose en la madera de la puerta principal del castillo. Luego, el sonido de las espadas desenvainadas resonó en la oscuridad, y la batalla comenzó.

Kieran había lanzado a sus hombres contra el castillo con una furia calculada, confiando en que su fuerza y su número les darían la ventaja. Pero Alasdair, con la determinación de un hombre que sabía que estaba luchando por algo más que su vida, dirigió a sus guerreros con precisión, enfrentando cada ataque con una defensa bien coordinada.

Eleanor, desde su refugio seguro en una de las torres, escuchaba los sonidos de la batalla y sentía el miedo crecer en su interior. Pero también sentía una fuerza renovada, una determinación de que no dejaría que Kieran la tomara sin luchar. Sabía que su destino estaba entrelazado con el de Alasdair, y que, juntos, debían enfrentar esta amenaza, sin importar el costo.

La lucha se prolongó durante lo que pareció una eternidad, pero finalmente, los hombres de Kieran comenzaron a retroceder. Alasdair, cubierto de sudor y sangre, no permitió que su guardia bajara, consciente de que Kieran podría tener un último as en la manga.

Y tenía razón.

Justo cuando parecía que la batalla estaba ganada, un grupo de hombres de Kieran logró penetrar en el castillo a través de un pasadizo oculto. Alasdair, al enterarse, sintió el frío de la desesperación recorrer su columna vertebral. Sabía exactamente hacia dónde se dirigían esos hombres: hacia Eleanor.

Sin perder tiempo, Alasdair corrió hacia la torre donde Eleanor estaba refugiada, su corazón martillando en su pecho con cada paso. No podía permitir que la tomaran, no después de todo lo que habían pasado. La imagen de Eleanor, de su fuerza, de su determinación, lo impulsaba hacia adelante, dándole la energía que necesitaba para llegar a tiempo.

Cuando finalmente alcanzó la torre, encontró a los hombres de Kieran enfrentándose a los pocos guardias que había dejado para proteger a Eleanor. Sin dudarlo, Alasdair se lanzó a la batalla con una furia renovada, cortando y golpeando con una precisión mortal. Sabía que no podía fallar, que no tenía margen de error.

Eleanor, que había escuchado el ruido de la lucha acercándose, salió de su refugio y vio a Alasdair en el calor de la batalla. Su corazón dio un vuelco al verlo allí, luchando por ella,

arriesgando todo para protegerla. Y en ese momento, supo que no podía quedarse atrás, que debía estar a su lado.

Tomando una daga que había encontrado en su refugio, Eleanor corrió hacia Alasdair, dispuesta a luchar junto a él. Juntos, lograron repeler a los atacantes

, y finalmente, el último de los hombres de Kieran cayó bajo la espada de Alasdair.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Alasdair, respirando con dificultad, se volvió hacia Eleanor, su mirada llena de una mezcla de alivio y preocupación. Sin decir una palabra, la atrajo hacia él, abrazándola con fuerza, como si quisiera asegurarse de que estaba realmente a salvo.

Eleanor, temblando aún por la adrenalina y el miedo, se aferró a él, sintiendo cómo el peso de la batalla y del peligro que acababan de enfrentar comenzaba a desvanecerse. Pero sabía que esto no había terminado, que Kieran no se rendiría tan fácilmente.

—No te dejaré sola —murmuró Alasdair, su voz ronca por la emoción—. No importa lo que venga, lo enfrentaremos juntos.

Eleanor asintió, su corazón llenándose de una nueva esperanza. Sabía que la lucha no había terminado, pero también sabía que, con Alasdair a su lado, podía enfrentar cualquier cosa.

Y mientras la luna seguía su curso en el cielo nocturno, los dos permanecieron allí, abrazados en el umbral de la torre, sabiendo que el verdadero desafío aún estaba por venir, pero que ahora estaban listos para enfrentarlo, juntos.

Capítulo 9: El ataque

La oscuridad de la madrugada envolvía el castillo MacLeod en un manto de silencio inquietante. Las sombras danzaban en las paredes de piedra, movidas por la luz de las antorchas que titilaban en lo alto de las murallas. Dentro del castillo, la tensión era palpable, como una cuerda estirada al límite, a punto de romperse. Alasdair MacLeod caminaba con pasos firmes por los pasillos, su mente en un estado de alerta constante. Había pasado la noche en vela, consciente de que el ataque de Kieran MacDonald no tardaría en llegar.

Había reforzado las defensas, colocado a sus hombres en posiciones estratégicas y preparado a todos para la batalla que sabía que estaba por venir. Pero a pesar de todas las precauciones, una sombra de duda persistía en su interior. Eleanor. Cada pensamiento volvía a ella, a su seguridad. Había hecho todo lo posible para protegerla, pero en el fondo sabía que en una guerra, nada estaba garantizado.

El frío de la madrugada se filtraba por las ventanas, pero no era el aire lo que hacía que el aliento de Alasdair saliera en nubes visibles; era la anticipación de lo inevitable. Mientras caminaba por los pasillos, escuchó un leve murmullo, un ruido que no debería estar allí. Se detuvo, tensando cada músculo, agudizando el oído.

Y entonces lo escuchó. Un susurro, el crujido de la madera, seguido por el sonido apagado de un grito ahogado. Alasdair maldijo en voz baja, sabiendo que el ataque había comenzado. No había tiempo para dudar. Con un movimiento rápido, desenvainó su espada y corrió hacia la fuente del sonido, su corazón martilleando en su pecho.

Cuando llegó al gran salón, la escena que se desplegó ante él era una mezcla de caos y violencia. Los hombres de Kieran habían logrado infiltrarse en el castillo, y ahora estaban enfrentándose a los guardias de Alasdair en una batalla encarnizada. Las espadas chocaban con un estruendo que resonaba en las paredes, mientras los gritos de los heridos llenaban el aire.

Alasdair se lanzó a la refriega sin dudar, su espada encontrando su objetivo con precisión mortal. Cada golpe era una expresión de su furia, de su determinación de proteger a su clan y, sobre todo, a Eleanor. Luchaba con la ferocidad de un hombre que sabía que estaba en juego mucho más que una simple victoria.

Pero incluso mientras combatía, su mente no dejaba de buscar a Eleanor. ¿Dónde estaba? ¿Estaba a salvo? No podía permitir que la tomaran. No podía soportar la idea de perderla, no después de todo lo que habían compartido, no cuando finalmente había aceptado lo que sentía por ella.

La batalla se intensificaba a su alrededor, pero en medio del caos, Alasdair divisó a Fergus, el líder del grupo de asalto de Kieran. El hombre estaba rodeado por varios de sus guerreros, y en sus ojos brillaba la malicia de alguien que sabía que tenía un objetivo claro.

Alasdair se abrió paso entre los combatientes, cortando y golpeando con una habilidad nata, hasta que finalmente estuvo frente a Fergus. Sus miradas se encontraron, y en ese instante, ambos supieron que la batalla entre ellos sería decisiva.

—¡MacLeod! —gruñó Fergus, levantando su espada—. Kieran quiere a la dama inglesa, y yo seré quien se la entregue.

—Tendrás que pasar sobre mi cadáver —respondió Alasdair, su voz baja pero llena de una furia contenida.

Sin más palabras, se lanzaron el uno contra el otro. El choque de sus espadas resonó con un sonido metálico, y la fuerza de sus golpes hizo que las chispas volaran en el aire. Fergus era un guerrero formidable, pero Alasdair luchaba con la fuerza de alguien que no tenía nada que perder, alguien que luchaba no solo por su vida, sino por la de la mujer que amaba.

El duelo fue feroz, cada movimiento calculado, cada golpe cargado de intención mortal. Alasdair sentía la sangre caliente en sus venas, la adrenalina corriendo por su cuerpo mientras bloqueaba y atacaba, su mente enfocada en una sola cosa: derrotar a Fergus y proteger a Eleanor.

Pero Fergus no era un oponente fácil. Con un giro brusco, logró abrir una brecha en la defensa de Alasdair, su espada cortando a través de la tela y la carne con un golpe certero. Alasdair sintió el dolor agudo en su costado, pero no permitió que lo detuviera. Con un grito de rabia, lanzó un ataque devastador que hizo retroceder a Fergus, pero en el proceso, su herida se abrió más, debilitándolo.

Fergus, viendo la sangre correr por el costado de Alasdair, sonrió con una malicia cruel. —Vas a morir aquí, MacLeod. Y ella será mía.

Alasdair, jadeando por el esfuerzo y el dolor, supo que estaba en desventaja. Pero no podía permitirse caer, no cuando Eleanor dependía de él. Con una fuerza de voluntad sobrehumana, se lanzó hacia Fergus una vez más, dispuesto a dar todo lo que le quedaba.

Justo en ese momento, un grito familiar rompió el ruido de la batalla. —¡Alasdair!

Era Eleanor. Alasdair giró la cabeza, y su corazón se detuvo al verla. Estaba rodeada por dos de los hombres de Kieran, quienes la arrastraban hacia la salida del salón. Sus ojos, llenos de terror, se encontraron con los de él, suplicando en silencio.

El mundo pareció detenerse. Nada importaba más en ese momento que salvarla. Con un último esfuerzo, Alasdair lanzó un golpe final que alcanzó a Fergus en el hombro, haciéndolo retroceder. Pero la herida en su costado le pasó factura, y Alasdair se tambaleó, sintiendo cómo sus fuerzas lo abandonaban.

Fergus, herido pero no derrotado, aprovechó la debilidad momentánea de Alasdair para derribarlo al suelo con un golpe brutal. Alasdair cayó, su espada resbalando de su mano mientras la sangre empapaba su camisa. El dolor era insoportable, pero no era nada comparado con la

angustia de ver a Eleanor siendo arrastrada fuera de su alcance.

—¡No! —gritó, tratando de levantarse, pero su cuerpo no respondía.

Fergus, sonriendo con la victoria en sus ojos, se inclinó sobre Alasdair. —Has perdido, MacLeod. Kieran se encargará de que nunca vuelvas a verla.

Alasdair intentó moverse, pero su visión comenzó a nublarse, su cuerpo debilitándose por la pérdida de sangre. Con sus últimas fuerzas, extendió una mano hacia Eleanor, pero ella ya estaba demasiado lejos. Sus gritos se desvanecieron mientras los hombres de Kieran la llevaban fuera del castillo.

La oscuridad comenzó a envolverlo, y Alasdair supo que estaba al borde de la inconsciencia. El dolor, tanto físico como emocional, era insoportable. Había fallado. No había podido protegerla.

Y con ese pensamiento, la oscuridad lo reclamó.

***

Cuando Alasdair despertó, no sabía cuánto tiempo había pasado. Lo primero que sintió fue el dolor punzante en su costado, seguido por la sensación de la piedra fría bajo su espalda. Intentó moverse, pero su cuerpo estaba débil, cada músculo protestando con un dolor sordo.

—Alasdair —la voz suave de Margaret lo sacó de la penumbra. Se arrodilló a su lado, su rostro pálido y lleno de preocupación—. Gracias a Dios, estás despierto.

Alasdair luchó por enfocar su visión, el dolor en su costado era un recordatorio cruel de lo que había sucedido. —Eleanor… —murmuró, su voz apenas un susurro.

Margaret bajó la mirada, y en su silencio, Alasdair encontró la respuesta que temía. Eleanor había sido capturada. Kieran MacDonald la tenía.

El dolor en su corazón eclipsó el de su herida. Había fallado. La mujer que amaba estaba ahora en manos de su enemigo, y él había sido incapaz de detenerlo.

—No todo está perdido, hermano —dijo Margaret con suavidad, aunque sus ojos estaban llenos de lágrimas—. Aún hay esperanza. Kieran la ha tomado para forzarte a someterte, pero eso significa que está viva. Podemos salvarla, Alasdair. Pero necesitamos que te recuperes.

Alasdair cerró los ojos, luchando contra la desesperación que amenazaba con consumirlo. No podía permitirse rendirse, no cuando la vida de Eleanor dependía de él. Con un esfuerzo tremendo, se incorporó ligeramente, apoyándose en Margaret.

—Vamos a recuperarla —dijo con voz ronca, pero firme—. No importa lo que cueste. Kieran no se saldrá con la suya.

Margaret asintió, su rostro reflejando la misma determinación. —Haremos lo que sea necesario,

Alasdair. Pero primero, necesitas sanar.

Alasdair sabía que tenía razón, pero también sabía que el tiempo no estaba de su lado. Cada minuto que pasaba con Eleanor en manos de Kieran MacDonald era un minuto que podría significar un sufrimiento inenarrable para ella. No podía permitirse descansar, no cuando su vida pendía de un hilo.

Con gran esfuerzo, Alasdair se levantó, apoyándose pesadamente en Margaret. El dolor lo atravesaba con cada movimiento, pero su determinación lo mantenía en pie. No podía permitirse mostrarse débil, no ahora. Sus hombres necesitaban verlo fuerte, aunque la realidad fuera lo contrario.

—Margaret —dijo, su voz apenas un susurro—, reúne a los capitanes. Necesito hablar con ellos. No podemos esperar más.

—Alasdair, no puedes continuar así —insistió Margaret, su voz llena de preocupación—. Estás gravemente herido. Si no descansas, podrías empeorar.

—No hay tiempo —respondió Alasdair, su tono inquebrantable—. Eleanor está en peligro, y no voy a permitir que Kieran la mantenga como rehén. Necesitamos un plan, y lo necesitamos ahora.

Margaret vio la determinación en los ojos de su hermano y supo que no podría disuadirlo. Asintió con tristeza y lo ayudó a caminar por el pasillo en dirección a la sala de reuniones. El castillo, aunque aún en pie, mostraba las cicatrices de la batalla reciente. Los guardias heridos eran atendidos en las esquinas, y las caras de los supervivientes reflejaban la gravedad de lo ocurrido.

Cuando Alasdair y Margaret llegaron a la sala, los capitanes ya estaban reunidos. Al ver a su líder, algunos mostraron expresiones de alivio, mientras otros lo miraban con preocupación evidente. Alasdair, aún apoyado en Margaret, hizo un esfuerzo por erguirse, proyectando la imagen de fuerza que su clan necesitaba.

—Kieran MacDonald ha atacado en nuestra casa y ha capturado a Eleanor —comenzó, su voz firme aunque cada palabra le costaba un esfuerzo—. No voy a permitir que esto quede impune. Sé que muchos de vosotros estáis heridos, que nuestras fuerzas han sufrido un duro golpe, pero no podemos dejar que se salga con la suya. Debemos actuar con rapidez y precisión.

Uno de los capitanes, un hombre llamado Dougal, dio un paso adelante. —Laird, estamos listos para seguir vuestras órdenes, pero debéis permitirnos cuidaros. No podéis liderar a los hombres en este estado. Permitidnos organizar la misión para recuperar a Lady Eleanor mientras os recuperáis.

Alasdair miró a Dougal, sabiendo que sus palabras eran sensatas, pero su corazón se rebelaba contra la idea de quedarse al margen. Sentía que debía estar en la vanguardia, luchando por Eleanor con cada fibra de su ser.

—Sé que estáis dispuestos a luchar —respondió Alasdair, su voz firme—, pero no puedo quedarme aquí mientras otros arriesgan sus vidas por ella. Kieran ha demostrado que no tiene honor, y no voy a subestimarlo de nuevo. Debemos golpear rápido y con toda nuestra fuerza. Si esperamos demasiado, podríamos perder la única oportunidad de salvarla.

Margaret, viendo la desesperación y la determinación en los ojos de su hermano, intervino suavemente. —Alasdair, Dougal tiene razón. No puedes liderar esta misión en tu estado actual. Pero eso no significa que no puedas estar involucrado. Debes confiar en tus hombres. Ellos te han seguido hasta aquí porque creen en ti, porque saben que tomarás las decisiones correctas. Permíteles demostrarlo ahora.

Alasdair cerró los ojos por un momento, respirando profundamente mientras luchaba contra la frustración que sentía. Sabía que Margaret y Dougal estaban en lo cierto, que sus heridas lo debilitaban más de lo que quería admitir. Pero el pensamiento de Eleanor, en manos de Kieran, lo impulsaba a seguir adelante, a ignorar el dolor.

—Muy bien —dijo finalmente, abriendo los ojos—. Dougal, tú liderarás el ataque. Quiero que elijas a los hombres más fuertes y leales, aquellos que puedan moverse rápido y en silencio. Debemos sorprender a Kieran antes de que tenga tiempo de reforzar su posición.

Dougal asintió con determinación. —No os fallaré, Laird. Lady Eleanor estará de vuelta aquí, a salvo, antes del amanecer.

Alasdair asintió, aunque en su interior luchaba contra la idea de no estar al frente. —Nos reuniremos en la entrada del castillo en una hora. Quiero saber cada detalle del plan antes de que partáis. Margaret, encárgate de preparar provisiones y todo lo que necesiten.

Margaret asintió, con el rostro sombrío pero decidido. Sabía lo que estaba en juego y lo que significaba para Alasdair y para el clan entero.

Cuando los capitanes se dispersaron para preparar a los hombres, Alasdair se permitió un momento para apoyarse completamente en Margaret. El dolor lo atravesaba, pero el vacío en su pecho por la ausencia de Eleanor era aún más profundo.

—La recuperaremos, Alasdair —dijo Margaret suavemente—. Lo prometo.

Alasdair asintió, pero en su corazón sabía que no descansaría hasta verla de nuevo, hasta asegurarse de que estaba a salvo entre sus brazos. La incertidumbre lo carcomía, pero la esperanza, por pequeña que fuera, lo mantenía en pie.

***

Mientras tanto, en el castillo de los MacDonald, Eleanor se encontraba en una celda fría y oscura, sus manos atadas con cuerdas ásperas que mordían su piel. Había intentado mantenerse fuerte, pero el miedo la había invadido cuando los hombres de Kieran la habían capturado. Ahora, sentada en el suelo de piedra, solo podía pensar en Alasdair y en lo que le habrían hecho.

El sonido de pasos resonó en el pasillo fuera de su celda, y Eleanor levantó la cabeza con un sobresalto. La puerta se abrió con un chirrido, y Kieran MacDonald entró, su presencia llenando la pequeña habitación con una amenaza palpable.

—Lady Eleanor —dijo, su voz suave pero llena de una crueldad subyacente—, veo que te acomodas en tu nuevo hogar. Espero que lo encuentres… adecuado.

Eleanor se obligó a mantener la compostura, a no mostrarle el miedo que sentía. —Kieran, no tienes por qué hacer esto. Alasdair no se someterá a ti, sin importar lo que intentes. Solo te estás condenando a ti mismo.

Kieran se acercó lentamente, sus ojos brillando con una mezcla de malicia y triunfo. —Oh, pero Lady Eleanor, Alasdair no es mi objetivo. Tú lo eres. Y te aseguro que él vendrá por ti. Hará lo que sea necesario para recuperarte, y cuando lo haga, estaré listo.

Eleanor sintió un escalofrío recorrer su espalda. Sabía que Kieran estaba jugando con ellos, que estaba dispuesto a usarla como peón en su juego de poder. Pero también sabía que Alasdair vendría, que no la abandonaría.

—Subestimas a Alasdair —dijo Eleanor, su voz más fuerte de lo que esperaba—. Él no caerá en tus trampas tan fácilmente. Y cuando venga por mí, tú serás el que pague el precio.

Kieran sonrió, un gesto frío y sin alegría. —Veremos, Lady Eleanor. Veremos.

Con esas palabras, se dio la vuelta y salió de la celda, dejando a Eleanor sola en la oscuridad, pero no sin esperanza. Sabía que Alasdair vendría por ella, que haría todo lo posible para salvarla. Y mientras se preparaba para lo que estaba por venir, se aferró a esa esperanza con todas sus fuerzas, sabiendo que era lo único que tenía en medio de la oscuridad que la rodeaba.

***

De vuelta en el castillo MacLeod, los hombres estaban listos para partir. Alasdair, aunque débil, se encontraba en la entrada, supervisando los últimos preparativos. Dougal se acercó a él, su rostro firme y decidido.

—Todo está listo, Laird. Partimos en cuanto lo ordenéis.

Alasdair asintió, su mirada fija en el horizonte. —Traedla de vuelta, Dougal. Traedla de vuelta y terminemos con esto.

Dougal asintió una vez más y, con una señal, los hombres partieron en silencio hacia la noche, preparados para enfrentar lo que fuera necesario para salvar a Eleanor.

Mientras los observaba desaparecer en la oscuridad, Alasdair sintió el peso de la responsabilidad y el miedo aplastarlo una vez más. Pero se aferró a la esperanza de que, cuando el sol volviera a salir, Eleanor estaría a salvo en sus brazos, y Kieran MacDonald habría aprendido que no se

juega con el corazón de un hombre sin pagar un precio alto.

El viento frío de la madrugada sopló suavemente, como un recordatorio de la fragilidad del momento, y Alasdair, herido pero no derrotado, se preparó para lo que vendría. Sabía que la batalla no había terminado, y que el verdadero desafío aún estaba por delante.

Pero con el pensamiento de Eleanor, con la esperanza de su regreso, encontró la fuerza para seguir adelante. Porque el amor, más que cualquier otra cosa, era lo que lo mantenía en pie, lo que lo empujaba a luchar hasta el final.

Capítulo 10: El prisionero

El viento frío azotaba las torres del castillo de los MacDonald mientras la comitiva de Kieran regresaba con su preciada prisionera. Eleanor, montada en un caballo prestado, sentía el aire helado cortar su rostro y se estremecía, no solo por el frío, sino también por la incertidumbre que la envolvía. Las sombras de la madrugada proyectaban figuras fantasmales sobre las piedras oscuras del castillo, haciéndolo parecer más amenazante de lo que ya era.

Cuando cruzaron las puertas, Eleanor fue obligada a desmontar con brusquedad. Los hombres de Kieran la rodeaban, sus miradas carentes de cualquier atisbo de compasión. La condujeron a través del patio del castillo y, mientras avanzaban, Eleanor no pudo evitar notar la severidad del lugar. Las paredes de piedra desnuda, las antorchas humeantes y el silencio opresivo hacían que el castillo pareciera un lugar donde la esperanza se desvanecía.

Finalmente, la llevaron a una sala amplia y oscura, iluminada solo por unas pocas antorchas colocadas en soportes de hierro en las paredes. El suelo de piedra, frío y duro, resonaba con el eco de sus pasos. Eleanor mantenía la cabeza erguida, su porte digno, a pesar de las circunstancias. Sabía que Kieran intentaría doblegarla, pero estaba decidida a no mostrar debilidad.

Kieran MacDonald estaba de pie junto a una gran mesa de roble, observando un mapa extendido sobre su superficie. Al escuchar los pasos, levantó la vista y sus ojos se encontraron con los de Eleanor. Había en su mirada una mezcla de triunfo y malicia, pero también algo más, algo que Eleanor no pudo identificar de inmediato.

—Lady Eleanor —dijo Kieran, con una sonrisa que no alcanzó sus ojos—. Bienvenida al castillo MacDonald. Lamento que las circunstancias de vuestra llegada no hayan sido las más placenteras, pero estoy seguro de que pronto entenderéis la necesidad de vuestra presencia aquí.

Eleanor lo miró fijamente, sin apartar la vista, aunque su corazón latía con fuerza en su pecho. Sabía que Kieran era un hombre peligroso, uno que no dudaba en utilizar a los demás para lograr sus objetivos. Pero también sabía que no podía permitir que él viera el temor que la invadía.

—No tengo ninguna duda de que vuestras intenciones son tan viles como vuestros métodos —respondió Eleanor, con la voz firme—. Pero no conseguiréis lo que buscáis. Alasdair no se someterá a vuestras exigencias, sin importar lo que hagáis.

Kieran sonrió con mayor amplitud, pero el gesto carecía de calidez. Dio unos pasos hacia ella, con la confianza de un hombre que creía tener todas las cartas en su mano. —Alasdair MacLeod es un hombre valiente, pero también es un hombre que comete errores cuando su corazón está involucrado. Y vos, Lady Eleanor, sois su error más grande.

Eleanor sintió cómo las palabras de Kieran se clavaban en su interior, pero no dejó que su

expresión se alterara.

—Subestimáis a Alasdair —dijo, manteniendo la calma—. No es tan fácil de manipular como pensáis. No permitirá que utilicéis nuestras vidas como peones en vuestro juego.

Kieran rió entre dientes, un sonido frío y desprovisto de humor. —El tiempo lo dirá. Pero, mientras tanto, estaréis bajo mi custodia. Y si Alasdair valora vuestra vida tanto como creo, entonces será más fácil negociar con él. Veréis, Lady Eleanor, en la guerra, el corazón puede ser una debilidad fatal.

Eleanor sintió un escalofrío recorrer su espalda, pero mantuvo su mirada firme en la de Kieran. Sabía que debía mantener la compostura, que no podía permitir que él viera cuánto le afectaban sus palabras.

—Mi vida puede estar en vuestras manos, Kieran, pero eso no os garantiza la victoria. Alasdair luchará por mí, y no sois rival para su determinación.

Kieran entrecerró los ojos, y durante un momento, Eleanor vio un destello de ira en su mirada. Pero él lo controló rápidamente, volviendo a adoptar una expresión de superioridad. —Os admiro, Lady Eleanor, por vuestra lealtad. Pero no confundáis la valentía con la imprudencia. Alasdair ya ha caído una vez, y la próxima vez no tendrá la misma suerte.

Eleanor sintió una punzada en el corazón al pensar en Alasdair herido, luchando por salvarla. Pero sabía que no podía permitir que ese pensamiento la debilitara. Debía ser fuerte, no solo por ella misma, sino también por Alasdair.

—No subestiméis a Alasdair —repitió, con más firmeza—. Ni a mí. Si creéis que podéis usarme para doblegarlo, os llevaréis una sorpresa.

Kieran la miró en silencio por un momento, evaluando sus palabras. Luego, asintió lentamente, como si aceptara el desafío.

—Veremos, Lady Eleanor. Veremos si vuestra determinación es tan fuerte como creéis. Mientras tanto, seréis mi invitada aquí. Os aseguro que recibiréis un trato adecuado… siempre y cuando colaboréis.

Eleanor no respondió, sabiendo que cualquier palabra podría ser utilizada en su contra. Mantuvo la cabeza alta, aunque en su interior sentía la opresión de la situación. Kieran había dejado claro que la veía como un peón en su juego, pero ella no estaba dispuesta a ser manipulada.

Kieran hizo un gesto, y dos de sus hombres se acercaron para escoltar a Eleanor fuera de la sala. Ella no protestó, pero mientras caminaba hacia la salida, se volvió una última vez para mirar a Kieran. Sus ojos se encontraron, y en ese momento, Eleanor hizo una promesa silenciosa: no permitiría que él la derrotara.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Eleanor fue llevada por un largo pasillo hacia una escalera de piedra que descendía a las entrañas del castillo. La oscuridad crecía a medida que bajaban, y el aire se volvía más frío y húmedo. Finalmente, llegaron a una puerta pesada de madera que se abrió con un crujido.

La celda en la que la encerraron era pequeña y oscura, con una única ventana alta y estrecha por la que apenas entraba luz. El suelo de piedra era frío bajo sus pies, y la única comodidad era un pequeño jergón de paja en un rincón. Los hombres de Kieran la dejaron allí sin una palabra, cerrando la puerta tras ellos con un golpe seco.

Eleanor se quedó sola en la oscuridad, su respiración resonando en el espacio cerrado. Se acercó a la pequeña ventana, tratando de ver el cielo nocturno, pero solo pudo vislumbrar un retazo de nubes grises. Sintió la soledad y el miedo apoderarse de ella, pero se obligó a mantenerse firme.

Se sentó en el jergón, cruzando los brazos sobre el pecho para conservar el calor. Sus pensamientos volvieron a Alasdair, imaginando su rostro, recordando la fuerza de sus brazos alrededor de ella, su voz firme y protectora. Sabía que él vendría por ella, que no la abandonaría. Pero también sabía que el tiempo no estaba de su lado. Cada momento que pasaba en esa celda era un momento en el que Kieran podría preparar su próximo movimiento, un paso más hacia la destrucción de los MacLeod.

Eleanor respiró hondo, cerrando los ojos por un momento para concentrarse. Debía ser fuerte. Debía encontrar una manera de resistir, de mantenerse viva hasta que Alasdair pudiera rescatarla. No podía permitir que Kieran ganara, ni siquiera por un momento.

El silencio de la celda era opresivo, pero Eleanor lo utilizó para fortalecer su determinación. Recordó las palabras de Alasdair, la promesa que había visto en sus ojos antes de que todo se desmoronara. Sabía que él haría todo lo posible por salvarla, y ella haría todo lo posible por mantenerse firme.

El tiempo en la celda pasó lentamente, cada minuto arrastrándose como una eternidad. Eleanor se mantuvo despierta, temerosa de cerrar los ojos y dejar que la desesperación la venciera. No sabía cuánto tiempo había pasado cuando finalmente escuchó pasos en el pasillo, seguidos por el sonido de la cerradura girando.

La puerta se abrió, y una figura conocida apareció en el umbral: Kieran MacDonald. Traía consigo una pequeña lámpara de aceite que arrojaba una luz tenue en la celda. Sus ojos brillaban con una mezcla de curiosidad y desafío, como si estuviera esperando verla doblegada.

Eleanor se levantó lentamente, enfrentándolo con la misma mirada desafiante que había mantenido desde que la capturaron. No permitiría que Kieran viera su miedo, no le daría la satisfacción de saber lo vulnerable que se sentía.

—Veo que te has acomodado bien, Lady Eleanor —dijo Kieran, su tono sardónico—. Espero que no te falte nada.

Eleanor se mantuvo en silencio, su mirada fija en él. Sabía que cualquier cosa que dijera podría ser utilizada en su contra, y prefería no darle esa ventaja.

Kieran sonrió ante su silencio, un gesto que hacía que su rostro pareciera aún más cruel. —Muy

bien, veo que no estás de humor para conversar. Pero debo insistir en que entiendas tu situación. Estás en mi poder ahora, y cuanto antes lo aceptes, mejor será para ti.

Eleanor finalmente rompió su silencio, su voz baja pero firme.

—No aceptaré nada, Kieran. Puedes mantenerme prisionera, pero no puedes doblegar mi voluntad. Alasdair vendrá por mí, y cuando lo haga, te enfrentarás a algo que no podrás controlar.

Kieran se acercó un poco más, sus ojos clavados en los de ella.

—¿Tan segura estás de que Alasdair vendrá? ¿Crees que arriesgará todo su clan por una mujer?

Eleanor sostuvo su mirada sin vacilar.

—Sé que lo hará. Porque él tiene algo que tú nunca entenderás: honor. Y no permitirá que tus acciones queden impunes.

Kieran se detuvo a escasos pasos de ella, su rostro endurecido por la ira que luchaba por contener.

—Hablas de honor, Lady Eleanor, pero en este mundo, el honor es solo una palabra vacía. Lo que importa es el poder, y yo tengo el poder aquí. Alasdair puede intentar lo que quiera, pero al final, caerá, como todos los que se han opuesto a mí.

Eleanor sintió un nudo en la garganta, pero no dejó que sus palabras la debilitaran.

—Puedes creer lo que quieras, Kieran, pero yo confío en Alasdair. Él no se rendirá, y yo tampoco.

Kieran la miró en silencio durante un largo momento, y luego, sin previo aviso, estiró la mano y le tomó el rostro con fuerza, obligándola a mirarlo de cerca.

—Esa confianza te llevará a la tumba, Lady Eleanor. Pero hasta entonces, asegúrate de que la desesperación no te consuma antes de que Alasdair llegue… si es que lo hace.

Eleanor mantuvo la mirada fija en él, su cuerpo temblando no de miedo, sino de rabia contenida. No permitiría que Kieran viera sus lágrimas, no le daría ese placer.

Finalmente, Kieran la soltó con brusquedad y dio un paso atrás.

—Disfruta de tu estancia, Lady Eleanor. Estaremos viéndonos a menudo.

Con esas palabras, salió de la celda, cerrando la puerta tras de sí con un golpe seco. Eleanor se quedó sola una vez más en la oscuridad, sus manos temblando por la intensidad del encuentro. Pero en su interior, la llama de la resistencia ardía más fuerte que nunca.

Kieran podía mantenerla prisionera, podía intentar quebrarla, pero no conocía la fuerza que la impulsaba. El amor y la confianza que tenía en Alasdair eran su escudo y su espada, y sabía que mientras se mantuviera firme, Kieran no podría vencerla.

Se dejó caer en el jergón, apoyando la cabeza en la pared de piedra. Cerró los ojos, tratando de

encontrar consuelo en los recuerdos de Alasdair, en la certeza de que él vendría por ella. Y mientras la oscuridad de la celda la envolvía, se aferró a la esperanza como a un ancla, segura de que la batalla aún no había terminado.

Capítulo 11: La decisión de Alasdair

El sol apenas comenzaba a asomarse sobre las colinas, bañando el castillo MacLeod en una luz dorada que, a pesar de su belleza, no lograba disipar la tensión que colgaba en el aire. Dentro de las murallas, el silencio reinaba, roto solo por el ocasional murmullo de los guardias que patrullaban o por el golpeteo sordo de las botas sobre las piedras desgastadas. Sin embargo, en el corazón del castillo, en la gran sala donde Alasdair MacLeod se encontraba, la atmósfera era aún más densa, cargada de incertidumbre y dolor.

Alasdair estaba de pie junto a la ventana, observando el amanecer con una expresión sombría. Sus manos, aún manchadas con rastros de sangre seca, descansaban pesadamente sobre el alféizar de piedra. Cada movimiento le recordaba la herida en su costado, una herida que, aunque profunda, no lograba opacar el dolor mucho más intenso que sentía en su corazón. Eleanor estaba en manos de Kieran MacDonald, y la desesperación lo consumía.

—Hermano, debes descansar —dijo Margaret, su voz suave pero firme, mientras entraba en la sala. Se acercó a él con cautela, consciente de la tensión que emanaba de su cuerpo como un fuego a punto de estallar.

Alasdair no apartó la vista del horizonte. Sabía que su hermana tenía razón, que su cuerpo estaba al borde del colapso, pero no podía permitirse el lujo de descansar. No mientras Eleanor estuviera en peligro.

—No puedo descansar, Margaret —respondió, su voz ronca por el esfuerzo de mantenerse en pie —. No mientras Kieran tenga a Eleanor. Debo hacer algo… ahora.

Margaret suspiró, sintiendo la frustración y el dolor de su hermano como si fuera el suyo propio. Se colocó a su lado, observando el mismo paisaje que él veía, aunque en su mente, las imágenes que lo acompañaban eran muy diferentes. Veía el rostro de Alasdair, contorsionado por la preocupación y el dolor, y sabía que la decisión que él estaba por tomar era la más difícil de su vida.

—Entiendo tu desesperación, Alasdair —dijo Margaret, eligiendo sus palabras con cuidado—. Pero también debes pensar en nuestro clan. Cada decisión que tomas afecta a todos los que viven bajo esta protección. Kieran sabe esto, y está jugando con tu corazón, confiando en que te precipites sin considerar las consecuencias.

Alasdair cerró los ojos, apoyando la frente en el frío cristal de la ventana. Sabía que Margaret tenía razón, pero también sabía que no podía dejar que Eleanor sufriera por su indecisión. El peso de la responsabilidad lo aplastaba, como si llevara el destino de todos los que amaba sobre sus hombros.

—Eleanor no debería estar en esta situación —dijo, su voz apenas un susurro—. Es por mi culpa

que está en peligro. No puedo abandonarla, Margaret. No puedo.

Margaret sintió un nudo en la garganta al escuchar las palabras de su hermano. Sabía que la conexión entre Alasdair y Eleanor era profunda, que había algo en esa mujer inglesa que había tocado el corazón de su hermano de una manera que nadie más había hecho. Pero también sabía que Kieran era un hombre peligroso, un hombre que no dudaba en utilizar a los demás para conseguir lo que quería.

Antes de que pudiera responder, la puerta de la sala se abrió, y Angus, el consejero de confianza de Alasdair, entró con pasos firmes. Su rostro, marcado por los años y la experiencia, reflejaba la gravedad de la situación. Se detuvo ante Alasdair y Margaret, asintiendo en señal de respeto antes de hablar.

—Laird, hemos recibido informes de los exploradores —dijo Angus, su voz grave—. Kieran ha reforzado la seguridad en su castillo. Tiene a Eleanor bien custodiada, pero los rumores indican que no planea mantenerla prisionera por mucho tiempo. Debemos actuar con rapidez si queremos salvarla.

Las palabras de Angus cayeron sobre Alasdair como una sentencia. Sabía que cada minuto que pasaba, Eleanor estaba más cerca de un destino que no quería ni imaginar. Se apartó de la ventana, su mirada fija en Angus.

—¿Qué opciones tenemos? —preguntó Alasdair, tratando de mantener la calma, aunque su corazón latía con fuerza en su pecho.

Angus vaciló un momento antes de responder. Sabía que lo que estaba a punto de decir podría tener consecuencias desastrosas, pero también sabía que no había tiempo para rodeos. —Podemos lanzar un ataque directo —dijo finalmente—. Pero eso pondría en peligro a todos nuestros hombres. Kieran está preparado para enfrentarnos. También podríamos intentar una incursión sigilosa, pero el riesgo de ser descubiertos es alto, y en ese caso, Eleanor podría pagar el precio.

Alasdair asintió lentamente, su mente trabajando a toda velocidad. Sabía que ninguna opción era ideal, que cada una implicaba riesgos que podrían costar vidas. Pero la idea de dejar a Eleanor en manos de Kieran por más tiempo era insoportable.

—No podemos esperar más —dijo Alasdair, su voz firme, aunque el dolor en su costado le recordaba su debilidad—. Debemos actuar, y debemos hacerlo ahora.

Margaret lo miró con ojos llenos de preocupación. —Alasdair, no puedes liderar este ataque en tu estado. Estás gravemente herido. Permítenos hacerlo por ti. Dougal y los otros hombres son capaces, y tú necesitas recuperarte.

Alasdair sacudió la cabeza, con la resolución de un hombre que había tomado su decisión. —No puedo quedarme aquí, Margaret. No puedo quedarme al margen mientras Eleanor está en peligro. Soy su única esperanza, y no voy a fallarle.

Angus, que había estado observando en silencio, dio un paso adelante. —Laird, entiendo tu deseo de salvar a Eleanor, pero también debes considerar el bienestar de nuestro clan. Si caes en esta misión, los MacLeod quedarán vulnerables, y Kieran lo sabe. Debemos ser inteligentes en nuestra estrategia.

Alasdair lo miró fijamente, sabiendo que Angus tenía razón. Pero también sabía que no podía renunciar a Eleanor, no cuando la amaba con una intensidad que lo sorprendía a cada momento. La idea de perderla era más dolorosa que cualquier herida física.

—Lo sé, Angus —dijo Alasdair finalmente, su voz tensa—. Pero también sé que no puedo vivir conmigo mismo si no hago todo lo posible por salvarla. Kieran cree que puede manipularme, pero no conoce mi determinación. No conoce lo que siento por ella.

Margaret y Angus intercambiaron una mirada, conscientes de que nada cambiaría la decisión de Alasdair. Sabían que él estaba dispuesto a arriesgarlo todo por Eleanor, y aunque temían por su seguridad, también sabían que no podían detenerlo.

—Entonces debemos planear con cuidado —dijo Angus, tomando el mando de la situación—. Si vamos a atacar, debemos hacerlo con precisión y rapidez. Necesitaremos a los mejores hombres, aquellos que puedan moverse con sigilo y atacar con eficacia. No podemos permitirnos un error.

Alasdair asintió, sintiendo que la decisión, aunque peligrosa, era la única que podía tomar. —Prepara a los hombres, Angus. Partimos al anochecer.

Mientras Angus se inclinaba y salía de la sala para organizar a los guerreros, Margaret se acercó a Alasdair, colocando una mano suave en su brazo. —Ten cuidado, hermano. Sé que harás lo correcto, pero no quiero perderte. Eleanor tampoco querría eso.

Alasdair miró a su hermana, agradecido por su apoyo, aunque el peso de la decisión aún lo oprimía. —Lo sé, Margaret. Pero no puedo hacer otra cosa. Debo ir por ella. Debo intentar salvarla.

Margaret asintió, comprendiendo que las palabras ya no podían cambiar lo que Alasdair sentía. Sabía que él era el tipo de hombre que no se rendiría, sin importar las probabilidades en su contra. Lo abrazó brevemente, transmitiéndole toda la fuerza y el apoyo que podía ofrecer.

—Volverás con ella —dijo Margaret con voz firme—. Confío en que lo harás.

Alasdair asintió, sintiendo que la resolución se afianzaba en su corazón. Sabía que el camino que había elegido era peligroso, que las probabilidades estaban en su contra, pero también sabía que no podía hacer otra cosa. Eleanor lo necesitaba, y él estaba dispuesto a arriesgarlo todo por ella.

El sol ya había ascendido completamente en el cielo cuando Alasdair salió de la sala para prepararse. Mientras caminaba por los pasillos del castillo, cada paso le recordaba el dolor en su costado, pero también le recordaba el amor que sentía por Eleanor, un amor que lo impulsaba a seguir adelante, a pesar de todo.

Al llegar a sus aposentos, se detuvo un momento para contemplar el lugar donde había pasado tantos días sumido en pensamientos y preocupaciones. Sabía que lo que estaba a punto de hacer podría ser su último acto como Laird de los MacLeod, pero también sabía que no podía vivir con la culpa de no haberlo intent

ado.

Con cuidado, se vistió con su armadura, ajustando cada pieza con manos temblorosas pero determinadas. Sabía que la batalla que se avecinaba sería dura, pero estaba dispuesto a enfrentarse a cualquier cosa para salvar a Eleanor. Finalmente, tomó su espada, sintiendo el peso familiar en su mano, un peso que ahora parecía más ligero al compararlo con la carga en su corazón.

Cuando estuvo listo, salió al patio del castillo, donde sus hombres ya estaban reunidos, preparados para la batalla. Dougal y Angus lo esperaban, junto a los guerreros más leales y experimentados del clan. Al ver a su Laird, los hombres levantaron sus espadas en un gesto de respeto y lealtad.

Alasdair los miró, sintiendo una oleada de gratitud y responsabilidad. Sabía que estos hombres estaban dispuestos a arriesgar sus vidas por él, por Eleanor y por el honor del clan MacLeod. Y no iba a defraudarlos.

—Partimos al anochecer —dijo Alasdair, su voz resonando con autoridad—. Esta es una misión peligrosa, y no todos volveremos. Pero lo que hacemos hoy lo hacemos por el honor de nuestro clan y por la vida de una mujer que ha capturado mi corazón. Lucharemos con todo lo que tenemos, porque no podemos permitir que Kieran MacDonald se salga con la suya.

Los hombres asintieron, sus rostros endurecidos por la determinación. Sabían lo que estaba en juego, y estaban listos para enfrentarlo.

Alasdair levantó su espada, y el acero brilló bajo la luz del sol. —Por Eleanor. Por los MacLeod. Por nuestro honor.

Los hombres levantaron sus espadas en respuesta, y un grito de guerra resonó en el aire, un grito que prometía lucha, sangre y victoria. Mientras el eco del grito se desvanecía en las colinas, Alasdair sintió que el peso en su corazón se aligeraba un poco. Había tomado su decisión, y aunque sabía que el camino que tenía por delante estaba lleno de peligros, también sabía que no podía hacer otra cosa.

El sol comenzó a descender en el horizonte, tiñendo el cielo de colores rojizos y dorados. Alasdair miró hacia el oeste, hacia donde sabía que se encontraba Eleanor, y sintió que su determinación se hacía más fuerte con cada latido de su corazón.

Esta noche, lucharía por ella. Lucharía por su amor, por su honor y por todo lo que le importaba. Y no descansaría hasta que Eleanor estuviera a salvo, de vuelta a su lado.

Capítulo 12: El rescate

La noche había caído sobre las Highlands, envolviendo el paisaje en una oscuridad profunda y silenciosa. Las estrellas, apenas visibles entre las nubes que cruzaban el cielo, eran las únicas testigos de los movimientos furtivos que se deslizaban a través de las sombras en dirección al castillo de los MacDonald. Alasdair MacLeod, con el rostro endurecido por la determinación, encabezaba el grupo de hombres que avanzaba con sigilo por los caminos ocultos que llevaban a la fortaleza enemiga.

El aire era frío, pero Alasdair apenas lo sentía. Su mente estaba concentrada en un solo propósito: salvar a Eleanor. Cada paso que daba lo acercaba más a ella, y aunque el dolor en su costado lo atravesaba como un cuchillo afilado, no permitiría que eso lo detuviera. Sabía que Kieran estaba esperando un ataque, pero confiaba en la sorpresa y en la precisión de su plan para vencer las defensas del castillo.

Dougal, su hombre de confianza, se movía a su lado, sus ojos vigilantes escrutando el entorno en busca de cualquier señal de peligro. Los demás hombres, seleccionados por su habilidad y lealtad, seguían de cerca, manteniendo el silencio que les había sido ordenado. Cada uno de ellos sabía lo que estaba en juego, y estaban dispuestos a dar la vida por su Laird y por la mujer que había capturado su corazón.

Cuando finalmente alcanzaron las murallas del castillo de los MacDonald, Alasdair levantó una mano, señalando a sus hombres que se detuvieran. Desde las sombras, observó la fortaleza, buscando cualquier signo de debilidad en las defensas. Las antorchas iluminaban las almenas, donde los guardias hacían sus rondas, pero Alasdair sabía que había puntos ciegos, lugares donde podían escalar sin ser vistos.

—Dougal —susurró Alasdair, sin apartar la vista de las murallas—, tú y tres hombres os encargaréis de neutralizar a los guardias en la torre del norte. Angus, tú liderarás al resto en la entrada principal. Yo iré por Eleanor.

Dougal asintió, comprendiendo la gravedad de la misión. —Laird, ¿estáis seguro de que podéis hacerlo solo? Kieran es un enemigo peligroso.

Alasdair giró la cabeza, su mirada firme y decidida. —No tengo elección. Eleanor me necesita, y Kieran es mi responsabilidad. Sabéis lo que tenéis que hacer. Hacedlo rápido y en silencio. Nos encontraremos en el punto de extracción.

Dougal apretó su brazo en un gesto de camaradería y lealtad antes de dar las órdenes a los hombres que lo acompañarían. Alasdair observó cómo se dispersaban en la oscuridad, y luego se preparó para su propia parte en el plan. El dolor en su costado era una constante, pero lo apartó de su mente. No podía permitirse distracciones.

Con la agilidad de un guerrero experimentado, Alasdair comenzó a escalar las murallas en el punto que había identificado como el menos vigilado. La piedra fría y rugosa se sentía bajo sus manos, pero se movió con la confianza de alguien que había hecho esto muchas veces antes. Cuando alcanzó la cima, se deslizó sobre la muralla, manteniéndose agazapado en las sombras mientras los guardias pasaban por delante sin notar su presencia.

El interior del castillo estaba en calma, un silencio que contrastaba con la tensión que se acumulaba en el aire. Alasdair sabía que Eleanor estaba en la torre más alta, donde Kieran la mantenía prisionera, y se dirigió hacia allí con pasos sigilosos, evitando las patrullas con una destreza que solo los años de entrenamiento podían otorgar.

Al acercarse a la base de la torre, vio a dos guardias custodiando la entrada. Sus rostros eran inexpresivos, pero Alasdair no dudó en lo que debía hacer. Se movió con la rapidez de un lobo, y en un instante, los dos hombres cayeron al suelo, incapacitados antes de poder dar la alarma. Alasdair no sentía satisfacción en la violencia, pero sabía que no había otra opción.

Subió las escaleras de piedra en espiral, cada paso resonando en su cabeza como un tambor que marcaba el tiempo que le quedaba para salvar a Eleanor. Su corazón latía con fuerza, no solo por el esfuerzo, sino por la cercanía del encuentro que tanto había esperado y temido. Cuando llegó a la puerta de la celda de Eleanor, se detuvo un momento, respirando hondo antes de empujarla con fuerza.

La puerta se abrió con un chirrido, y allí, en el centro de la pequeña y fría habitación, estaba Eleanor. Sus ojos se abrieron con sorpresa al verlo, y durante un instante, el tiempo pareció detenerse. Alasdair sintió que todo el dolor, toda la desesperación de los últimos días, se desvanecía al ver que estaba viva, que estaba allí frente a él.

—Alasdair… —susurró Eleanor, con la voz quebrada por la emoción, pero antes de que pudiera decir más, él la envolvió en sus brazos, apretándola con fuerza contra su pecho.

—Estoy aquí, Eleanor —murmuró Alasdair, su voz llena de una mezcla de alivio y determinación—. Te sacaré de aquí. No dejaré que Kieran te haga daño.

Eleanor sintió las lágrimas llenarle los ojos, pero las contuvo. Sabía que no había tiempo para emociones, no mientras aún estuvieran en peligro. —Sabía que vendrías —dijo, su voz temblando ligeramente—. Sabía que no me abandonarías.

Alasdair la miró a los ojos, sus manos acariciando suavemente su rostro, como si necesitara asegurarse de que realmente estaba allí. —Nunca te abandonaría, Eleanor. Ahora, debemos irnos. Kieran podría estar en cualquier momento.

Pero antes de que pudieran moverse, un ruido de pasos apresurados resonó en el pasillo fuera de la celda. Alasdair giró la cabeza, con la mano en la empuñadura de su espada, y vio aparecer la figura de Kieran MacDonald en la entrada. Sus ojos brillaban con una furia contenida al ver a Alasdair y Eleanor juntos.

—Así que has venido, MacLeod —dijo Kieran, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos—. Sabía que lo harías. Pero no permitiré que te la lleves tan fácilmente.

Alasdair empujó a Eleanor suavemente hacia un lado, poniéndose entre ella y Kieran. Desenvainó su espada, el acero brillando en la tenue luz de la celda. —No tienes nada que decir sobre esto, Kieran. Esto termina aquí.

Kieran desenvainó su propia espada, y los dos hombres se miraron fijamente, sabiendo que el enfrentamiento que habían evitado durante tanto tiempo era inevitable. En ese momento, el mundo exterior dejó de existir. No había más castillos, no había más clanes; solo dos hombres, dos enemigos, enfrentados por la vida de una mujer.

El primer golpe fue rápido, un destello de acero que llenó la pequeña celda con el sonido metálico del choque de espadas. Alasdair sintió el impacto reverberar por su brazo, pero no retrocedió. Avanzó con la fuerza de su convicción, cada golpe dirigido con precisión mortal. Kieran, por su parte, luchaba con la desesperación de un hombre que veía cómo su plan se desmoronaba.

El duelo fue feroz, una danza mortal que llevó a ambos hombres al límite de sus habilidades. Eleanor, desde un rincón de la celda, observaba con el corazón en la garganta, sabiendo que no podía hacer nada para ayudar, pero también sabiendo que Alasdair estaba luchando por ella, por su amor, con todo lo que tenía.

Kieran lanzó un ataque feroz, y Alasdair, debilitado por la herida en su costado, apenas logró bloquearlo. El dolor le recorrió el cuerpo, pero no dejó que lo detuviera. Sabía que debía terminar con esto, y lo debía hacer rápido.

Con un grito de esfuerzo, Alasdair lanzó un último ataque, poniendo toda su fuerza en el golpe. Su espada atravesó la defensa de Kieran, y el filo encontró su marca. Kieran dejó escapar un gruñido de dolor, retrocediendo con una mano sobre la herida en su costado. Sus ojos, llenos de odio, se encontraron con los de Alasdair por última vez.

—Esto no ha terminado, MacLeod… —murmuró Kieran, antes de caer al suelo, su vida desvaneciéndose rápidamente.

Alasdair lo observó durante un momento, respirando con dificultad, sintiendo cómo el peso de la victoria caía sobre él como una losa. Pero no había tiempo para descansar. Se volvió hacia Eleanor, extendiéndole la mano.

—Vámonos —dijo, su voz apenas un susurro.

Eleanor se acercó a él, tomando su mano con fuerza. Juntos, salieron de la celda, pero no sin que Alasdair sintiera que algo andaba mal. Su visión se nublaba, y un dolor agudo en su costado lo hizo tambalearse. Eleanor

lo sostuvo, alarmada por la palidez de su rostro.

—Alasdair, estás herido… —dijo, la preocupación evidente en su voz.

Alasdair negó con la cabeza, apretando su mano en la de ella. —No importa. Solo tenemos que salir de aquí. Vamos.

Con Eleanor apoyándolo, se dirigieron hacia la salida del castillo. Los pasillos, que antes habían estado llenos de enemigos, ahora estaban en silencio. Los hombres de Alasdair habían hecho su trabajo, y la ruta de escape estaba despejada. Pero el cuerpo de Alasdair comenzaba a fallar, cada paso se volvía más difícil que el anterior.

Cuando finalmente llegaron al punto de extracción, donde Dougal y los otros hombres los esperaban, Alasdair se desplomó, incapaz de seguir adelante. Eleanor cayó de rodillas a su lado, sosteniéndolo con desesperación.

—Alasdair, por favor, aguanta un poco más… —suplicó, sintiendo las lágrimas amenazar con desbordarse.

Dougal se acercó rápidamente, sus ojos llenos de preocupación al ver el estado de su Laird. —Debemos irnos ahora. ¡Preparad las monturas!

Los hombres se movieron con rapidez, y en cuestión de minutos, Alasdair fue colocado cuidadosamente sobre un caballo, con Eleanor montando detrás de él, sosteniéndolo con fuerza. El grupo se puso en marcha, dejando el castillo de los MacDonald atrás, mientras el viento frío de la noche los envolvía.

Eleanor no podía apartar la vista del rostro de Alasdair, tan pálido y sereno, como si estuviera a punto de perder la conciencia. Sabía que la batalla había terminado, pero la guerra por la vida de Alasdair apenas comenzaba. Y mientras cabalgaban hacia la seguridad del castillo MacLeod, Eleanor se aferraba a una única esperanza: que el amor que sentía por él fuera lo suficientemente fuerte como para mantenerlo con vida.

La luna brillaba sobre las Highlands, testigo silenciosa del rescate y de la lucha que había tenido lugar. Pero para Alasdair y Eleanor, la noche estaba lejos de terminar. Mientras se alejaban de la fortaleza de Kieran, el futuro seguía siendo incierto, lleno de desafíos y pruebas que tendrían que enfrentar juntos.

Y aunque Alasdair estaba herido, aunque la sangre seguía fluyendo de su costado, Eleanor sabía que lo único que importaba en ese momento era que estaban juntos. Que el amor que los unía era más fuerte que cualquier herida, más fuerte que cualquier enemigo.

Mientras la oscuridad de la noche los envolvía, Eleanor susurró una promesa al oído de Alasdair, una promesa que sabía que ambos cumplirían, sin importar lo que el futuro les deparara.

—Te amo, Alasdair —dijo, su voz firme a pesar del temor que sentía—. Y no te dejaré ir.

Alasdair, con la poca fuerza que le quedaba, apretó la mano de Eleanor, aferrándose a ella como si fuera su única ancla en el mundo. Y en ese gesto, en ese toque, ambos supieron que habían

vencido, que habían encontrado algo que ni siquiera la muerte podría arrebatarles.

Y así, cabalgaron hacia el amanecer, juntos, dispuestos a enfrentar lo que fuera necesario para proteger su amor y su futuro.

Capítulo 13: La confesión

El aire fresco de las Highlands rozaba suavemente los rostros de los hombres y mujeres que avanzaban con paso lento por el escarpado camino de regreso al castillo MacLeod. El cielo, teñido de tonos dorados y rosados por el amanecer, contrastaba con la tensión que dominaba el grupo. Alasdair, débil y herido, yacía apoyado contra Eleanor mientras su caballo seguía el ritmo pausado del viaje. A cada paso, ella sentía el peso de su cuerpo, notando cómo sus fuerzas disminuían, pero también cómo su corazón latía con una extraña mezcla de miedo y esperanza.

Eleanor no había soltado a Alasdair ni un solo momento desde que lo había visto caer inconsciente en la batalla contra Kieran. Cada respiración que él tomaba, cada leve gemido que emitía, la mantenían en un estado de alerta constante. Sabía que cada minuto era crucial, pero también sabía que Alasdair era un hombre fuerte, alguien que había enfrentado desafíos imposibles y había salido victorioso. Y, sin embargo, verlo tan vulnerable hacía que el temor se asentara en su pecho, como una sombra que no podía disipar.

—Estamos cerca, Lady Eleanor —dijo Dougal, rompiendo el silencio con un tono de voz que intentaba ser reconfortante—. Pronto llegaremos al castillo, y allí podrá descansar.

Eleanor asintió, sin apartar la vista de Alasdair. Su rostro, aunque pálido, aún mostraba la firmeza que lo caracterizaba. Sus labios, agrietados por el esfuerzo, murmuraban palabras ininteligibles, y Eleanor sintió una punzada de dolor al no poder entender lo que él decía.

—Alasdair… —susurró, inclinándose hacia él—. Estoy aquí. No te preocupes, estás a salvo.

Pero él no respondió, perdido en la neblina de su dolor y fatiga. Eleanor sabía que debía mantenerse fuerte, que su deber ahora era cuidarlo, protegerlo como él lo había hecho por ella. Y mientras lo sostenía con delicadeza, sintió una oleada de emociones que la envolvió, llevándola a un lugar más profundo en su corazón, donde se encontraba la verdad que había estado evitando admitir.

Al llegar al castillo, los hombres ayudaron a Eleanor a desmontar, llevando a Alasdair con cuidado hacia sus aposentos. Los curanderos ya estaban preparados, habiendo recibido el mensaje de Dougal con antelación, y se apresuraron a atenderlo, limpiando y vendando sus heridas con manos expertas.

Eleanor observaba cada movimiento, sin apartarse de su lado, aunque los curanderos le pidieran espacio. Necesitaba ver que él estaba recibiendo la atención necesaria, que no había sido en vano todo lo que habían sufrido. Finalmente, cuando los curanderos terminaron, uno de ellos se acercó a ella.

—Lady Eleanor, el Laird está estable por ahora, pero necesita descansar. Las próximas horas son cruciales. Debe descansar también. Estará bien, se lo prometo.

Eleanor asintió, aunque las palabras del curandero no lograban calmar la inquietud en su pecho. Sabía que debía confiar en ellos, pero su corazón no dejaba de latir con fuerza, como si temiera perder a Alasdair en cualquier momento.

Cuando finalmente se quedó a solas con él en la habitación, se sentó en una silla junto a la cama, tomando su mano entre las suyas. Sus dedos acariciaron suavemente la piel áspera y callosa de Alasdair, sintiendo cada cicatriz, cada marca que contaba una historia de lucha y supervivencia. Y mientras lo hacía, no pudo evitar que las lágrimas comenzaran a rodar por sus mejillas.

—Alasdair… —murmuró, su voz temblando por la emoción—. No puedo perderte. No ahora, cuando finalmente he encontrado lo que significa amar de verdad.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, cargadas de una intensidad que nunca antes había sentido. Sabía que el amor que sentía por él era más fuerte de lo que jamás había imaginado, y ese amor era lo que le daba fuerzas para seguir adelante, para enfrentarse a cualquier cosa que el destino les pusiera por delante.

Las horas pasaron lentamente, y Eleanor se mantuvo vigilante junto a la cama, velando por Alasdair mientras él dormía. La noche cayó sobre el castillo, trayendo consigo un silencio pesado, roto solo por la respiración rítmica de Alasdair y el crujir ocasional de la madera. Pero finalmente, en la penumbra de la madrugada, Alasdair comenzó a moverse, sus ojos abriéndose lentamente para encontrarse con los de Eleanor.

—Eleanor… —murmuró, su voz apenas un susurro, pero llena de una calidez que la hizo estremecer.

—Estoy aquí —respondió ella rápidamente, inclinándose hacia él para que pudiera verla con claridad—. Estás a salvo, Alasdair. Todo ha terminado.

Alasdair parpadeó, como si tratara de aclarar su mente, y luego apretó la mano de Eleanor con una fuerza sorprendente para alguien en su estado. —No… no todo ha terminado —dijo, con esfuerzo—. Hay algo que debo decirte.

Eleanor lo miró con preocupación, pero también con una suave anticipación. Sabía que lo que estaba a punto de escuchar sería importante, algo que había estado creciendo entre ellos desde que se conocieron.

—Te amo, Eleanor —dijo Alasdair, con una sinceridad que hizo que el tiempo se detuviera—. Desde el momento en que te vi, supe que eras diferente. Pero lo que siento por ti ha crecido de maneras que nunca imaginé. Te amo más de lo que jamás creí posible.

Eleanor sintió una oleada de emoción que la abrumó. Las lágrimas, que había estado conteniendo, finalmente rodaron por sus mejillas, pero no eran de tristeza, sino de alivio y felicidad.

—Alasdair… yo también te amo —respondió ella, su voz temblando por la emoción—. Sé que

hay desafíos por delante, que nuestro amor no será fácil. Pero estoy dispuesta a enfrentarlo todo contigo. No me importa lo que venga, mientras estemos juntos.

Alasdair la miró, sintiendo cómo sus miedos y dudas se desvanecían ante la fuerza de sus palabras. Acarició su mejilla, sintiendo la suavidad de su piel bajo sus dedos, y supo en ese momento que todo valía la pena.

—Juntos… —murmuró, inclinándose hacia ella para besarla con la poca fuerza que le quedaba —. Juntos enfrentaremos lo que sea.

Eleanor cerró los ojos al sentir el contacto de sus labios, un beso que sellaba la promesa de su amor, un amor que sabían que podría superar cualquier obstáculo. Era un amor nacido en medio de la adversidad, pero también un amor que los había salvado, que los había unido de una manera que ninguno de los dos podía haber previsto.

Cuando el beso terminó, Eleanor se apartó ligeramente, sus manos aún en el rostro de Alasdair. —No tienes que preocuparte por mí, Alasdair. No importa lo que suceda, lo enfrentaremos juntos. No dejaré que nada ni nadie nos separe.

Alasdair asintió, sintiendo cómo el peso que había estado cargando se aligeraba. Sabía que el camino por delante no sería fácil, que habría obstáculos y desafíos, pero también sabía que con Eleanor a su lado, no había nada que no pudieran enfrentar.

—Eres lo mejor que me ha pasado, Eleanor —dijo, su voz llena de una calidez que solo ella podía despertar—. No sé cómo lo haré, pero te prometo que te protegeré, que estaré a tu lado, pase lo que pase.

Eleanor sonrió, acariciando su rostro con ternura. —Y yo estaré a tu lado, Alasdair. Siempre.

El amanecer comenzaba a teñir el cielo de tonos suaves y cálidos, y mientras la luz del sol entraba por la ventana, iluminando la habitación, ambos supieron que ese momento marcaba el comienzo de una nueva etapa en sus vidas. Una etapa llena de desafíos, sí, pero también llena de un amor que había sido forjado en el fuego de la adversidad.

Eleanor se acurrucó junto a Alasdair, sintiendo la calidez de su cuerpo junto al suyo, y mientras ambos se sumían en un sueño reparador, supieron que, pase lo que pase, su amor sería su fortaleza, su ancla en medio de cualquier tormenta.

Y así, en la tranquilidad de la mañana, mientras el mundo exterior comenzaba a despertar, Alasdair y Eleanor encontraron la paz en los brazos del otro, sabiendo que, juntos, podían enfrentar cualquier cosa.

Capítulo 14: La venganza de Kieran

La noche había caído sobre el campamento de los MacDonald, cubriendo todo con una oscuridad tan profunda que parecía absorber el poco calor que quedaba en el aire. Las hogueras, que chisporroteaban tímidamente en medio del frío, apenas lograban iluminar los rostros tensos de los guerreros que se movían en silencio entre las sombras. Pero dentro de la tienda principal, donde Kieran MacDonald se encontraba, la atmósfera era aún más gélida, cargada de una furia contenida que amenazaba con estallar en cualquier momento.

Kieran se mantenía de pie, mirando fijamente el mapa extendido sobre la mesa de madera que ocupaba el centro de la tienda. Sus manos, crispadas en puños, temblaban ligeramente, no por el frío, sino por la ira que lo consumía. La herida en su costado, aunque ya vendada, palpitaba con un dolor sordo que solo alimentaba su deseo de venganza.

Había sido humillado, derrotado en su propio terreno, y por un hombre al que había subestimado. Alasdair MacLeod había osado infiltrarse en su castillo, había desafiado su poder y, lo peor de todo, había escapado con Eleanor, la mujer que Kieran había planeado utilizar como moneda de cambio para consolidar su dominio sobre las Highlands. Todo su plan, tan meticulosamente diseñado, se había desmoronado en cuestión de horas. Y ahora, la derrota era un peso insoportable sobre sus hombros.

La puerta de la tienda se abrió bruscamente, y Malcolm, su más fiel teniente, entró con pasos firmes, aunque su rostro reflejaba la preocupación de un hombre que sabía que cualquier palabra podía desatar la ira de su señor.

—Mi Laird, los hombres están listos para recibir vuestras órdenes —dijo Malcolm, con una reverencia respetuosa—. Estamos preparados para lo que venga.

Kieran levantó la vista, sus ojos brillando con una intensidad que hizo que Malcolm retrocediera un paso. La rabia en su mirada era casi palpable, como una tormenta que amenazaba con desatarse en cualquier momento.

—Preparados… —murmuró Kieran, su voz baja pero cargada de un odio profundo—. ¿Preparados para qué, Malcolm? ¿Para volver a fallar? ¿Para permitir que esos malditos MacLeod nos humillen una vez más?

Malcolm tragó saliva, sabiendo que debía medir cada palabra con cuidado. —No fallaremos esta vez, mi Laird. Hemos aprendido de nuestros errores. Alasdair MacLeod no tendrá la misma suerte dos veces.

Kieran soltó una risa amarga, una risa que no contenía ni un ápice de humor. —No tendrá la misma suerte, dices… —repitió, caminando lentamente alrededor de la mesa, como un lobo acechando a su presa—. Esta vez, no cometeremos errores. Esta vez, no habrá piedad.

Se detuvo frente a Malcolm, su mirada penetrante clavada en la del hombre que había sido su mano derecha durante años. —Quiero a cada hombre, cada recurso, preparado para la batalla. Vamos a atacar a los MacLeod con toda nuestra fuerza. Vamos a arrasar su castillo, a destruir cada piedra, a acabar con cada uno de ellos. Y Alasdair… —su voz se volvió un susurro, lleno de veneno—, él pagará caro por lo que me ha hecho.

Malcolm asintió, aunque su mente ya comenzaba a evaluar las posibilidades. Sabía que un ataque de esa magnitud no solo requería fuerza, sino también estrategia. Y también sabía que los MacLeod no serían fáciles de vencer, especialmente después de la humillación que les habían infligido. Pero no podía permitir que sus dudas afloraran ante Kieran.

—Entendido, mi Laird. Reuniré a los hombres y los prepararemos para el ataque. ¿Cuándo queréis que partamos?

Kieran volvió a mirar el mapa, sus dedos trazando el camino que llevaría a su ejército directamente al corazón de los MacLeod. —Partimos al amanecer. No les daremos tiempo para prepararse. Los tomaremos por sorpresa, y cuando lleguemos, no dejaremos piedra sobre piedra.

Malcolm inclinó la cabeza, dispuesto a obedecer sin cuestionar. —Así se hará.

Kieran lo observó en silencio por un momento, luego hizo un gesto con la mano para que se retirara. —Vete. Y asegúrate de que los hombres estén listos. No toleraré más fracasos.

Cuando Malcolm salió de la tienda, Kieran se quedó solo, el peso de la soledad y la derrota cayendo sobre él como un manto oscuro. Su mente seguía repitiendo los eventos que lo habían llevado a esta situación, cada error, cada paso en falso que había dado, y que ahora debía corregir con sangre.

Se acercó a la mesa, apoyando las manos en el borde, su cuerpo temblando por la mezcla de ira y desesperación. Alasdair MacLeod había demostrado ser más fuerte de lo que había anticipado, y Eleanor… esa maldita mujer había sido la clave de todo. Había subestimado el poder de sus sentimientos por ella, y eso lo había llevado a la ruina.

Pero no volvería a cometer el mismo error.

Con un movimiento brusco, Kieran barrió el mapa de la mesa, dejando que los papeles cayeran al suelo en un desorden caótico. Su respiración era rápida, entrecortada, mientras intentaba controlar la furia que lo consumía. La venganza era lo único que le quedaba, el único propósito que le daba fuerza.

Caminó de un lado a otro de la tienda, su mente trabajando frenéticamente, buscando la manera de asegurar su victoria. No podía permitirse otro fracaso. No podía permitir que su clan, su nombre, se viera manchado por la derrota. La única solución era la aniquilación total de los MacLeod, una destrucción tan completa que nadie osaría desafiarlo de nuevo.

Sus pensamientos se detuvieron cuando recordó a Alasdair, herido pero victorioso, llevándose a

Eleanor lejos de su alcance. La imagen de ese momento se grabó en su mente, alimentando su odio. No descansaría hasta ver a Alasdair MacLeod arrodillado ante él, derrotado y humillado, rogando por la vida de su amada. Y cuando llegara ese momento, Kieran no mostraría piedad.

La decisión estaba tomada. No habría más treguas, no habría más intentos de negociación. Esta vez, la guerra sería brutal, y solo uno saldría victorioso.

***

El amanecer llegó con una luz pálida y fría que apenas lograba disipar la oscuridad en el campamento de los MacDonald. Los hombres, endurecidos por años de combate, se movían con eficiencia, preparando sus armas y armaduras, ajustando las cinchas de los caballos y reuniendo provisiones para la batalla que se avecinaba. El silencio era absoluto, roto solo por el sonido metálico del acero y los murmullos apagados de los guerreros que se preparaban para lo que sabían que sería una confrontación decisiva.

Kieran salió de su tienda, su figura imponente recortándose contra el cielo grisáceo. Su presencia, siempre imponente, ahora estaba teñida de una frialdad que hacía que incluso los hombres más valientes del clan sintieran un escalofrío en la columna. Se detuvo en el centro del campamento, observando a sus hombres con una mirada que no dejaba lugar a dudas: esta batalla no era solo una cuestión de honor, sino de supervivencia.

Malcolm se acercó a él, con el rostro serio pero determinado. —Todo está listo, mi Laird. Los hombres están preparados para partir cuando lo ordenéis.

Kieran asintió, su expresión inmutable. —Entonces no perdamos tiempo. Hoy, los MacLeod pagarán por cada gota de sangre que han derramado.

Con un gesto, Kieran dio la señal, y el campamento se puso en movimiento. Los guerreros, montados en sus caballos y armados hasta los dientes, comenzaron a avanzar, formando una columna ordenada que serpenteaba a través de los senderos de las Highlands. La marcha era silenciosa, casi ominosa, como si la misma tierra temiera lo que estaba por venir.

Kieran cabalgaba al frente, con Malcolm a su lado. No había necesidad de palabras entre ellos; el plan era claro, y la ejecución debía ser impecable. Sabían que la clave del éxito radicaba en la sorpresa, en golpear rápido y con fuerza antes de que los MacLeod tuvieran tiempo de reaccionar.

A medida que avanzaban, el paisaje a su alrededor se volvía cada vez más familiar. Los valles y colinas que separaban a los MacDonald de los MacLeod eran territorios que conocían bien, pero esta vez, cada rincón, cada sombra, parecía estar cargada de un presagio oscuro. La venganza que Kieran había jurado estaba cerca, y el aire parecía palpitar con la anticipación de la sangre que pronto se derramaría.

Finalmente, después de horas de marcha, el castillo de los MacLeod apareció en la distancia, recortado contra el horizonte. A primera vista, parecía imponente, sus murallas de piedra refle

jando la luz fría del amanecer, pero Kieran sabía que esas murallas no serían suficientes para detener su furia. Este sería el lugar donde su venganza se consumaría, donde Alasdair MacLeod aprendería el verdadero significado del dolor.

Kieran levantó una mano, señalando a sus hombres que se detuvieran. La columna se detuvo en silencio, los guerreros expectantes, sus ojos fijos en la figura de su líder.

—Hoy es el día —dijo Kieran, su voz resonando con una autoridad indiscutible—. Hoy destruiremos a los MacLeod, y con ellos, cualquier esperanza de resistencia. No habrá piedad. No habrá tregua. Este es el final para ellos.

Los hombres respondieron con un rugido de aprobación, sus espadas y hachas levantadas en señal de su disposición a cumplir con la voluntad de su líder. Kieran observó a su ejército, sintiendo una satisfacción oscura al ver la determinación en sus rostros. Sabía que estaban listos para lo que venía, que estaban dispuestos a hacer lo que fuera necesario para asegurar su victoria.

—Avancemos —ordenó Kieran, su voz firme y fría—. Es hora de que los MacLeod sientan la verdadera fuerza de los MacDonald.

Y así, el ejército se puso en marcha una vez más, avanzando hacia el castillo que pronto se convertiría en el escenario de una batalla sangrienta y decisiva. Kieran cabalgaba al frente, con los ojos fijos en el horizonte, su mente enfocada en un solo objetivo: la destrucción total de sus enemigos.

Mientras el sol ascendía en el cielo, bañando el paisaje en una luz dorada, la sombra de la venganza se cernía sobre las Highlands, prometiendo un enfrentamiento que cambiaría el destino de los clanes para siempre.

Capítulo 15: La propuesta

La luz dorada del atardecer se filtraba a través de las ventanas de la habitación de Eleanor en el castillo MacLeod, bañando las paredes de piedra con un resplandor cálido y suave. El viento de las Highlands, que solía ser frío y cortante, soplaba ahora con una brisa leve, como si la misma naturaleza quisiera ofrecer un momento de paz después de tantos días de agitación. Eleanor estaba de pie junto a la ventana, contemplando el paisaje que se extendía más allá de las murallas, una vista que había aprendido a amar desde que llegó a esas tierras.

Habían sido semanas tumultuosas, llenas de desafíos que habían puesto a prueba no solo su fortaleza, sino también sus sentimientos por Alasdair. Pero ahora, mientras observaba las colinas suaves y los valles que se extendían como un manto verde hasta donde alcanzaba la vista, Eleanor sentía que todo había valido la pena. Su corazón latía con una mezcla de amor y anticipación, una emoción que no había experimentado antes de llegar a Escocia.

El sonido de unos pasos en la puerta la sacó de sus pensamientos. Eleanor se giró y vio a Alasdair entrar en la habitación, su figura imponente destacándose en el umbral. Había una suavidad en su expresión que contrastaba con la imagen de guerrero que ella había llegado a conocer tan bien. Sus ojos, que solían estar llenos de determinación y autoridad, ahora reflejaban una calidez que solo le mostraba a ella.

—Eleanor —dijo con una sonrisa que iluminó su rostro—. ¿Puedo unirme a ti?

—Siempre eres bienvenido, Alasdair —respondió ella, sintiendo cómo su corazón se aceleraba al verlo acercarse.

Alasdair se acercó a ella, deteniéndose a pocos pasos, y tomó un momento para contemplarla en silencio. Eleanor, bajo su mirada, sintió que el mundo exterior se desvanecía, quedando solo ellos dos, envueltos en una burbuja de intimidad y afecto.

—He estado pensando mucho en nosotros —comenzó Alasdair, su voz baja pero firme—. En todo lo que hemos pasado juntos, en lo que significa tenerte a mi lado.

Eleanor mantuvo la mirada fija en él, sintiendo cómo cada palabra que él decía resonaba en lo más profundo de su ser. Sabía que lo que estaba a punto de suceder era importante, que era un momento que cambiaría sus vidas para siempre.

—Cuando te conocí, nunca imaginé que llegaríamos hasta aquí —continuó Alasdair, dando un paso más cerca, lo suficiente para que Eleanor sintiera el calor de su cuerpo—. Pero ahora, no puedo imaginar un futuro sin ti. Eres mi fortaleza, mi luz en la oscuridad, y sé que no quiero enfrentar la vida sin ti a mi lado.

Eleanor sintió que las lágrimas comenzaban a llenar sus ojos, pero no trató de contenerlas. Sabía que lo que sentía por Alasdair era tan profundo, tan puro, que las palabras no podían capturarlo

por completo. Sin embargo, en ese momento, no necesitaba palabras. Todo estaba en su mirada, en el silencio cargado de promesas entre ellos.

Alasdair tomó sus manos entre las suyas, sus dedos ásperos por el manejo de la espada acariciando la piel suave de Eleanor con una ternura que contrastaba con su apariencia de guerrero.

—Eleanor Hastings, quiero que seas mi esposa —dijo finalmente, su voz cargada de emoción —. Quiero que camines a mi lado como mi igual, mi compañera, mi amor. Sé que el camino no será fácil, que tendremos que enfrentar muchos desafíos, pero sé que juntos podemos superar cualquier cosa.

Eleanor dejó que las lágrimas rodaran por sus mejillas, sintiendo cómo su corazón se llenaba de una felicidad que nunca antes había conocido. No necesitaba pensarlo, no necesitaba sopesar las dificultades que podrían enfrentar. Sabía que su amor por Alasdair era lo suficientemente fuerte como para resistir cualquier tormenta.

—Sí, Alasdair —susurró, apretando sus manos con fuerza—. Me casaré contigo. No hay nada que desee más en este mundo que estar a tu lado, enfrentar lo que sea, mientras estemos juntos.

Alasdair soltó un suspiro de alivio y alegría, y en un movimiento que reflejaba tanto pasión como reverencia, la atrajo hacia él, abrazándola con fuerza. Eleanor se acurrucó contra su pecho, sintiendo el latido de su corazón bajo su mano, un ritmo constante y reconfortante que le recordaba que, después de todo, estaban juntos y nada más importaba.

Durante un largo momento, permanecieron así, abrazados, disfrutando de la cercanía que los envolvía. Eleanor podía sentir el calor de Alasdair, el aroma de la tierra y el aire fresco que siempre lo acompañaba, y supo que en esos brazos, en ese lugar, estaba su hogar.

Finalmente, Alasdair se apartó ligeramente, solo lo suficiente para mirarla a los ojos. —Te prometo, Eleanor, que haré todo lo que esté en mi poder para protegerte, para hacerte feliz. Sé que habrá dificultades, pero no hay nada que no pueda enfrentar mientras estés a mi lado.

Eleanor sonrió, acariciando su rostro con una ternura que solo él conocía. —Y yo estaré contigo, Alasdair. No importa lo que venga, enfrentaremos todo juntos. No dejaré que nada nos separe.

Alasdair la besó, un beso lleno de promesas, de amor y de esperanza. Mientras sus labios se encontraban, Eleanor sintió que el tiempo se detenía, que el mundo entero desaparecía, dejándolos solos en ese momento perfecto. Sabía que el futuro no sería fácil, que habría momentos de incertidumbre y desafíos, pero también sabía que mientras estuvieran juntos, podían superarlo todo.

El beso se prolongó, cada segundo cargado de una intensidad que hablaba de todo lo que habían pasado, de todo lo que aún tenían por vivir. Cuando finalmente se separaron, ambos estaban sin aliento, pero con el corazón lleno de una felicidad que solo el verdadero amor podía otorgar.

Alasdair tomó una de las manos de Eleanor y la llevó a sus labios, besándola con suavidad. —Mi

amor por ti es lo más precioso que tengo, Eleanor. Nunca lo dudes.

Eleanor asintió, sintiendo cómo las lágrimas volvieron a llenar sus ojos, pero esta vez de pura felicidad. —Y el mío por ti, Alasdair. Estoy lista para lo que venga, porque sé que estaremos juntos.

Alasdair sonrió, y en esa sonrisa, Eleanor vio todo lo que había esperado, todo lo que había soñado. Sabía que había encontrado a su compañero, a su igual, y que juntos podían enfrentar cualquier cosa.

—Hay algo más que quiero mostrarte —dijo Alasdair, rompiendo el silencio que había caído entre ellos. Tomó su mano y la guió hacia la puerta, llevándola fuera de la habitación.

Eleanor lo siguió, su corazón lleno de curiosidad y anticipación. Caminaban por los pasillos del castillo, ahora familiar para ella, pero cada rincón parecía tener un nuevo significado, una nueva promesa, ahora que sabía lo que el futuro les deparaba.

Al llegar a una pequeña terraza que daba al jardín interior del castillo, Alasdair se detuvo, girándose para enfrentarla. —Este lugar es especial para mí —dijo, su voz suave—. Aquí es donde venía cuando necesitaba pensar, cuando sentía que el peso del liderazgo era demasiado. Quiero compartirlo contigo, porque ahora, ya no necesito enfrentar nada solo.

Eleanor miró a su alrededor, tomando en la belleza simple pero serena del jardín. Las flores silvestres crecían en desorden, pero con una gracia natural que parecía reflejar la misma esencia de las Highlands. El sonido suave del agua corriendo en una pequeña fuente cercana completaba la sensación de paz.

—Es hermoso, Alasdair —murmuró Eleanor, sintiendo una nueva conexión con él, más profunda que antes.

—No tan hermoso como tú —respondió Alasdair, su tono sincero. La atrajo hacia él una vez más, abrazándola con fuerza mientras observaban juntos el paisaje—. Este será nuestro refugio, Eleanor. Aquí, donde el tiempo parece detenerse, donde podemos ser simplemente nosotros.

Eleanor sintió una oleada de gratitud, no solo por el amor que compartían, sino por la certeza de que habían encontrado un lugar, un rincón del mundo, donde podían construir su futuro, juntos. La determinación de enfrentar lo que viniera creció en su pecho, alimentada por el amor que sentía por el hombre que la sostenía.

—Entonces, que este sea el comienzo de nuestro viaje, Alasdair —dijo ella suavemente, apoyando la cabeza en su hombro—. Un viaje que sé que será difícil, pero que recorreremos juntos, paso a paso, día a día.

Alasdair la besó en la frente, un gesto de protección y devoción. —Juntos, Eleanor. Para siempre.

Y mientras el sol se ponía, dejando un resplandor dorado sobre las Highlands, Alasdair y Eleanor se quedaron allí, en su pequeño refugio, sabiendo que, sin importar lo que el futuro les deparara,

su amor sería la fuerza que los guiaría, que los mantendría unidos en un mundo lleno de incertidumbres. Sabían que su historia apenas comenzaba, pero también sabían que juntos podían enfrentarlo todo.

Capítulo 16: Los preparativos para la boda

El castillo MacLeod se encontraba sumido en una atmósfera de expectación mientras los preparativos para la boda de Alasdair y Eleanor comenzaban a tomar forma. La luz suave del amanecer iluminaba las torres de piedra, bañando todo en un resplandor cálido que parecía presagiar un día de celebraciones. En el aire se respiraba una mezcla de alegría contenida y anticipación, mientras el clan se preparaba para la unión de su Laird con la dama inglesa que había conquistado su corazón.

Eleanor se encontraba en su habitación, rodeada por Margaret y un grupo de mujeres del clan que la ayudaban a seleccionar los detalles para la ceremonia. La habitación, normalmente austera, estaba ahora llena de telas, flores y joyas, cada objeto cuidadosamente elegido para la ocasión. El vestido de boda, confeccionado en ricas sedas y bordado con hilos de oro, colgaba en un perchero cerca de la ventana, su brillo capturando la luz del sol que entraba por la ventana.

—Lady Eleanor, este tono de azul complementará perfectamente tus ojos —dijo Margaret con una sonrisa, sosteniendo una cinta delicada que había sido seleccionada para el velo.

Eleanor asintió con una sonrisa, pero su mente estaba lejos, perdida en pensamientos que iban más allá de los preparativos para la boda. Mientras las mujeres a su alrededor hablaban animadamente sobre las festividades, ella no podía evitar sentir una creciente preocupación en su pecho. A pesar de la felicidad que le traía la idea de casarse con Alasdair, algo oscuro se cernía sobre el castillo, una sombra que no podía ignorar.

—Estás tan callada, Eleanor —observó Margaret, notando la ausencia de su habitual alegría—. ¿Está todo bien?

Eleanor sacudió la cabeza suavemente, tratando de sacudirse las preocupaciones. —Lo siento, Margaret. Todo es… perfecto. Estoy muy agradecida por todo lo que estás haciendo.

Margaret la miró con ojos comprensivos, acercándose para tomar su mano. —Sé que debes estar nerviosa. Las bodas siempre traen consigo una mezcla de emociones, pero te prometo que todo saldrá bien.

Eleanor apretó la mano de Margaret, agradecida por su apoyo. Sabía que Margaret tenía razón en parte, pero también sabía que sus nervios no solo se debían a la boda. Había algo más, algo que sentía en lo más profundo de su ser. Una intuición que le decía que el peligro no estaba lejos.

Mientras tanto, en otra parte del castillo, Alasdair se encontraba en la sala de guerra, rodeado de sus capitanes y consejeros más cercanos. La gran mesa de roble en el centro de la habitación estaba cubierta de mapas y pergaminos, cada uno detallando las defensas del castillo y las posibles rutas de ataque. El ambiente en la sala era tenso, cargado de preocupación, mientras discutían los informes que habían llegado esa mañana.

—Los rumores son ciertos, mi Laird —dijo Angus, uno de los capitanes más experimentados del clan, con el ceño fruncido—. Kieran está reuniendo a sus fuerzas. Se prepara para un ataque en cualquier momento.

Alasdair asintió, su expresión grave. Había esperado algo así desde el día en que rescató a Eleanor del castillo de los MacDonald, pero saber que la amenaza era inminente lo llenaba de una preocupación profunda. Su primer instinto era proteger a Eleanor, pero sabía que no podía hacerlo a expensas de su clan.

—No podemos subestimarlo —dijo Alasdair, su voz firme—. Kieran está herido, humillado, y eso lo hace aún más peligroso. Debemos reforzar las defensas del castillo y estar preparados para cualquier cosa.

—Ya hemos comenzado a fortificar las murallas y aumentar las patrullas —respondió Dougal, otro de sus capitanes—. Pero si Kieran viene con todo su ejército, necesitaremos más que solo defensas. Necesitaremos una estrategia.

Alasdair se inclinó sobre el mapa, sus ojos recorriendo cada detalle. Sabía que Kieran no se detendría ante nada para vengarse, y eso significaba que debía estar un paso por delante. —Quiero que se envíen exploradores para monitorear cualquier movimiento del ejército de Kieran —ordenó—. Necesitamos saber exactamente cuándo y por dónde vendrá. No podemos permitirnos sorpresas.

Angus y Dougal asintieron, listos para cumplir con sus órdenes. Pero antes de que pudieran retirarse, Alasdair levantó una mano, deteniéndolos. —Y una cosa más —agregó, su tono más sombrío—. Quiero que mantengan a Eleanor segura en todo momento. No debe saber nada de esto hasta que sea absolutamente necesario. No quiero que sufra más preocupaciones.

Los hombres intercambiaron miradas, conscientes de la delicada situación en la que se encontraban. Sabían que el amor de Alasdair por Eleanor era profundo, pero también sabían que las decisiones difíciles estaban por venir.

—Así se hará, mi Laird —respondió Angus, inclinando la cabeza en señal de respeto.

Cuando se quedaron solos, Alasdair se apoyó en el borde de la mesa, su mente trabajando frenéticamente para encontrar la mejor manera de proteger a su gente y a la mujer que amaba. El peso de la responsabilidad recaía sobre él, pero sabía que no podía permitirse vacilar. Kieran se acercaba, y con él, la promesa de una batalla que decidiría el destino de todos ellos.

***

De vuelta en la habitación de Eleanor, los preparativos continuaban, pero la atmósfera había cambiado ligeramente. Margaret notó la tensión en el rostro de Eleanor, y aunque intentaba distraerla con conversaciones sobre los detalles de la boda, no podía evitar sentir que algo más estaba sucediendo.

Finalmente, cuando las otras mujeres se retiraron, Margaret decidió enfrentar a Eleanor directamente. —¿Qué te preocupa realmente, Eleanor? —preguntó con suavidad, sentándose a su lado—. No es solo la boda, ¿verdad?

Eleanor miró a Margaret, sabiendo que no podía ocultar lo que sentía por más tiempo. —Es Kieran —dijo finalmente, su voz apenas un susurro—. No puedo sacudirme la sensación de que está planeando algo, algo que podría arruinarlo todo.

Margaret la miró con comprensión, pero también con una determinación firme. —Entiendo tus temores, Eleanor. Pero debes confiar en Alasdair. Él hará todo lo posible para protegerte a ti y al clan. Ha enfrentado desafíos antes, y siempre ha salido victorioso.

Eleanor asintió, queriendo creer en esas palabras, pero el miedo seguía presente en su corazón. —Sé que Alasdair es fuerte, pero Kieran es astuto. No quiero que nada suceda, especialmente ahora que estamos tan cerca de ser felices.

Margaret apretó su mano, transmitiéndole toda la seguridad que podía. —Vamos a superar esto, Eleanor. Todos lo haremos. Pero por ahora, debemos concentrarnos en la boda, en celebrar el amor que has encontrado con Alasdair. Es lo que él querría para ti.

Eleanor sonrió débilmente, agradecida por el apoyo de Margaret, pero no pudo evitar sentir que algo oscuro se avecinaba. Sabía que debía confiar en Alasdair, pero el peso de la incertidumbre era difícil de ignorar.

***

Al caer la noche, Alasdair se reunió con Eleanor en la misma terraza donde había propuesto matrimonio días antes. La luna llena iluminaba el jardín con una luz plateada, y el sonido del agua corriendo en la fuente cercana creaba un ambiente de serenidad, como si el mundo exterior no pudiera tocarlos.

Eleanor, envuelta en un chal para protegerse del frío, se volvió cuando escuchó a Alasdair acercarse. Su presencia, siempre reconfortante, era lo único que necesitaba en ese momento para sentir que todo estaría bien.

—Has estado ocupado todo el día —dijo Eleanor suavemente, mientras Alasdair se acercaba y la envolvía en un abrazo—. ¿Todo está bien?

Alasdair la sostuvo con firmeza, sintiendo la calidez de su cuerpo contra el suyo. Sabía que no podía mentirle, pero también sabía que no quería que la preocupación arruinara este momento. —Todo está bajo control —respondió, eligiendo sus palabras con cuidado—. Solo algunos preparativos de última hora. Nada de qué preocuparse.

Eleanor lo miró a los ojos, buscando en ellos cualquier señal de duda. Pero Alasdair era un maestro en ocultar sus verdaderos sentimientos cuando era necesario, y todo lo que ella encontró fue una calma que, aunque reconfortante, no disipaba del todo sus temores.

—Confío en ti, Alasdair —dijo finalmente, apoyando la cabeza en su pecho—. Solo prométeme que, pase lo que pase, estaremos juntos.

Alasdair la besó en la frente, un gesto de protección y devoción que hacía que todos sus miedos se desvanecieran, aunque solo fuera por un momento. —Te lo prometo, Eleanor. Estaremos juntos, y nada ni nadie nos separará.

Mientras se abrazaban bajo la luz de la luna, ambos sabían que las sombras del pasado aún los acechaban, pero también sabían que su amor era lo suficientemente fuerte como para enfrentarlas. Y mientras el castillo MacLeod se preparaba para la boda, también se preparaba para una batalla que decidiría su destino.

Capítulo 17: El ataque final

El amanecer comenzó a despuntar sobre las tierras del clan MacLeod, pero en lugar de traer consigo la calma habitual de un nuevo día, el horizonte se cubría de una inquietante neblina que parecía presagiar la tormenta que estaba a punto de desatarse. En las murallas del castillo, los centinelas observaban con ojos cautelosos el paisaje que se extendía ante ellos, sus sentidos agudizados por el conocimiento de que el enemigo estaba cerca. Las sombras de los montes se alargaban, y el viento helado que soplaba desde las Highlands traía consigo un silencio ominoso, interrumpido solo por el ocasional crujido de las armaduras y el murmullo de los hombres que se preparaban para la batalla.

En el corazón del castillo, Alasdair MacLeod se encontraba en la sala de guerra, rodeado por sus capitanes y consejeros más cercanos. Sus rostros reflejaban la tensión del momento, pero también la determinación de hombres que sabían que estaban a punto de enfrentar una lucha crucial, una batalla que decidiría el destino de su clan.

—Kieran vendrá con todo lo que tiene —dijo Alasdair, su voz firme y llena de resolución mientras señalaba el mapa desplegado sobre la mesa—. Sabemos que ha reunido a sus mejores hombres, y no se detendrá ante nada para destruirnos.

Dougal, uno de sus capitanes más leales, asintió con gravedad. —Las defensas están preparadas, mi Laird. Hemos reforzado las murallas y posicionado a nuestros mejores arqueros. Pero debemos estar listos para lo peor. Kieran es astuto, y no podemos subestimarlo.

Alasdair apretó los labios, sabiendo que cada palabra era cierta. Había pasado noches sin dormir, trazando cada posible estrategia, cada movimiento que Kieran podría hacer. Pero ahora, cuando la batalla estaba a punto de comenzar, solo quedaba confiar en la fuerza y el coraje de su gente.

—Que todos estén en sus puestos —ordenó Alasdair, su mirada recorriendo a cada uno de sus hombres—. No daremos un paso atrás. Hoy luchamos por nuestras vidas, por nuestras familias, por todo lo que hemos construido.

Los hombres asintieron en silencio, sus rostros endurecidos por la determinación. Sabían que no habría cuartel en la batalla que se avecinaba, y estaban preparados para dar todo lo que tenían para defender su hogar.

***

En otra parte del castillo, Eleanor se encontraba en su habitación, ajustándose las correas del corpiño que había adaptado para permitirle mayor libertad de movimiento. Sus manos temblaban ligeramente, no por el miedo, sino por la adrenalina que corría por sus venas. Sabía que el ataque de Kieran era inminente, y que debía estar preparada para enfrentar lo que fuera necesario.

Desde el día en que llegó a las Highlands, había sentido la desconfianza y el recelo de muchos en

el clan MacLeod, pero también había sentido el poder del amor que la unía a Alasdair. Y ahora, cuando todo estaba en juego, sabía que no podía quedarse al margen. Tenía que demostrar que era digna de estar a su lado, de ser parte de su mundo.

Margaret entró en la habitación, su expresión una mezcla de preocupación y admiración al ver a Eleanor preparándose para la batalla. —Eleanor, no tienes que hacer esto —dijo con suavidad, acercándose a ella—. Nadie te culparía si decidieras quedarte aquí, a salvo.

Eleanor levantó la mirada, sus ojos brillando con una resolución que sorprendió a Margaret. —No puedo quedarme escondida mientras los demás luchan, Margaret. Esta es mi familia ahora, y no permitiré que Kieran la destruya. He aprendido mucho desde que llegué aquí, y aunque no soy una guerrera, haré lo que esté en mi poder para ayudar.

Margaret la observó en silencio por un momento, luego asintió, sabiendo que no había nada que pudiera decir para disuadirla. —Entonces, luchemos juntas —dijo finalmente, tomando una espada corta que estaba apoyada contra la pared y entregándosela a Eleanor—. Puede que no seas una guerrera, pero tienes un corazón fuerte, y eso es lo que más necesitamos hoy.

Eleanor tomó la espada, sintiendo el peso del metal en su mano. No era una espada tan grande o pesada como las que manejaban los hombres del clan, pero era lo suficientemente afilada como para ser letal. Sabía que la batalla sería feroz, pero también sabía que no estaba sola.

***

El primer sonido de la batalla llegó como un trueno distante, un estruendo sordo que resonó a lo largo de las murallas del castillo. Los centinelas gritaron la alarma, y en un instante, el castillo entero se llenó de la actividad frenética de los preparativos finales. Los guerreros se apresuraron a ocupar sus puestos, mientras los arqueros tomaban sus posiciones en las almenas, con las flechas ya tensadas en sus arcos.

Desde su lugar en las murallas, Alasdair pudo ver el ejército de Kieran acercándose, una marea oscura que avanzaba con una precisión aterradora. Los estandartes de los MacDonald ondeaban al viento, y el estruendo de las pisadas de cientos de hombres resonaba como un tambor de guerra en el corazón de Alasdair. Sabía que este sería el momento decisivo, el instante en que todo se definiría.

—¡Arqueros, preparados! —gritó Alasdair, levantando su espada al cielo—. ¡Esperad a mi señal!

Los hombres tensaron las cuerdas de sus arcos, sus miradas fijas en la línea de enemigos que se acercaba. Cada segundo que pasaba aumentaba la tensión, hasta que finalmente, cuando Kieran y sus hombres estuvieron al alcance, Alasdair bajó su espada con un grito de guerra.

—¡Ahora!

Una lluvia de flechas voló por los aires, oscureciendo el cielo antes de caer sobre los hombres de Kieran con una precisión mortal. Los primeros gritos de dolor se alzaron desde las filas

enemigas, pero Kieran, montado en su caballo al frente de sus tropas, no se detuvo. Con un rugido de furia, alzó su espada y ordenó el avance.

—¡Adelante! —gritó Kieran, su voz resonando por encima del estruendo de la batalla—. ¡Destruidlos!

El impacto del choque fue brutal. Los hombres de Kieran, aunque diezmados por la primera andanada de flechas, llegaron a las murallas con una fuerza imparable, y en cuestión de minutos, la batalla cuerpo a cuerpo se desató en toda su violencia. Los gritos de guerra, el choque del acero y los alaridos de dolor llenaron el aire, mientras los hombres luchaban con una ferocidad que solo la desesperación podía engendrar.

Alasdair estaba en el centro de la batalla, su espada cortando a través de las filas enemigas con una precisión letal. A su alrededor, sus hombres luchaban con igual ferocidad, defendiendo su hogar con todo lo que tenían. Pero por cada enemigo que caía, otro ocupaba su lugar, y Alasdair sabía que estaban en una carrera contra el tiempo.

Desde las murallas, Eleanor observaba la batalla con el corazón en la garganta. Había seguido a Margaret hasta un lugar donde podía ver claramente lo que sucedía abajo, y aunque todo dentro de ella gritaba que corriera hacia Alasdair, sabía que debía mantener la cabeza fría. Pero cuando vio a un grupo de hombres de Kieran romper las filas y comenzar a escalar las murallas, supo que su momento había llegado.

—¡Margaret, vienen por la puerta lateral! —gritó Eleanor, señalando hacia el lugar donde los enemigos comenzaban a ganar terreno.

Margaret, que había estado combatiendo junto a otro grupo de mujeres, asintió y corrió hacia la posición que Eleanor le indicó. Eleanor no dudó y la siguió, levantando la espada con manos firmes, lista para luchar.

Cuando los primeros enemigos alcanzaron la muralla, Eleanor sintió un miedo visceral recorrer su cuerpo, pero no dejó que la paralizara. Recordó el entrenamiento que había recibido, las lecciones que había aprendido, y con un grito de pura determinación, se lanzó hacia el enemigo.

El primer golpe que asestó fue torpe, pero efectivo. La espada cortó a través del aire, encontrando su marca en el brazo de un hombre que intentaba escalar. El enemigo soltó un grito de dolor y cayó al suelo, derribando a otros dos con él. Eleanor sintió una oleada de adrenalina, una mezcla de miedo y euforia que la impulsó a seguir luchando.

—¡Por los MacLeod! —gritó, su voz resonando con una fuerza que nunca había sabido que poseía.

A su lado, Margaret y las otras mujeres luchaban con igual ferocidad, defendiendo su hogar con cada onza de energía que les quedaba. Eleanor, empapada en sudor y con las manos adoloridas, no se detuvo. Cada vez que un enemigo se acercaba, encontraba la manera de enfrentarlo, ya fuera con la espada o con la fuerza de su determinación.

Mientras la batalla se intensificaba,

Eleanor no se dio cuenta de que los ojos de muchos de los hombres del clan estaban sobre ella. Habían visto su valor, su decisión de luchar a su lado, y en ese momento, la aceptaron como una de los suyos. Eleanor había demostrado que no era solo la dama inglesa que había llegado de tierras lejanas, sino una verdadera MacLeod, una mujer que luchaba por su familia y su hogar.

***

En el campo de batalla, Alasdair vio cómo Kieran se abría paso entre las filas, su espada cortando a cualquiera que se interpusiera en su camino. Alasdair supo que el enfrentamiento final se acercaba, y con un rugido de furia, corrió hacia él, decidido a poner fin a esta guerra de una vez por todas.

—¡Kieran! —gritó, su voz resonando por encima del caos—. ¡Enfréntame si tienes el valor!

Kieran giró la cabeza, su mirada llena de odio cuando vio a Alasdair acercándose. Con un grito de guerra, levantó su espada y cargó hacia él, su única intención destruir al hombre que había arruinado sus planes.

El choque de sus espadas fue ensordecedor. Alasdair y Kieran se enfrentaron con una furia que había sido alimentada por años de rivalidad, cada golpe lleno de una intensidad que ninguno había conocido antes. La batalla que se libraba a su alrededor se desvaneció, dejando solo a los dos hombres, luchando por el destino de sus clanes.

El duelo fue feroz, cada uno de ellos utilizando todas las habilidades que poseían. Pero Alasdair, motivado por su amor por Eleanor y su deseo de proteger a su gente, encontró una fuerza que no sabía que tenía. Con un último esfuerzo, desarmó a Kieran, su espada cayendo al suelo con un estruendo.

—Esto termina aquí, Kieran —dijo Alasdair, su respiración entrecortada mientras sostenía su espada sobre el derrotado líder del clan MacDonald.

Kieran, herido y derrotado, levantó la mirada hacia Alasdair, su odio visible incluso en la derrota. —Haz lo que tengas que hacer, MacLeod —escupió—. Pero esto no termina aquí.

Alasdair lo miró fijamente, con la respiración agitada. —Sí, termina —respondió, y con un movimiento rápido, puso fin a la vida de Kieran.

El campo de batalla quedó en silencio, el sonido del acero y los gritos de guerra desapareciendo como si el tiempo se hubiera detenido. Los hombres de Kieran, al ver caer a su líder, comenzaron a retroceder, desmoralizados y derrotados. La victoria era de los MacLeod.

Alasdair bajó la espada, exhausto pero aliviado. Sabía que la paz finalmente había llegado a sus tierras, pero a un costo alto. Mientras se giraba para ver el campo de batalla, sus ojos buscaron a Eleanor.

Cuando la encontró en las murallas, su corazón se llenó de orgullo y amor. Ella estaba allí, con la espada en la mano, empapada en sudor y con una mirada de determinación que lo dejó sin aliento. Eleanor no solo había luchado, había demostrado que era digna de ser su esposa, su igual.

Al subir a la muralla, Alasdair corrió hacia ella, y sin decir una palabra, la abrazó con fuerza, sintiendo cómo todo el peso de la batalla se desvanecía al tenerla entre sus brazos.

—Lo logramos, Eleanor —murmuró contra su cabello, su voz llena de emoción—. Lo logramos.

Eleanor, con el corazón aún latiendo con fuerza, sonrió contra su pecho. —Sí, Alasdair. Lo logramos juntos.

Y mientras el sol comenzaba a ponerse sobre las tierras del clan MacLeod, una nueva era de paz y esperanza se vislumbraba en el horizonte. Habían superado la oscuridad, y juntos, Alasdair y Eleanor sabían que podían enfrentar cualquier cosa que el futuro les deparara.

Capítulo 18: La derrota de Kieran

El sol comenzaba a ascender sobre las montañas, bañando el castillo MacLeod con un tenue resplandor dorado que contrastaba violentamente con el escenario que se extendía a sus pies. Los campos que rodeaban la fortaleza estaban cubiertos de restos de la batalla, cuerpos caídos, armas dispersas y las huellas de la ferocidad que había sacudido esas tierras en las horas previas. Los gritos y el estruendo del combate se habían disipado, dejando solo un silencio pesado, interrumpido ocasionalmente por los gemidos de los heridos y el llanto contenido de aquellos que habían perdido a seres queridos.

Sobre los muros del castillo, Alasdair MacLeod se mantenía firme, su espada aún en mano, observando con atención el campo de batalla. El peso de la victoria se sentía más como una losa que como un alivio, una sensación de vacío que lo invadía mientras contemplaba el costo de la lucha. Habían ganado, sí, pero la sangre derramada, tanto de enemigos como de amigos, le recordaba que no había gloria en la guerra, solo dolor y pérdida.

A su alrededor, los hombres del clan MacLeod comenzaban a reunir a los heridos, a tratar a los caídos con el respeto que merecían, mientras que los enemigos que sobrevivieron eran apresados y desarmados. La atmósfera era de triunfo sombrío, de un alivio amargo que no podía borrar las cicatrices de la batalla.

Alasdair bajó la espada, limpiando la hoja en un movimiento automático antes de enfundarla. Había enfrentado a Kieran en el combate final, y aunque había vencido, sabía que la batalla no había terminado verdaderamente hasta que el líder de los MacDonald exhalara su último aliento. Kieran estaba gravemente herido, pero aún respiraba, y Alasdair se dirigió hacia donde lo habían llevado sus hombres, decidido a cerrar ese capítulo de una vez por todas.

Lo encontraron en el borde del campo, apoyado contra una roca, su rostro una máscara de dolor y derrota. La sangre brotaba de una herida profunda en su costado, empapando su ropa de un rojo oscuro que contrastaba con la palidez de su piel. Pero sus ojos, aunque vidriosos, aún conservaban un brillo desafiante, una chispa de odio que no se había apagado a pesar de la gravedad de sus heridas.

—Kieran… —dijo Alasdair, su voz grave mientras se arrodillaba junto a él—. Todo esto pudo haberse evitado.

Kieran soltó una risa áspera, que se convirtió en un tosido cargado de sangre. —¿Evitado? —escupió, sus palabras llenas de amargura—. Esto estaba destinado a suceder. Desde el principio, desde que tú y tu maldito clan os atrevieron a desafiarme.

Alasdair lo miró con una mezcla de tristeza y desdén. Sabía que Kieran no había sido solo un enemigo, sino un hombre consumido por su propia ambición y rencor, alguien que había llevado a su gente a la ruina por un orgullo mal entendido.

—Has perdido, Kieran —dijo Alasdair, su voz tan firme como su convicción—. Tu clan está derrotado, y esta guerra termina aquí. Pero no tiene por qué ser el final para los MacDonald. Si pides a tus hombres que se rindan, prometo que serán tratados con honor. No tiene que haber más derramamiento de sangre.

Kieran lo miró, su respiración cada vez más débil, pero no menos desafiante. —No entiendes, MacLeod… Nunca entenderás. Esto no era solo sobre ti y yo. Hay cosas que van más allá de este campo de batalla, cosas que nunca te he contado.

Alasdair frunció el ceño, sintiendo que había algo más en las palabras de Kieran, algo que aún no comprendía del todo. —¿Qué estás diciendo? —preguntó, su tono volviéndose más urgente.

Kieran soltó un gemido, su rostro contorsionándose de dolor, pero forzó las palabras a salir, sabiendo que era su última oportunidad para decir la verdad. —Todo esto… —jadeó—, todo comenzó mucho antes de que naciéramos, Alasdair. Las viejas rencillas entre nuestros clanes, las traiciones, todo está… enraizado en una venganza que se ha transmitido por generaciones. Pero hay algo más… algo que ni siquiera tú sabes.

Alasdair sintió un escalofrío recorrer su espalda. La intensidad en los ojos de Kieran, incluso en su estado moribundo, le indicaba que no estaba mintiendo. —Habla, Kieran. ¿Qué secretos guardas?

Kieran sonrió débilmente, con un rastro de triunfo en sus labios ensangrentados. —Tu padre… y el mío… compartían un secreto. Algo que los unía más de lo que nos separaba. Pero eso… fue lo que destruyó a mi familia… y a la tuya también.

Alasdair sintió como si el suelo se moviera bajo sus pies. Los últimos susurros de Kieran parecían abrir un abismo de dudas y preguntas. —¿Qué estás diciendo? —exigió, la urgencia creciendo en su voz.

Pero Kieran no pudo responder. Su fuerza lo abandonó y sus ojos, antes llenos de odio, se apagaron lentamente, dejando su cuerpo sin vida en el suelo ensangrentado. Alasdair lo observó durante un largo momento, procesando lo que acababa de escuchar, intentando comprender qué significaban esas palabras, esos secretos que Kieran había llevado a la tumba.

***

El castillo MacLeod estaba en silencio, un silencio que parecía respirar la calma que seguía a la tormenta. Dentro de sus muros, Eleanor observaba desde una ventana alta, viendo a los hombres y mujeres del clan moverse por los patios y pasillos, ocupados en las tareas que seguían a la batalla. Había una serenidad en sus movimientos, una aceptación de lo que había pasado, pero también una sombra de dolor que colgaba sobre todos ellos.

Eleanor sabía que la victoria había tenido un costo alto. Había visto el sacrificio, había sentido el miedo y la desesperación de los que luchaban por sus vidas. Pero también había visto la valentía,

el coraje de los hombres y mujeres que defendían su hogar. Había luchado junto a ellos, y aunque no se consideraba una guerrera, sabía que había hecho lo necesario para proteger a aquellos que amaba.

Los pasos firmes de Alasdair resonaron en el pasillo, y Eleanor se volvió cuando él entró en la habitación. Sus ojos se encontraron, y sin necesidad de palabras, se acercaron el uno al otro, abrazándose en un gesto que hablaba de alivio, de amor, y de una profunda comprensión de lo que habían vivido.

—Todo ha terminado —dijo Alasdair, su voz suave mientras acariciaba el cabello de Eleanor—. Kieran ha caído, y la amenaza del clan MacDonald se ha desvanecido.

Eleanor lo miró a los ojos, viendo el cansancio en su expresión, pero también la determinación de un hombre que había hecho lo necesario para proteger a su gente. —Hemos pagado un precio alto, Alasdair —respondió ella, su voz reflejando la tristeza que compartían—. Pero ahora, finalmente, podemos empezar a sanar.

Alasdair asintió, pero Eleanor vio la sombra de duda en su mirada. —¿Qué te preocupa? —preguntó, sintiendo que había algo más que Alasdair no le había contado.

—Kieran… —comenzó Alasdair, su voz cargada de una gravedad que inquietó a Eleanor—. Antes de morir, dijo algo que no puedo ignorar. Habló de un secreto, algo que nuestros padres compartían, algo que los unía y que, según él, fue la causa de esta enemistad.

Eleanor frunció el ceño, tratando de comprender. —¿Qué podría ser ese secreto?

Alasdair negó con la cabeza, el peso de la incertidumbre cayendo sobre él. —No lo sé. Kieran no llegó a decirlo. Pero sé que no puedo dejar esto así. Debo descubrir la verdad, saber qué es lo que ha estado en la sombra durante todos estos años.

Eleanor lo tomó de la mano, apretándola con fuerza. —Lo descubriremos juntos, Alasdair. Sea lo que sea, lo enfrentaremos como hemos enfrentado todo lo demás.

Alasdair la miró con gratitud, sintiendo el poder de su amor, de su compromiso inquebrantable. —No sé qué haría sin ti, Eleanor. No solo has luchado a mi lado, sino que me has dado la fuerza para seguir adelante, para buscar la verdad, por dolorosa que sea.

Eleanor sonrió suavemente, acariciando su rostro con una ternura que solo podía provenir de un amor profundo. —Y yo no sé qué haría sin ti, Alasdair. Estamos en esto juntos, y no hay nada que no podamos superar.

Mientras la luz del día comenzaba a desvanecerse, cubriendo el castillo en una suave penumbra, Alasdair y Eleanor permanecieron juntos, unidos en un silencio que hablaba de la paz que finalmente habían alcanzado, pero también de los desafíos

que aún quedaban por enfrentar. La derrota de Kieran había traído consigo un alivio, pero también había revelado nuevos misterios que no podían ser ignorados.

Sabían que el camino por delante no sería fácil, que las sombras del pasado aún se cernían sobre ellos, pero también sabían que juntos podían enfrentarlo todo. Y mientras se sostenían mutuamente, listos para lo que fuera que el futuro les deparara, estaban seguros de una cosa: el amor que los unía era más fuerte que cualquier secreto, cualquier oscuridad que pudieran descubrir.

Y con esa certeza, se prepararon para el siguiente capítulo de sus vidas, sabiendo que, pase lo que pase, lo enfrentarían juntos.

Capítulo 19: La reconciliación

El salón principal del castillo MacLeod, que había sido escenario de tantas discusiones, estrategias y momentos de tensión, se llenaba ahora de una atmósfera diferente. Había un aire de expectación, pero también de alivio. Las paredes de piedra, normalmente frías y severas, parecían más cálidas bajo la luz de las velas, que parpadeaban suavemente en los candelabros. El crepitar del fuego en la gran chimenea añadía un sonido reconfortante al ambiente, como un recordatorio de que, después de tanto conflicto, había llegado el momento de la paz.

Alasdair MacLeod se encontraba en el centro de la sala, rodeado por los miembros de su clan. Sus ojos, que habían sido testigos de tanta batalla, ahora reflejaban la serenidad de alguien que había cumplido con su deber, aunque a un costo elevado. Estaba de pie, firme y erguido, pero el peso de la responsabilidad y la reciente batalla aún era visible en la tensión de sus hombros y en la seriedad de su mirada.

A su lado, Eleanor se mantenía con la misma dignidad y fuerza que había mostrado durante todo el tiempo que llevaba en las Highlands. Vestida con un sencillo pero elegante vestido que respetaba tanto sus orígenes ingleses como su nuevo hogar escocés, emanaba una gracia natural que no había pasado desapercibida para nadie. Su presencia, antes motivo de desconfianza, era ahora un símbolo de la unión entre dos mundos, y su postura junto a Alasdair reflejaba su nueva posición como su igual, su compañera en todo.

Alasdair tomó aire profundamente, dejando que el murmullo de conversaciones en la sala se apagara antes de hablar. Su voz, firme y resonante, llenó el espacio con una autoridad que todos respetaban.

—Hermanos, hermanas, hemos vivido tiempos difíciles —comenzó, su mirada recorriendo los rostros familiares que lo rodeaban—. Hemos luchado, hemos sufrido, pero también hemos salido más fuertes. Hoy, después de todo lo que hemos enfrentado juntos, podemos finalmente hablar de paz, no solo en nuestras tierras, sino también en nuestros corazones.

Los miembros del clan asintieron en silencio, algunos con los ojos húmedos de lágrimas contenidas, otros con expresiones de orgullo por haber sobrevivido a la tormenta. Sabían que la paz no era solo la ausencia de guerra, sino también la reconciliación de los corazones divididos, de las heridas que aún necesitaban sanar.

Alasdair hizo una pausa, y luego, con un gesto que denotaba tanto humildad como reconocimiento, tomó la mano de Eleanor. La levantó suavemente, llevándola hacia él hasta que ambos estuvieron frente a frente, sus miradas entrelazadas con una intensidad que solo los que han pasado por el fuego pueden compartir.

—Eleanor ha sido mi fortaleza, mi luz en los momentos más oscuros —dijo, su voz suave pero cargada de emoción—. Ha demostrado no solo su amor por mí, sino su amor por todos ustedes.

En cada momento de duda, en cada instante de peligro, ella estuvo allí, luchando a nuestro lado. Hoy, quiero que todos sepan que Eleanor no es solo mi esposa, sino también una verdadera MacLeod, parte de esta familia en cuerpo y alma.

Eleanor sintió que las lágrimas llenaban sus ojos, pero mantuvo la cabeza alta, decidida a mostrar la misma fortaleza que Alasdair veía en ella. Sabía que estas palabras eran más que un reconocimiento; eran una aceptación total y completa por parte del clan, algo que había anhelado desde que llegó a esas tierras.

—Gracias —dijo Eleanor, su voz quebrándose un poco por la emoción—. No sé qué palabras usar para expresar lo que siento en este momento. Pero lo que sí sé es que estoy comprometida con todos ustedes, con nuestra familia, con nuestro hogar. Lucharé por ustedes, como ustedes han luchado por mí. Y prometo, de todo corazón, que haré todo lo que esté en mi poder para proteger y cuidar a esta familia.

Los murmullos de aprobación recorrieron la sala, y Alasdair, sintiendo el peso de la emoción que inundaba el salón, apretó la mano de Eleanor con ternura. En ese gesto, en esa simple unión de manos, había más promesas y más amor del que cualquier discurso podría expresar.

—Hoy, reafirmo mi compromiso de protegerlos —continuó Alasdair, dirigiéndose nuevamente a su clan—. Pero esta vez, no lo haré solo. Lo haré con Eleanor a mi lado, como mi igual, como mi compañera. Juntos, enfrentaremos cualquier desafío que venga, y lo haremos como una familia, como un clan unido.

Los miembros del clan, que antes miraban a Eleanor con recelo, ahora la observaban con una nueva mirada, una que reflejaba respeto y aceptación. Habían visto su valentía, su dedicación, y ahora, en ese momento de paz, comprendían que ella no era una extraña, sino una de los suyos.

Dougal, uno de los capitanes más leales de Alasdair, dio un paso al frente. Su expresión, normalmente severa, estaba suavizada por una sonrisa sincera. —Mi Laird —dijo, inclinando la cabeza con respeto—, habéis guiado a nuestro clan a través de la oscuridad, y ahora nos habéis traído a la luz. Y con Eleanor a vuestro lado, no tengo dudas de que nuestro clan florecerá como nunca antes.

Las palabras de Dougal fueron seguidas por un murmullo de acuerdo, y poco a poco, todos los presentes comenzaron a expresar su apoyo y gratitud. Era un momento de reconciliación, no solo entre Alasdair y su gente, sino también entre el pasado y el futuro del clan MacLeod.

Eleanor, emocionada por el apoyo abrumador, se volvió hacia Alasdair, sus ojos brillando con una mezcla de amor y gratitud. —Nunca imaginé que encontraría un hogar tan lejos del lugar donde nací, pero aquí estoy, rodeada por una familia que he llegado a amar profundamente.

Alasdair la miró con adoración, sabiendo que, aunque el camino había sido arduo, no había nadie más con quien quisiera compartir su vida. —Este es solo el comienzo, Eleanor —dijo en un susurro que solo ella pudo escuchar—. Juntos, construiremos un futuro brillante para nuestro clan, un futuro lleno de amor, paz y esperanza.

Mientras el murmullo de conversaciones continuaba, Alasdair y Eleanor compartieron una mirada que decía más que cualquier palabra. Sabían que aún había desafíos por delante, pero también sabían que, juntos, podían superarlos todos.

La reconciliación había sido lograda, y con ella, un nuevo capítulo en la historia del clan MacLeod comenzaba. Un capítulo que estaría marcado por la unión de dos corazones, de dos almas que, aunque venían de mundos diferentes, habían encontrado en las Highlands un lugar al que podían llamar hogar.

El salón principal, que había sido testigo de tantas batallas y decisiones difíciles, ahora era el escenario de una nueva era, una era de paz y amor. Y mientras Alasdair y Eleanor se tomaban de la mano, listos para enfrentar lo que el futuro les deparara, sabían que no importaba lo que viniera, lo harían juntos, como uno solo.

Capítulo 20: La boda

El castillo MacLeod, con sus imponentes torres de piedra y sus muros centenarios, se encontraba envuelto en un ambiente de festiva anticipación. La capilla, normalmente un lugar de recogimiento y oración, hoy estaba adornada con flores silvestres que llenaban el aire con su fragancia fresca, mezclándose con el incienso que ardía suavemente en los candelabros. La luz del sol se filtraba a través de las vidrieras, creando destellos de colores sobre las paredes y el suelo de piedra, iluminando la estancia con una calidez que parecía simbólica del nuevo comienzo que estaba por suceder.

Los bancos de madera estaban ocupados por los miembros del clan MacLeod, quienes, ataviados con sus mejores galas, observaban el altar con una mezcla de emoción y respeto. Aquellos que alguna vez miraron a Eleanor con recelo, ahora la veían como una de los suyos. Había ganado su lugar en el corazón del clan, y su boda con Alasdair era un testimonio de la unión de dos mundos, un vínculo que prometía una era de paz y prosperidad para todos.

Alasdair estaba de pie frente al altar, con una postura firme pero relajada, su figura imponente destacando entre las piedras antiguas de la capilla. Vestido con el tartán de su clan y una camisa blanca de lino, su presencia emanaba una serenidad que reflejaba tanto la seguridad en su decisión como el profundo amor que sentía por la mujer que estaba a punto de convertirse en su esposa. Sus ojos, habitualmente serios y calculadores, brillaban ahora con una emoción contenida, una mezcla de felicidad y gratitud por el camino que lo había llevado hasta ese momento.

El murmullo suave de la congregación se detuvo cuando la puerta de la capilla se abrió lentamente, revelando a Eleanor en el umbral. Un suspiro colectivo recorrió el lugar cuando la vieron aparecer, radiante y hermosa en su vestido de boda. La tela, un delicado encaje inglés combinado con detalles del tartán del clan MacLeod, fluía alrededor de su figura con una elegancia etérea. Su cabello, recogido en un elaborado peinado, estaba adornado con pequeñas flores blancas, las mismas que decoraban la capilla, y un velo ligero caía sobre sus hombros, dejando entrever su rostro resplandeciente.

Eleanor avanzó por el pasillo, su corazón latiendo con fuerza en su pecho, pero no por nerviosismo, sino por la profunda alegría que sentía. Cada paso la acercaba más a Alasdair, y en su mente, los recuerdos de todo lo que habían vivido juntos se mezclaban con la emoción del momento. Habían superado desafíos, habían luchado lado a lado, y ahora, finalmente, estaban a punto de sellar su unión ante los ojos de su clan y de su Dios.

Alasdair no podía apartar la vista de Eleanor mientras ella se acercaba. Todo lo que había imaginado, todo lo que había soñado, estaba contenido en ese momento. Sabía, sin lugar a dudas, que Eleanor era la mujer con la que quería compartir su vida, no solo como su esposa, sino como su igual, su compañera en todo.

Cuando Eleanor llegó al altar, Alasdair le ofreció su mano, y ella la tomó con una confianza que solo el amor verdadero puede dar. Se miraron a los ojos, y en ese intercambio silencioso, se dijeron todo lo que las palabras no podían expresar. Estaban juntos en ese momento, rodeados por su familia, pero también estaban solos en su propio mundo, un mundo que habían construido con esfuerzo, sacrificio y un amor que había superado todas las pruebas.

El sacerdote, un hombre de avanzada edad con una voz suave pero firme, comenzó la ceremonia con palabras de bendición, invocando la protección y la gracia divina sobre la pareja. Sus palabras resonaban en la capilla, envolviendo a todos los presentes en un sentimiento de reverencia y solemnidad.

—Estamos aquí reunidos hoy —dijo el sacerdote, su mirada posándose en Alasdair y Eleanor—, para celebrar la unión de dos almas que, aunque vinieron de tierras y costumbres diferentes, han encontrado en su amor la fuerza para superar las dificultades y construir un futuro juntos.

Eleanor sintió cómo las lágrimas se acumulaban en sus ojos, no de tristeza, sino de pura felicidad. Las palabras del sacerdote capturaban exactamente lo que ella sentía. Su viaje había sido largo y difícil, pero cada paso la había llevado a este momento, y ahora, todo lo que había pasado tenía sentido.

—Alasdair MacLeod —continuó el sacerdote, dirigiéndose al novio—, ¿prometes amar, proteger y cuidar a Eleanor, en los buenos y malos tiempos, en la salud y en la enfermedad, durante todos los días de tu vida?

Alasdair apretó la mano de Eleanor con suavidad, sus ojos fijos en los de ella mientras respondía con voz clara y decidida: —Lo prometo.

El sacerdote asintió, volviéndose hacia Eleanor. —Eleanor Hastings, ¿prometes amar, proteger y cuidar a Alasdair, en los buenos y malos tiempos, en la salud y en la enfermedad, durante todos los días de tu vida?

Eleanor respiró hondo, sintiendo que cada palabra que estaba a punto de pronunciar era una verdad profunda que resonaba en su alma. —Lo prometo —dijo, su voz llena de emoción.

El sacerdote extendió las manos sobre ellos, pronunciando una bendición que sellaba su unión. —Que vuestro amor sea fuerte y verdadero, y que juntos encuentren la felicidad que merecen. Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre.

Con esas palabras, Alasdair y Eleanor intercambiaron anillos, símbolos de su compromiso eterno. Las manos de Alasdair temblaron ligeramente al deslizar el anillo en el dedo de Eleanor, pero no por nerviosismo, sino por la inmensidad del momento. Eleanor, al colocar el anillo en la mano de Alasdair, sintió una paz profunda, una certeza de que, pase lo que pase, estarían juntos para enfrentarlo.

—Ahora, podéis besar a la novia —dijo el sacerdote con una sonrisa cálida.

Alasdair se inclinó hacia Eleanor, sus labios encontrando los de ella en un beso que fue suave pero lleno de promesas. En ese instante, el mundo desapareció a su alrededor, dejando solo el amor que compartían, un amor que había sido probado por el fuego y que había emergido más fuerte que nunca.

El salón estalló en aplausos, vítores y expresiones de alegría cuando Alasdair y Eleanor se separaron. Los miembros del clan, que al principio habían dudado de la inglesa, ahora la aclamaban como su nueva señora, una de los suyos. La ceremonia no solo había unido a dos personas, sino que había sellado la paz y la unidad del clan MacLeod, marcando el inicio de una nueva era.

Mientras los recién casados descendían del altar, tomados de la mano, fueron rodeados por los miembros del clan, cada uno deseando expresar su felicitación. Eleanor se sintió abrumada por el afecto y la calidez que recibía, pero también profundamente agradecida. Sabía que había encontrado su lugar, no solo en el corazón de Alasdair, sino también en el corazón de su gente.

Cuando la celebración comenzó en el gran salón del castillo, Alasdair y Eleanor se tomaron un momento para observar a su alrededor. El salón, decorado con flores y telas, resonaba con la música alegre de las gaitas y los violines, y las mesas estaban llenas de comida y bebida, un festín en honor a la pareja y a la paz que habían logrado.

—Mira lo que hemos logrado, Eleanor —dijo Alasdair, sus ojos llenos de orgullo mientras observaba la escena—. Todo esto es gracias a ti.

Eleanor negó con una sonrisa, apoyando la cabeza en el hombro de Alasdair. —Lo hemos hecho juntos, Alasdair. Y eso es lo que más importa. Juntos, podemos lograr cualquier cosa.

Alasdair la besó en la frente, sintiendo cómo el peso de las responsabilidades y las preocupaciones se desvanecía, al menos por esa noche. Sabía que habría desafíos por delante, pero también sabía que, con Eleanor a su lado, no había nada que no pudieran superar.

Mientras la música continuaba y la noche avanzaba, Alasdair y Eleanor compartieron su primer baile como marido y mujer, rodeados por la gente que ahora llamaban familia. Y en ese momento, en medio de la alegría y la celebración, supieron que habían encontrado no solo el amor, sino también un hogar, un lugar donde podían ser ellos mismos, juntos, por siempre.

La boda de Alasdair y Eleanor no fue solo la unión de dos personas, sino el comienzo de una nueva era para el clan MacLeod, una era de paz, de amor y de esperanza para el futuro. Y mientras la luz de la luna iluminaba el castillo, Alasdair y Eleanor sabían que habían encontrado su destino en las tierras salvajes de las Highlands, un destino que compartirían para siempre.

Capítulo 21: Un nuevo comienzo

La luz suave del amanecer se filtraba a través de las cortinas de la habitación principal del castillo MacLeod, iluminando el espacio con un resplandor dorado que anunciaba el comienzo de un nuevo día. Afuera, las Highlands se extendían en su majestuosidad, con sus colinas ondulantes y sus valles cubiertos de una bruma matutina que lentamente se disipaba bajo los primeros rayos del sol. Era un paisaje sereno, que parecía estar en paz después de las turbulencias que habían sacudido esas tierras.

Dentro de la habitación, Eleanor y Alasdair estaban acurrucados bajo las gruesas mantas, disfrutando del calor mutuo y del momento de calma que compartían. La noche anterior había sido una mezcla de emociones intensas: la boda, la celebración, la alegría de estar finalmente unidos como marido y mujer. Pero ahora, en la intimidad de su alcoba, todo se reducía a ellos dos, a la simple pero poderosa realidad de su amor.

Eleanor se despertó primero, sus ojos parpadeando lentamente al acostumbrarse a la luz del día. Al darse cuenta de que Alasdair todavía dormía a su lado, no pudo evitar sonreír. Verlo tan tranquilo, sin las preocupaciones del mundo en su rostro, la llenaba de una ternura profunda. Su mano se deslizó suavemente por el pecho de Alasdair, sintiendo el latido constante de su corazón, un recordatorio del hombre fuerte y protector que ahora era su esposo.

Con un movimiento perezoso, Alasdair abrió los ojos, encontrando a Eleanor observándolo con una sonrisa que hizo que su propio corazón se llenara de amor. —Buenos días, mi esposa —dijo con voz ronca, todavía medio dormido, mientras una sonrisa se dibujaba en su rostro.

—Buenos días, mi Laird —respondió Eleanor en un susurro, disfrutando de la intimidad de llamarlo así, no solo como un título, sino como una afirmación de su vínculo.

Alasdair se incorporó ligeramente, apoyándose en un codo para mirarla mejor. La luz del sol resaltaba los tonos dorados de su cabello, y sus ojos brillaban con una mezcla de serenidad y determinación. —Anoche fue perfecta —dijo, tomando un mechón de su cabello entre sus dedos —. Todo fue perfecto, pero nada se compara con despertarme a tu lado.

Eleanor se ruborizó ligeramente, aunque su sonrisa no vaciló. —También fue un sueño para mí, Alasdair. Pero ahora que el día ha comenzado, no puedo evitar pensar en lo que vendrá. Hemos pasado por tanto juntos, y ahora estamos aquí, al borde de un nuevo comienzo.

Alasdair la observó en silencio durante un momento, reconociendo en sus palabras la sabiduría y la visión de futuro que tanto admiraba en ella. —Es verdad —dijo finalmente—. Hemos superado muchas pruebas, pero el futuro es nuestro para moldearlo. Y quiero que lo hagamos juntos, como siempre hemos hecho.

Eleanor asintió, tomando su mano entre las suyas. Sabía que ser la esposa de Alasdair no solo

implicaba compartir su vida, sino también asumir responsabilidades dentro del clan, un papel que ella estaba dispuesta a aceptar con todo su corazón. —Quiero ser una parte activa de esta comunidad, Alasdair. Quiero ayudar a nuestro clan a prosperar, no solo como tu esposa, sino como alguien que puede contribuir realmente al bienestar de nuestra gente.

Alasdair se sintió profundamente conmovido por sus palabras. Eleanor había demostrado una y otra vez que era más que capaz de enfrentar cualquier desafío, y ahora, más que nunca, él se daba cuenta de cuánto necesitaba su sabiduría y su fuerza a su lado.

—Tu deseo es también el mío, Eleanor —respondió, acariciando su mejilla con ternura—. El clan MacLeod tiene en ti a una líder, una mujer que puede aportar nuevas ideas, nuevas formas de ver el mundo. Confío en ti, en tu juicio, y sé que juntos podemos lograr grandes cosas.

Eleanor sonrió, sintiendo una oleada de gratitud por la confianza que Alasdair depositaba en ella. —He estado pensando en algunas cosas que podríamos hacer para mejorar la vida de nuestra gente. Durante mi tiempo aquí, he visto cómo las mujeres del clan trabajan incansablemente para mantener sus hogares y cuidar de sus familias. Creo que podríamos organizar talleres donde puedan aprender nuevas habilidades, cosas que les permitan ser más independientes y que también beneficien al clan en general.

Alasdair la escuchó con atención, impresionado por su visión. —Eso es una excelente idea, Eleanor. Nuestra gente siempre ha sido fuerte y autosuficiente, pero cualquier cosa que podamos hacer para mejorar sus vidas es bienvenida. ¿Qué más tienes en mente?

Eleanor se animó al ver la respuesta positiva de Alasdair. —También he notado que los niños del clan no siempre tienen acceso a la educación. Sé que aquí las prioridades son diferentes a las de mi hogar en Inglaterra, pero creo que podríamos establecer una escuela donde los niños puedan aprender a leer y escribir, así como otras habilidades que les serán útiles en el futuro.

Alasdair asintió, reconociendo la importancia de lo que Eleanor proponía. —Es una idea noble, Eleanor. La educación puede dar a nuestros niños un futuro más brillante. Y no solo eso, sino que también puede ayudar a nuestro clan a adaptarse y prosperar en un mundo que está cambiando rápidamente.

Eleanor sintió que su corazón se llenaba de esperanza al escuchar las palabras de Alasdair. Sabía que no todo sería fácil, que habría obstáculos y desafíos, pero también sabía que con Alasdair a su lado, podían enfrentar cualquier cosa.

—Quiero que sepas que estoy aquí para ti, Alasdair, para nuestro clan —dijo Eleanor con firmeza—. Y aunque mi origen es inglés, mi lealtad es hacia ti y nuestra gente. Juntos, haremos que este sea un lugar donde todos puedan prosperar.

Alasdair la miró con un profundo respeto y admiración. Sabía que Eleanor hablaba con el corazón, y que cada palabra que decía estaba impregnada de amor y compromiso. —Eleanor, tú eres todo lo que siempre soñé y más —dijo con una voz cargada de emoción—. Estoy agradecido de tenerte a mi lado, y sé que, con tu ayuda, nuestro clan prosperará más allá de lo

que jamás imaginé.

Eleanor se inclinó hacia él, sus labios encontrando los de Alasdair en un beso suave pero lleno de promesas. En ese momento, supo que no importaba lo que el futuro les deparara, mientras estuvieran juntos, podían superar cualquier desafío.

Después de unos minutos de silencio compartido, disfrutando de la paz de la mañana, Alasdair se levantó de la cama, extendiendo una mano hacia Eleanor para ayudarla a levantarse también. —Ven, hay algo que quiero mostrarte —dijo con una sonrisa enigmática.

Curiosa, Eleanor tomó su mano y lo siguió mientras salían de la habitación. Alasdair la guió a través de los pasillos del castillo hasta una puerta que daba al exterior, hacia uno de los jardines interiores que Eleanor aún no había explorado por completo. Cuando cruzaron la puerta, se encontraron en un pequeño jardín rodeado por altos muros de piedra, un lugar apartado y sereno que parecía casi un secreto dentro del castillo.

El jardín estaba lleno de flores en plena floración, sus colores brillantes contrastando con el verde profundo de la hierba. En el centro, había un pequeño estanque con un banco de piedra a un lado, un rincón que parecía diseñado para la reflexión y la calma.

—Este es mi lugar favorito en todo el castillo —dijo Alasdair, rompiendo el silencio mientras observaba el jardín con una expresión de paz—. Aquí es donde vengo cuando necesito pensar, cuando el peso del liderazgo se vuelve demasiado. Quería compartirlo contigo porque, a partir de hoy, este es nuestro lugar, un refugio solo para nosotros.

Eleanor miró a su alrededor, impresionada por la belleza y la tranquilidad del lugar. Se sentó en el banco de piedra, tomando la mano de Alasdair mientras él se sentaba a su lado. —Es perfecto, Alasdair. Gracias por compartirlo conmigo.

—Siempre ha sido mi refugio, pero ahora es nuestro —respondió él, inclinándose para besar su mano—. Aquí es donde podemos dejar atrás el mundo exterior y simplemente ser nosotros mismos.

Eleanor se sintió profundamente conmovida por el gesto de Alasdair. Sabía que, al compartir ese lugar con ella, le estaba dando algo más que un espacio físico; le estaba dando un lugar en su vida, un lugar en su corazón donde podían construir su futuro juntos.

Mientras el sol seguía subiendo en el cielo, llenando el jardín de luz, Eleanor y Alasdair se sentaron en silencio, disfrutando de la compañía del otro y de la promesa de lo que estaba por venir. Sabían que el camino no siempre sería fácil, pero también sabían que, con amor, determinación y el apoyo mutuo, podían enfrentar cualquier desafío.

Ese día, en ese jardín escondido, Eleanor y Alasdair no solo comenzaron su vida como marido y mujer, sino también un nuevo capítulo en la historia del clan MacLeod, uno que estaría lleno de esperanza, prosperidad y un amor que crecería con cada día que pasara.

Capítulo 22: La sombra del pasado

Los días después de la boda de Alasdair y Eleanor transcurrieron en una calma aparente, un remanso de paz que parecía envolver el castillo MacLeod y sus alrededores. Sin embargo, bajo la superficie, las tensiones que habían sido alimentadas por años de conflicto y desconfianza aún perduraban, como brasas latentes que podían avivarse en cualquier momento.

El sol de la tarde bañaba las colinas de las Highlands con una luz dorada, mientras Eleanor recorría los senderos que serpenteaban alrededor del castillo. Desde que se había convertido en la esposa de Alasdair, había tomado la costumbre de caminar por esos caminos, no solo para conocer mejor las tierras que ahora eran su hogar, sino también para reflexionar sobre su lugar dentro del clan.

Ese día, sin embargo, sus pensamientos estaban nublados por una inquietud que no podía sacudirse. Había algo en el aire, una tensión apenas perceptible que la mantenía alerta, como si estuviera esperando que algo sucediera. La paz que habían logrado con tanto esfuerzo parecía frágil, y Eleanor no podía evitar preguntarse si todos en el clan compartían su deseo de dejar atrás las antiguas rencillas.

Al llegar a un claro rodeado de robles altos, Eleanor se detuvo, dejando que el viento fresco acariciara su rostro. Cerró los ojos por un momento, intentando encontrar la calma en la tranquilidad del paisaje, pero su paz fue interrumpida por el sonido de voces que se alzaban en la distancia. Voces que, aunque no podía distinguir con claridad, llevaban un tono que reconoció de inmediato: resentimiento.

Eleanor se acercó en silencio al origen de las voces, manteniéndose oculta tras los árboles. No era su intención espiar, pero había aprendido que a veces era necesario escuchar lo que no se decía abiertamente. Desde su escondite, pudo ver a un grupo de hombres del clan, algunos de ellos conocidos por su lealtad a los MacLeod, otros más jóvenes, llenos de la bravura que solo la juventud puede otorgar.

—No me importa lo que diga el Laird —dijo uno de los hombres, su voz baja pero cargada de ira —. Los ingleses siempre han sido nuestros enemigos. ¿Cómo se supone que confiemos en ella, solo porque ahora lleva el apellido MacLeod?

Otro hombre asintió, su expresión endurecida. —Es cierto. La dama Eleanor puede ser la esposa de nuestro Laird, pero no debemos olvidar lo que su gente nos ha hecho. No es tan fácil perdonar y olvidar.

Eleanor sintió un nudo formarse en su estómago al escuchar esas palabras. Sabía que algunos en el clan habían aceptado su presencia solo por respeto a Alasdair, pero no esperaba que la desconfianza aún fuera tan profunda. Sus miedos, que había intentado mantener a raya, comenzaron a resurgir, amenazando con abrumarla.

—¿Y qué sugieres que hagamos? —preguntó un tercero, más joven, cuyo tono denotaba inseguridad, pero también curiosidad.

El primer hombre, el que había iniciado la conversación, frunció el ceño. —Solo digo que debemos estar atentos. No podemos permitir que una inglesa influya demasiado en nuestro Laird. Si es necesario, debemos recordarle a Alasdair dónde está su verdadera lealtad.

Eleanor sintió que el suelo parecía ceder bajo sus pies. La idea de que alguien cuestionara la lealtad de Alasdair, o que intentara sembrar la duda entre ellos, la llenaba de una mezcla de miedo y determinación. Sabía que debía confrontar este problema, pero también sabía que debía hacerlo con cautela, sin causar una ruptura que pudiera poner en peligro la paz que tanto habían luchado por alcanzar.

Con el corazón latiendo con fuerza, Eleanor decidió que no era prudente continuar escuchando. Se alejó del grupo con el mismo sigilo con el que había llegado, volviendo sobre sus pasos hacia el castillo. Sabía que debía hablar con Alasdair, pero también que debía abordar el tema con delicadeza. La paz del clan dependía de ello.

Cuando regresó al castillo, encontró a Alasdair en su despacho, revisando documentos y cartas que habían llegado recientemente. Al verla entrar, él sonrió, pero la expresión en el rostro de Eleanor borró rápidamente su sonrisa.

—Eleanor, ¿qué sucede? —preguntó, dejando a un lado los papeles y acercándose a ella con preocupación.

Eleanor respiró hondo, sabiendo que no había manera fácil de decir lo que había escuchado.

—He estado caminando por los alrededores del castillo y… he escuchado algo que me preocupa, Alasdair. Algunos de los hombres del clan… aún desconfían de mí. Temen que mi influencia sobre ti pueda alejarlos de ti, que puedas olvidar dónde está tu lealtad.

Alasdair frunció el ceño, su rostro endureciéndose al escuchar las palabras de Eleanor. No por incredulidad hacia ella, sino por la confirmación de un temor que él también había albergado en silencio. Sabía que la paz que habían logrado no borraría de inmediato los rencores y prejuicios de años de conflicto.

—Eleanor, lo siento —dijo Alasdair, tomando sus manos entre las suyas—. Sabía que algunos en el clan podrían tener dudas, pero no esperaba que fueran tan profundas. No puedo permitir que esto continúe. No permitiré que cuestionen nuestra unión ni que siembren la desconfianza entre nosotros.

Eleanor apretó sus manos, buscando consolarlo tanto como a sí misma.

—No es solo por nosotros, Alasdair. Es por el clan. No podemos permitir que estos sentimientos crezcan en la oscuridad. Debemos enfrentarlos y encontrar una manera de sanar las heridas que aún quedan.

Alasdair asintió lentamente, reconociendo la sabiduría en sus palabras.

—Tienes razón. La paz que hemos logrado es frágil, y debemos cuidarla. Pero también debemos ser firmes. El clan necesita saber que estamos unidos, que no hay división entre nosotros.

Eleanor lo miró con una mezcla de admiración y preocupación. Sabía que Alasdair era un líder fuerte, pero también sabía que las heridas que el conflicto había dejado en su pueblo eran profundas. —Quiero ayudar, Alasdair. Quiero que el clan vea que no estoy aquí para cambiar quiénes son, sino para apoyarles, para ser una de ellos.

Alasdair sonrió con ternura, agradecido por la fortaleza y el compromiso de Eleanor. —Juntos lo haremos, Eleanor. Juntos enfrentaremos lo que sea necesario para mantener la paz y la unidad en nuestro clan.

***

Los días siguientes fueron un tiempo de reflexión y acción para Alasdair y Eleanor. Decidieron organizar una reunión con los líderes del clan, una oportunidad para hablar abiertamente sobre las preocupaciones que algunos aún albergaban. Alasdair sabía que enfrentarse a estos temores de manera directa era la única manera de disiparlos.

El día de la reunión, el salón principal del castillo estaba lleno de los hombres y mujeres más influyentes del clan MacLeod. Había tensión en el aire, pero también una sensación de expectativa, como si todos supieran que lo que se discutiría ese día tendría consecuencias duraderas para el futuro del clan.

Alasdair se puso de pie al frente de la sala, con Eleanor a su lado. Aunque normalmente hubiera manejado estos asuntos solo, quería que todos supieran que ella era parte integral de las decisiones que se tomaban. Quería que la vieran no solo como su esposa, sino como su igual.

—Os he convocado aquí hoy porque sé que, aunque la guerra ha terminado, algunas heridas aún no han sanado —comenzó Alasdair, su voz firme y clara—. He escuchado las preocupaciones de algunos de vosotros, y quiero abordar esos miedos de frente. Sabéis que mi lealtad siempre ha sido hacia este clan, hacia todos vosotros. Y nada ha cambiado. Pero también os digo que mi lealtad a Eleanor es inquebrantable. Ella es parte de esta familia, y como tal, su bienestar y el de nuestro clan están entrelazados.

Eleanor dio un paso adelante, sabiendo que era su momento de hablar.

—No vine aquí para cambiar quiénes sois, sino para aprender, para apoyar, para encontrar mi lugar entre vosotros. Sé que algunos de vosotros desconfían de mí por mi origen, y lo entiendo. Pero os pido que me juzguéis no por lo que soy, sino por lo que hago. Quiero que sepáis que mi corazón está con este clan, y haré todo lo que esté en mi mano para que prosperemos juntos.

Hubo un murmullo entre la multitud, algunos intercambiaron miradas de duda, mientras otros asintieron en silencio. Era evidente que las palabras de Alasdair y Eleanor habían calado hondo en algunos, pero también que otros necesitaban más tiempo para aceptar la nueva realidad.

Dougal, el capitán leal que había apoyado a Alasdair en tantas batallas, fue el primero en hablar. —Mi Laird, mi dama —dijo, inclinando la cabeza con respeto—. Sabéis que siempre he sido leal a vos. Y aunque las cicatrices de la guerra aún son profundas, estoy dispuesto a confiar en vuestro juicio. Si creéis que este es el camino correcto, entonces estoy con vosotros.

El gesto de Dougal fue un alivio para Alasdair y Eleanor. Su apoyo era crucial, y ver que estaba dispuesto a dar ese paso era un indicio de que otros podrían seguir su ejemplo.

Poco a poco, otros miembros del clan expresaron su apoyo, aunque algunos aún lo hicieron con cautela. Era un comienzo, uno que mostraba que la paz y la unidad eran posibles, aunque el camino no sería fácil.

Al final de la reunión, Alasdair y Eleanor sabían que habían dado un paso importante hacia la reconciliación, pero también que había mucho trabajo por delante. La sombra del pasado aún se cernía sobre ellos, pero con cada día que pasaba, se disipaba un poco más.

Mientras se retiraban del salón, Alasdair tomó la mano de Eleanor, y ella le sonrió con calidez. —Lo lograremos, Alasdair. Juntos.

Alasdair asintió, sintiendo el peso de sus palabras.
—Sí, Eleanor. Lo lograremos juntos.

Y así, mientras el sol se ponía sobre las Highlands, Alasdair y Eleanor caminaban hacia el futuro, conscientes de los desafíos que aún les esperaban, pero seguros de que, mientras permanecieran unidos, no habría nada que no pudieran superar.

Capítulo 23: El legado

El viento de las Highlands soplaba suavemente, acariciando las torres del castillo MacLeod mientras el sol comenzaba a declinar en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos rosados y dorados. El castillo, que había sido testigo de tantas batallas, tantas decisiones difíciles y momentos de incertidumbre, ahora parecía envuelto en una paz que no solo se reflejaba en su exterior, sino también en el espíritu de quienes lo habitaban.

En el gran salón, las antorchas ya habían sido encendidas, llenando la estancia con una luz cálida que contrastaba con el fresco del anochecer. Alasdair y Eleanor estaban sentados a la mesa principal, rodeados de pergaminos, mapas y documentos que se extendían ante ellos. El murmullo del fuego en la chimenea creaba un ambiente íntimo y propicio para las decisiones importantes que estaban por tomar.

Alasdair observaba a Eleanor mientras ella leía un pergamino con la misma concentración que él solía poner en los mapas de batalla. La dedicación de Eleanor al bienestar del clan lo llenaba de orgullo y admiración. Desde que se había unido a él, había demostrado ser más que una esposa; era su compañera en todo sentido, una mujer cuya visión y determinación complementaban su propia fuerza y liderazgo.

Eleanor levantó la vista del pergamino, encontrándose con los ojos de Alasdair que la observaban con esa mezcla de amor y respeto que siempre la conmovía.

—He estado pensando en lo que hablamos esta mañana —dijo ella, rompiendo el silencio—. Sobre cómo podemos mejorar la vida de nuestra gente y asegurar un futuro próspero para el clan.

Alasdair asintió, animándola a continuar. Sabía que Eleanor tenía ideas que podían marcar la diferencia, y estaba ansioso por escuchar cómo planeaba transformar esas ideas en realidad.

—Creo que deberíamos aprovechar mis conexiones en Inglaterra para establecer nuevas alianzas comerciales —continuó Eleanor, desplegando un mapa de las rutas comerciales que cruzaban Escocia e Inglaterra—. Hay productos que nuestras tierras producen, como la lana y el whisky, que podrían tener una gran demanda en el sur. Y a cambio, podríamos obtener bienes que aquí son más difíciles de conseguir, mejorando la vida de nuestra gente y fortaleciendo nuestra posición económica.

Alasdair la miró con atención, viendo la lógica y la ambición detrás de sus palabras. Era una estrategia audaz, pero no exenta de riesgos. Sin embargo, sabía que Eleanor había demostrado ser una mujer con una mente aguda para los negocios y una intuición que rara vez fallaba.

—Es una idea excelente, Eleanor —dijo Alasdair, inclinándose hacia ella—. Pero sabes tan bien como yo que algunos en el clan podrían resistirse a comerciar con los ingleses. A pesar de todo lo que hemos logrado, aún hay heridas que tardarán en sanar.

Eleanor asintió, consciente de los desafíos que enfrentaban.

—Lo sé, Alasdair. Pero creo que podemos presentar esto de una manera que no se vea como una amenaza, sino como una oportunidad. Podemos empezar poco a poco, mostrando los beneficios que estas alianzas traerán a nuestra gente. Y con el tiempo, creo que incluso los más escépticos verán el valor de lo que estamos haciendo.

Alasdair sonrió, impresionado por la confianza y la claridad de su visión. Sabía que Eleanor tenía razón, y que si querían construir un legado duradero, debían ser valientes y mirar más allá de los prejuicios del pasado.

—Confío en tu juicio, Eleanor —dijo con sinceridad—. Y sé que, juntos, podemos convencer al clan de que este es el camino correcto.

Eleanor le devolvió la sonrisa, sintiendo una oleada de gratitud y amor por el hombre que había elegido como compañero. Sabía que no todos los líderes habrían sido tan abiertos a nuevas ideas, especialmente de una mujer, y menos aún de una extranjera. Pero Alasdair siempre había valorado su opinión, y eso la llenaba de una determinación aún mayor para demostrar que juntos podían lograr grandes cosas.

—Además de las alianzas comerciales, creo que también deberíamos centrarnos en la educación —continuó Eleanor—. No solo para los niños, sino también para los adultos. Hay tanto que podemos hacer para mejorar nuestras técnicas agrícolas, para aprender nuevas habilidades que beneficiarán a todo el clan. Podríamos traer maestros y artesanos de otros lugares para que compartan su conocimiento.

Alasdair la miró con una mezcla de admiración y asombro. Cada día, Eleanor le mostraba nuevas facetas de su carácter, y cada día se encontraba más convencido de que había encontrado a su igual en todos los aspectos.

—Eleanor, no sé cómo logras pensar en todo esto —dijo con una sonrisa—. Eres increíble. Y tienes toda la razón. La educación es clave para el futuro. Si queremos que nuestro clan prospere, debemos invertir en el conocimiento y en la formación de nuestra gente.

Eleanor tomó la mano de Alasdair, apretándola con afecto.

—Lo lograremos, Alasdair. Juntos. Este es nuestro hogar, nuestra familia, y quiero que sea un lugar donde todos puedan prosperar. Donde no solo sobrevivamos, sino que vivamos plenamente, sin el peso de las antiguas rivalidades.

Alasdair asintió, sintiendo que cada palabra de Eleanor resonaba con verdad y propósito.

—Así será, Eleanor. Y quiero que nuestro amor sea la base de todo lo que construyamos. Que nuestro legado no solo sea uno de prosperidad, sino también de unión, de superar las diferencias y encontrar la fuerza en nuestra diversidad.

Eleanor sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, pero eran lágrimas de felicidad, de la certeza de que estaba exactamente donde debía estar.

—No podría haberlo dicho mejor, Alasdair. Construiremos un futuro brillante, no solo para nosotros, sino para todos los que nos rodean.

Los dos se quedaron en silencio durante un momento, dejando que el peso de sus palabras impregnara el ambiente. Sabían que lo que estaban planeando no sería fácil, que habría obstáculos en el camino, pero también sabían que juntos podían enfrentarlos.

Después de unos minutos, Alasdair rompió el silencio con una sonrisa.

—¿Por dónde empezamos entonces? —preguntó, con un tono ligero pero decidido.

Eleanor soltó una pequeña risa, sintiéndose aliviada de que la conversación hubiera tomado un tono más relajado.

—Creo que lo primero es hacer una lista de posibles aliados comerciales en Inglaterra. Yo puedo escribir a algunos contactos que aún tengo allí, para tantear el terreno. Y mientras tanto, podríamos empezar a hablar con los líderes del clan sobre nuestras ideas para la educación y el comercio.

Alasdair asintió, su mente ya comenzando a trazar los primeros pasos de su plan.

—Es un buen comienzo. Y también deberíamos organizar algunas reuniones con los agricultores y artesanos del clan, para escuchar sus opiniones y asegurarnos de que se sientan parte de este cambio.

Eleanor estaba de acuerdo. Sabía que la clave para el éxito de cualquier iniciativa era la participación y el compromiso de la comunidad.

—Eso me parece perfecto, Alasdair. Si todos se sienten parte de este nuevo comienzo, será más fácil superar cualquier resistencia que pueda surgir.

Mientras la noche avanzaba y las estrellas comenzaban a brillar en el cielo, Alasdair y Eleanor continuaron planificando, sus mentes trabajando al unísono, combinando la fuerza y el pragmatismo de él con la visión y la innovación de ella. Era un equilibrio perfecto, una alianza que prometía no solo un futuro próspero para el clan MacLeod, sino también un legado que perduraría durante generaciones.

Finalmente, cuando la fatiga comenzó a apoderarse de ellos, Alasdair se inclinó sobre la mesa, observando a Eleanor con una mezcla de ternura y admiración.

—Eleanor, ¿te das cuenta de lo que estamos haciendo? —preguntó en un susurro—. Estamos construyendo algo que no solo es para nosotros, sino para todos los que vendrán después de nosotros. Este será nuestro legado, uno que perdurará mucho después de que ya no estemos aquí.

Eleanor lo miró a los ojos, sintiendo una conexión profunda que iba más allá de las palabras.

—Lo sé, Alasdair. Y no hay nada que me haga más feliz que saber que estamos haciendo esto juntos.

Alasdair se inclinó hacia ella, capturando sus labios en un beso suave pero lleno de promesas. Era un beso que sellaba no solo su amor, sino también su compromiso de construir un futuro juntos, un futuro que sería el orgullo del clan MacLeod.

Cuando se separaron, Eleanor apoyó su cabeza en el hombro de Alasdair, dejando que el cansancio del día finalmente la alcanzara.

—Tenemos mucho trabajo por delante —murmuró con una sonrisa—. Pero sé que, pase lo que pase, lo lograremos.

Alasdair la envolvió en sus brazos, sintiendo que, con Eleanor a su lado, no había desafío que no pudieran superar.

—Sí, Eleanor. Lo lograremos. Juntos, siempre.

Y así, mientras las estrellas brillaban sobre el castillo MacLeod, Alasdair y Eleanor se quedaron en el salón, rodeados de sus planes y sus sueños, sabiendo que el legado que estaban construyendo no solo sería recordado por su clan, sino también por las generaciones venideras.

Epílogo: El futuro de las Highlands

El sol se deslizaba lentamente hacia el horizonte, pintando el cielo con una paleta de colores cálidos que iban desde el dorado suave hasta un púrpura profundo. El mirador del castillo MacLeod, situado en una de las torres más altas, ofrecía una vista panorámica de las tierras que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Las colinas ondulantes y los valles verdes se veían bañados en la luz suave del atardecer, creando una escena de una belleza serena y atemporal.

Alasdair y Eleanor estaban de pie en el mirador, sus siluetas recortadas contra el cielo en llamas. La brisa fresca de las Highlands acariciaba sus rostros mientras observaban en silencio las tierras que ahora eran su hogar. En ese momento, todo lo que habían vivido, todas las pruebas que habían superado juntos, parecía converger en una única sensación de paz y plenitud.

Eleanor apoyó suavemente una mano en su vientre, donde una nueva vida comenzaba a florecer. Era un gesto instintivo, casi inconsciente, pero lleno de significado. Sentía que, con cada día que pasaba, el vínculo con el ser que crecía dentro de ella se fortalecía, conectándola aún más profundamente con las tierras y la gente del clan MacLeod.

Alasdair, consciente de ese gesto, tomó la mano libre de Eleanor, entrelazando sus dedos con los de ella. —Es un lugar hermoso, ¿verdad? —murmuró, su voz baja y cargada de emoción.

Eleanor asintió, sus ojos fijos en el horizonte donde el sol comenzaba a desvanecerse tras las colinas. —Lo es —respondió suavemente—. Más de lo que jamás imaginé. Y pensar que ahora todo esto será también el hogar de nuestro hijo… me llena de una felicidad que no puedo expresar con palabras.

Alasdair apretó la mano de Eleanor, su corazón latiendo con fuerza ante la perspectiva del futuro que les aguardaba. Sabía que la llegada de un hijo era mucho más que una bendición; era la promesa de un nuevo comienzo, la continuación de un legado que habían comenzado a construir juntos.

—Nuestro hijo crecerá en estas tierras, Eleanor —dijo Alasdair, su voz cargada de determinación —. Conocerá cada colina, cada valle, y aprenderá a amar este lugar tanto como nosotros. Pero más allá de eso, aprenderá lo que significa ser un MacLeod, el honor, la responsabilidad y el amor por la familia.

Eleanor sonrió, sintiendo que una cálida ola de amor la envolvía. Había llegado a las Highlands como una extranjera, y ahora, no solo había encontrado su lugar, sino que estaba ayudando a forjar un nuevo futuro para el clan. —Lo sé, Alasdair. Y quiero que nuestro hijo crezca sabiendo que, aunque las cosas no siempre serán fáciles, siempre estaremos a su lado, para guiarlo y apoyarlo en cada paso del camino.

El viento sopló con más fuerza, arrastrando consigo el aroma de la tierra húmeda y de las flores

silvestres que crecían en los campos cercanos. Alasdair se giró hacia Eleanor, observando su rostro bañado en la suave luz del atardecer. La veía más hermosa que nunca, con una serenidad que solo el amor y la certeza de un futuro prometedor podían otorgar.

—Eleanor —dijo con voz baja, pero firme—, has cambiado mi vida de una manera que nunca creí posible. Has traído luz a mi oscuridad, esperanza a mis dudas. Y ahora, con nuestro hijo en camino, siento que todo lo que hemos pasado nos ha llevado a este momento. No podría estar más agradecido por tenerte a mi lado.

Eleanor sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, pero eran lágrimas de felicidad, de una emoción tan profunda que no podía contenerla. —Alasdair, tú también me has cambiado. Me has enseñado lo que es el verdadero amor, lo que significa luchar por lo que es justo y bueno. No puedo imaginar un lugar mejor para criar a nuestro hijo que aquí, contigo, en estas tierras que ahora son tanto mías como tuyas.

Alasdair la rodeó con un brazo, acercándola a él mientras ambos miraban hacia el horizonte. —Nuestro hijo crecerá sabiendo que estas tierras son su hogar, pero también aprenderá que la verdadera fuerza no proviene solo de la sangre, sino del amor y la unidad de la familia.

Eleanor asintió, sintiendo la calidez del cuerpo de Alasdair junto al suyo, una sensación de seguridad y paz que sabía que compartiría con su hijo. —Quiero que nuestro hijo crezca sabiendo que, aunque hayamos venido de mundos diferentes, juntos hemos construido algo hermoso, algo que perdurará más allá de nosotros.

Alasdair la miró con ternura, sus ojos brillando con la promesa de un futuro que ya podían vislumbrar. —Y lo hará, Eleanor. Porque lo que hemos creado aquí, lo que seguiremos construyendo, es un legado que durará generaciones.

El sol finalmente desapareció tras las colinas, dejando el cielo teñido de un profundo azul que anunciaba la llegada de la noche. Alasdair y Eleanor se quedaron en silencio, abrazados, contemplando el vasto paisaje que se extendía ante ellos. Sabían que este era solo el comienzo de una nueva etapa, no solo para ellos, sino para todo el clan MacLeod.

Después de unos momentos, Eleanor rompió el silencio, su voz suave pero llena de curiosidad. —¿Has pensado en lo que les depara el futuro a tus hermanos? —preguntó, girando su cabeza para mirar a Alasdair—. Sé que cada uno de ellos tiene su propio camino, su propia historia que contar.

Alasdair asintió, sabiendo que sus hermanos también tenían destinos que aún no se habían revelado por completo. —Lo he pensado, sí. Cada uno de ellos es fuerte y capaz a su manera, pero también tienen desafíos que deberán enfrentar. Malcolm, con su fiereza como guerrero, Fiona, que es más astuta y con un corazón que debe sanar. Ronan, siempre preocupado por la seguridad de los demás, e Isla, con su espíritu indomable.

Eleanor escuchó atentamente, sintiendo que cada uno de los nombres mencionados llevaba consigo una promesa de aventura, de crecimiento, de descubrimiento. —Siento que hay mucho

más por venir para ellos, Alasdair. Tal vez su destino los lleve por caminos inesperados, pero estoy segura de que, como tú, encontrarán su lugar en este mundo.

Alasdair asintió, reconociendo la verdad en las palabras de Eleanor. —Lo harán, Eleanor. Y cuando llegue el momento, estaremos aquí para apoyarlos, como una familia. Cada uno de ellos tendrá su propio legado, su propia historia que contar.

Eleanor sonrió, imaginando el futuro que aguardaba a cada uno de los hermanos MacLeod, y sintiendo una emoción que mezclaba la anticipación con el amor. —Estoy deseando ver cómo se desarrollan sus historias, Alasdair. Y saber que, de alguna manera, nosotros formaremos parte de ellas.

Alasdair la besó en la frente, un gesto que combinaba amor, respeto y la certeza de que su futuro estaba lleno de posibilidades. —Lo haremos, Eleanor. Porque esta es nuestra familia, y juntos enfrentaremos todo lo que venga, con la misma fuerza y amor que nos ha llevado hasta aquí.

Mientras la noche caía completamente sobre las Highlands, Alasdair y Eleanor permanecieron en el mirador, mirando hacia el futuro con esperanza y confianza. Sabían que los desafíos no habían terminado, pero también sabían que el amor que compartían era lo suficientemente fuerte como para superar cualquier obstáculo.

Con la promesa de un nuevo día por delante y un legado que ya comenzaba a tomar forma, Alasdair y Eleanor se preparaban para lo que el futuro les tenía reservado. Y aunque sus propias historias habían alcanzado un momento de paz, sabían que aún había mucho más por descubrir, tanto para ellos como para los que seguían sus pasos.

El clan MacLeod, fortalecido por la unión de dos mundos, estaba listo para enfrentar el futuro, con el amor y la determinación de Alasdair y Eleanor guiando el camino. Y en algún lugar, más allá de las colinas que ahora se fundían con la oscuridad, el destino esperaba a aquellos que aún tenían historias por contar, aventuras por vivir y un legado por construir.

Otras historias de S. K. Wallace

Puedes encontrar todas mis historias aquí.